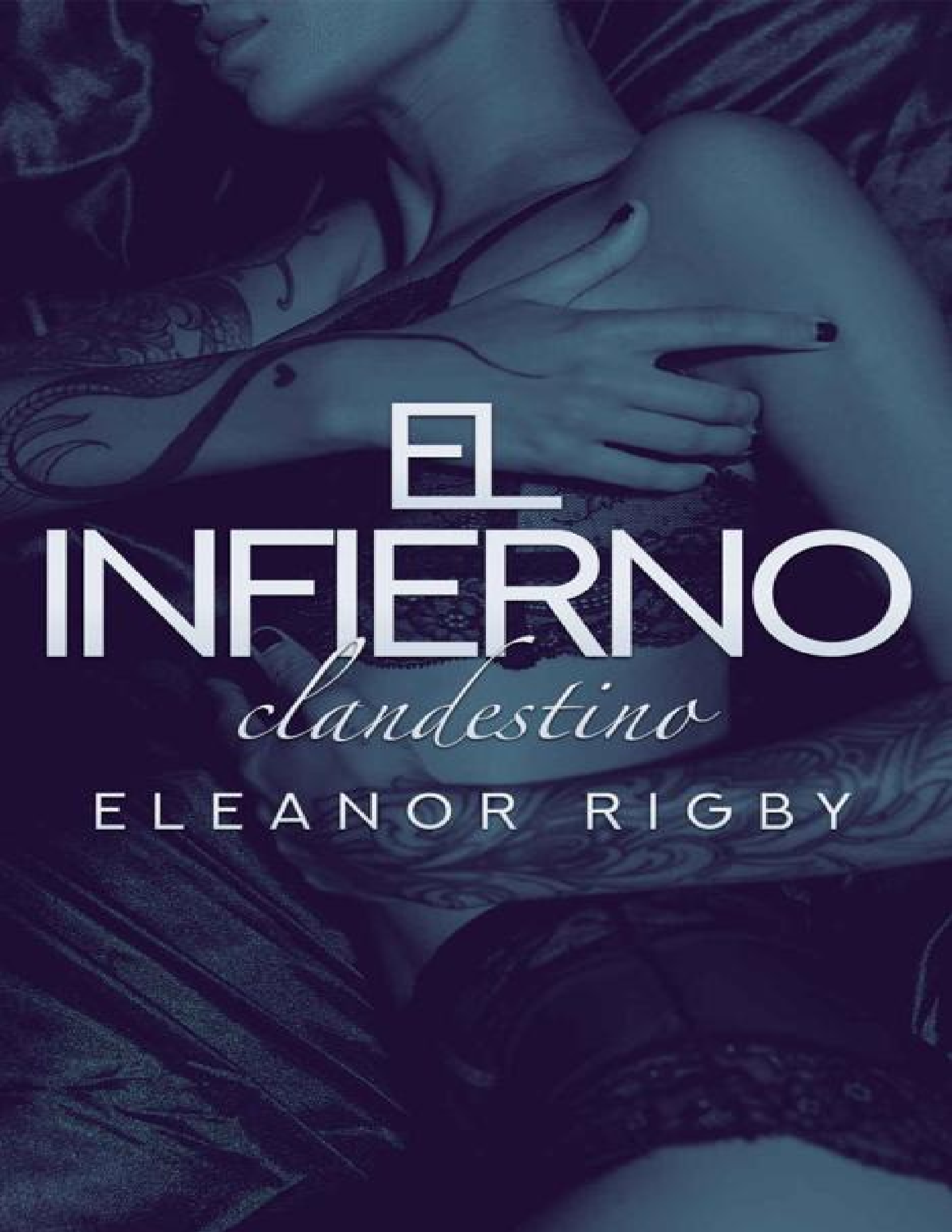




EL INFIERNO

clandestino

ELEANOR RIGBY

EL INFIERNO

Clandestino 3

ELEANOR RIGBY

© 2024, **Eleanor Rigby**

Título: *CLANDESTINO: Esta noche serás mía*

Primera edición: septiembre de 2024

Sello: *Independently published*

Diseño de portada: H. Kramer

Maquetación: Elena Salvador

Imagen: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Capítulo 1

Un intenso dolor de cabeza le dio la bienvenida a su nueva realidad.

Ayane gimoteó débilmente y se llevó la mano a la frente mientras luchaba por incorporarse. Notaba la boca pastosa, como cuando había dormido más horas de la cuenta, y tenía la piel insensibilizada por un frío húmedo. Al abrazarse los hombros, se percató del porqué: estaba desnuda, o eso le pareció hasta que, con un alivio inmenso, confirmó que aún llevaba el tanga.

Fue entonces cuando recordó lo que había sucedido.

Su precipitado adiós al resort. El ataque por la espalda de Clericot.

Los refuerzos refugiados en el coche aparcado pero con el motor encendido, esperando la señal de ataque.

No pudo ser casualidad que los esbirros del supuesto sumiso estuvieran allí en el momento de su marcha. Pero su desmarque de la experiencia había sido apresurado y no había avisado con antelación más que a su examante, a Kingfisher y a sus superiores. ¿Cómo les había dado pie a disponer los arreglos necesarios para secuestrarla, pues? O bien lo tenían todo preparado para llevarse a otra mujer y al verla habían cambiado la diana de espalda, o bien Clericot había escuchado cómo se despedía de Califa y había realizado las pertinentes llamadas para organizarlo todo en el último minuto.

Sabía que no podía culpar a Black Russian de la abducción. Ni siquiera estaba en la isla para cuando ella decidió irse... ¿O sí?

La bilis le quemó en la base del estómago de pensar que Califa lo hubiera orquestado. No era posible, ¿verdad? Pero ¿quién habría corrido la voz, si no?

Por más que intentó llegar al fondo de la cuestión, seguía teniendo la cabeza embotada por culpa de la sustancia que le habían administrado. No podía ser morfina. Su efecto no era tan inmediato; al menos demoraba cinco minutos en dormir al paciente. El cloroformo, como anestésico inhalado, quedaba descartado.

¿Le habrían inyectado alguna droga adictiva?

¿Una que pudiera generarle problemas en el largo plazo?

De solo pensarlo se mareó.

Un sollozo quebrado la distrajo de sus pensamientos. Tomó conciencia del lugar en el que estaba al localizar a una chica en su misma situación. Estaba desnuda y hecha un ovillo en un rincón de la habitación, presionando la espalda contra la pared como si así pudiera derrumbarla

para huir de su destino.

No era su única compañía. En el otro extremo de la estancia, un par de jóvenes de edad similar se habían cogido de la mano para enfrentar con coraje lo que quiera que estuviese por venir.

Ninguna de las tres fue consciente de que Ayane acababa de despertarse. Tampoco de que había otras personas en la habitación. La oscuridad impedía apreciar el entorno en condiciones dignas, pero la realidad era que no había mucho que ver. El cuarto carecía de muebles, elementos decorativos o siquiera ventanas. Las paredes eran muy representativas de la decadencia del tugurio, que apestaba a humedad: las goteras habían ido desconchando la pintura hasta componer un cuadro de brochazos blancos y cemento gris. Lo único que las separaba de la libertad era una puerta blindada que recordaba a la de los submarinos. Debía de pesar un quintal, y Ayane apostaba por que perdería la mano en el empeño de romperla.

La chica que había estado sollozando entró en pánico y comenzó a hiperventilar. Se abrazó las rodillas, temblando, y se pegó los labios al brazo para que no la entendieran al balbucear en castellano:

—Por favor... por favor... No me quiero morir. No me quiero morir.

Ayane se estremeció al escucharla. Su voz interior, que cada vez quedaba más claro que estaba contra ella, repitió sus palabras en tono de advertencia: «Tú tampoco te quieres morir, querida. Tú también tienes miedo, y, sin embargo, mira dónde estás. No sabes qué te van a hacer. No puedes escapar. No eres tan lista como tú crees».

Se negó a permitir que el horror entorpeciera su objetivo de hacer algo, lo que fuera, y se aferró a la adrenalina que empezaba a espabilarla para ir hacia la joven. Se agachó ante ella y trató de cogerla de las manos. Esta reaccionó como era razonable, considerando que no conocía el lugar o la compañía: respingó e intentó deshacerse de su contacto.

—Tranquila, no voy a hacerte daño. Soy como tú —susurró en su idioma, utilizando un tono conciliador. Quiso sonreírle, pero tenía los labios cuarteados por la sequedad de la boca y el frío y le dolieron las llagas que se le habían formado en las comisuras—. Estoy aquí contigo, ¿de acuerdo?

La chica la miró a los ojos con justo recelo. Pero estaba desesperada y, además, acababan de hablarle en castellano. Debía de ser la primera vez que lo hacían desde que estaba allí, porque se le iluminó la cara y en otras circunstancias se habría arrojado a abrazarla.

Nada significaba tanto para un extranjero como que se dirigieran a él en su lengua materna. Le hacía sentir comprendido, escuchado, acompañado.

Ella asintió en sumo silencio, reconociéndola así como aliada, y Ayane le agradeció su voto de confianza secándole las lágrimas con los pulgares.

Se había percatado ya en un primer vistazo de que las chicas eran más jóvenes que ella.

Rondarían los dieciocho, veintidós años a lo sumo, y eran innegablemente atractivas, solo que cada una a su manera. Venía sospechando que la trata no buscaba un modelo de mujer para sus propósitos: no existían bellezas más distintas entre sí que las de Jaylani y Amelia.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en voz baja.

—Gi... Gisela.

—¿Y de dónde eres, Gisela? ¿América Central? —probó, pensando en su acento. La chica asintió con todo el entusiasmo que podía permitirse en aquel sótano. Ayane esbozó lo más parecido a una sonrisa y continuó en inglés—. Eso me ha parecido al oírte. ¿Cómo has acabado aquí?

El rostro de la muchacha se ensombreció.

Nada le habría gustado más que ganarse su confianza deteniéndose a charlar como si hubieran quedado para pasear por el centro comercial: discutir las costumbres de su país natal, distraerla con recuerdos de la infancia..., pero no sabía de cuánto tiempo disponían antes de que alguien abriera la puerta.

—Aquí ¿dónde? —oyó que preguntaba una de las otras chicas, una morena con flequillo. Tenía un marcado acento eslavo y el labio inferior partido. Cada palabra salió disparada de su boca como una bala—. ¿Sabes dónde estamos?

—No —reconoció Ayane con tristeza—. Me trajeron inconsciente y no pude fijarme ni en el recorrido del vehículo, ni en la gente que me abdujo.

—A todas las *trayeron* inconscientes —le explicó la misma morena en un inglés rudimentario—. Yo fui la primera en llegar, así que he visto cómo el mismo tío os iba soltando como si fuerais sacos de carga.

—¿El mismo tipo? ¿Cómo era?

—Alto. *Mareno*. Con rasgos asiáticos. Uigur, a lo mejor... o tailandés.

Podía tratarse del eslabón débil, pensó: el hombre doliente que se aseguró de dormirla antes de realizar el traslado. Ayane habría jurado que colaboraba con los traficantes de manera recurrente y simplemente no se había hecho el cuerpo aún.

—¿Ninguna de vosotras viene de Tailandia? —preguntó Ayane en voz alta.

—Yo cabal aterricé en España. Me vine de Guate porque me prometieron un buen trabajo en la costa de Valencia —explicó Gisela entre sollozos—. El tipo con el que mi mamá habló para conseguirme el puesto me recibió en su depa, me pidió que le diera mis papeles para confirmar que era yo, y... y le hice caso, porque no se me ocurrió que fuera sospechoso. Se los quedó y me dijo que ya me los iba a devolver después si no pasaba el día de prueba. Y el día de prueba fue...

Se calló, superada por un recuerdo bochornoso.

—Yo estaba con mi novio de vacaciones en un hotel cuando desperté aquí —reconoció con un hilo de voz la pelirroja teñida, que sí hablaba un inglés perfecto: un inglés de academia con

opción de intercambio internacional que solo las familias con dinero podían permitirse. Seguía aferrada a la mano de la morena del flequillo como si le fuera la vida en ello. Esbozó una sonrisa frágil—. Me regaló un viaje a Bali para celebrar nuestro primer año juntos. Estaban siendo unas buenas vacaciones —añadió con un hilo de voz.

—¿Y tú? —inquirió Ayane, mirando a la morena.

Ella sonrió con una fría resignación que no había visto en nadie antes.

—Mi padre *me fue vendido* a la trata. Tan simple como eso. Necesitaba pasta, y las putas ucranianas son un gran reclamo en todo el mundo.

Acto seguido, se giró hacia la pelirroja para secarle las lágrimas de las mejillas, como si su propio dolor no fuera importante.

—Entonces... ¿sabes dónde estamos? —inquirió Ayane—. ¿A ti sí te trajeron con los ojos bien abiertos?

—Sé que me metieron en un avión a Bangkok porque le oyí decirlo a uno de ellos. Pero no me pareció que mi estancia allí *fuere* a ser definitiva. Hablaron de la ciudad en términos de punto de encuentro, de parada técnica, ¿me explico? De todos modos, no estoy muy segura de que *esteremos* aquí. Desde que me sacaron de mi casa hasta que llegué, me han dejado inconsciente varias veces por haberme resistido —apostilló con un sarcasmo afilado. Se rodeó la mandíbula con la mano y la manipuló como si la tuviese desencajada—. Puede que tuvieran las de ganar desde el principio, pero no se lo iba a poner fácil a ninguno de esos *ublyudki*^[1].

Incluso si no hubiera lucido una escalofriante colección de cardenales en piernas, brazos y vientre, lugares en teoría más discretos para dejar marcas de violencia, Ayane la habría imaginado resistiéndose con garras y dientes al secuestro.

Las mujeres de los países eslavos eran duras por naturaleza.

—Soy Oksana, por cierto —añadió con una sonrisa pretendidamente simpática que, sin embargo, exudaba agresividad—. Ella es Birgit.

Ayane asintió con la cabeza y se puso a pensar en las posibles conexiones. No veía el parecido físico entre las cuatro. Tampoco tenía claro que el patrón fuera geográfico. Una venía de Indonesia, otra de España, una tercera de Ucrania, y ella, de Tailandia. Cada una había sido arrancada de los brazos de su familia en un punto distinto del globo.

Solo el destino era el mismo: una de las ciudades con mayor tráfico sexual del mundo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Oksana? —continuó preguntando. Se había aferrado a su condición de agente para no sucumbir a la desesperación que se palpaba en el ambiente.

«No, no soy como ellas. Yo sé artes marciales. Yo sé a lo que vengo», se había obstinado a repetir en bucle.

—No tengo ni idea. Pero como no me *hemos* dado de comer ni una sola vez y tampoco tengo

hambre, supongo que entre doce y treinta y seis horas. No te molestes en intentarlo —añadió al ver que Ayane se levantaba para husmear alrededor de la puerta—. No se va a mover. Te lo digo por experiencia. —Le enseñó un cardenal en la muñeca derecha.

Ayane se había propuesto intentarlo a su manera, pero no se le presentó la oportunidad. El chapoteo de unos pasos impacientes bajando las escaleras encharcadas al otro lado de la habitación alertó a las chicas.

A ella no le dio tiempo a regresar a su rincón. Fue la primera de las víctimas con la que dos tipos de aspecto inquietante se toparon al abrir la puerta. El primero era robusto y no particularmente alto. Tenía la barriga descolgada, el rostro salpicado de cicatrices de la viruela y le faltaba media oreja. El que le seguía en un discreto segundo plano debía rozar el metro noventa, pero trataba de hacerse invisible agachando la cabeza hacia la caja que cargaba en brazos.

Le sonó familiar.

¿Sería el que la había secuestrado? No era posible. Si la red de trata se extendía por todo el mundo, o al menos por Asia y Europa, le extrañaría que tuvieran a los secuestradores realizando también tareas tan mundanas como alimentar a las víctimas.

La clave del éxito siempre había sido la especialización: la delegación de labores muy concretas a los expertos en el tema, pensó con sarcasmo.

—Mira —señaló el bajito con una risa burlona. Apuntó a Ayane con un gesto de cabeza—, siempre tiene que haber una que proponga intentar huir, ¿eh? Anda, monada, siéntate, que no vas a llegar muy lejos.

Fue a abrir la boca para quejarse, pero el tipo se recreó en su desnudez con una mirada de arriba abajo y ella se sintió tan incómoda que enmudeció. Se cubrió los pechos en un gesto protector con el que le costó reconocerse.

Su comportamiento no le gustó un pelo al cabecilla. Sacó una pistola de entre el hueco del vaquero, donde había estado asomando a modo de advertencia, y la apuntó a desgana con el cañón ladeado.

—Las tetas donde pueda verlas, ¿estamos? No te tapas a no ser que yo te lo diga.

Ayane vaciló un segundo antes de obedecer, pero se aseguró de hacerle saber lo que pensaba con una mueca desdeñosa. Al bajito no le complació su lenguaje no verbal y, en lugar de bajar el arma, se acercó para clavársela en el cuello.

—Más te vale comportarte de otra manera con tus clientes. Ahora mismo no pagarán por ti ni el salario mínimo, pero se siguen mereciendo algo mejor que esa cara de acelga.

—Kamon —lo llamó el compañero con la voz grave. Era la primera vez que lo escuchaba hablar. «Singapore», recordó. Lo habían llamado Singapore—, déjala en paz, ¿quieres? Las órdenes están claras. Comen, se asean y las subimos. No hace falta montar un espectáculo.

—Sí, Kamon, no hace falta montar un espectáculo —convino Ayane en tono retador.

Al aludido no le hizo ninguna gracia que se empeñara en quedar por encima. Presionó aún más el cañón de la pistola contra su cuello. Ayane tuvo que retroceder un paso para poder respirar.

En vez de agachar la mirada, soltó una carcajada histérica. La experiencia de sentir el frío cañón del arma a la misma altura que el pulso le agitó la respiración. Miró a Kamon con un amago de sonrisa socarrona, preparándose para desarmarlo de un golpe imprevisto; de los primeros que había aprendido en el centro de entrenamiento. Pero entonces pensó que aún no se había hecho valer como mercancía. Si se rebelaba durante las primeras horas, ni a él ni a su compañero les importaría apretar el gatillo.

No estarían perdiendo a una trabajadora de calidad. Solo a un perro desobediente.

Había otros inconvenientes que considerar, además. Sabía que podría reducir a Kamon y al otro tailandés sin despeinarse, pero ¿y si la esperaban doce como ellos nada más subir las escaleras? Tenía la maña de su parte, mas no la suerte y, definitivamente, tampoco el número.

Se resignó a levantar las manos en una vaga señal de rendición, aferrándose a la esperanza de imponerse en un futuro cercano, y volvió a tomar asiento en el suelo húmedo.

—Eso está mejor, zorrita. Mucho mejor.

Singapore se adelantó con la caja aún entre las manos. La dejó en el centro de la estancia y se acuclilló para sacar sándwiches mixtos envueltos en plástico, botellas de agua mineral, toallitas individuales con olor a limón, perfume aceitosos con aplicador *roll-on*, cepillos para el pelo y los dientes, ropa interior limpia de una sola talla... Les tendió también un paquete con básicos de maquillaje: pintalabios, rímel y lápiz de ojos, los tres en un pack sin abrir con etiquetas comerciales que alguien debía de haber comprado al por mayor.

Ayane no pudo contener una risotada incrédula. Fue a preguntar si tanto les preocupaba que las chicas se sintieran guapas durante su lamentable encierro, pero entonces cayó en lo que había dicho unos segundos atrás.

«Comen, se asean y las subimos».

Subirlas ¿a dónde? ¿Con quién? ¿Para qué? Eran dudas absurdas. Sabía de buena tinta la respuesta. Tal y como había previsto durante el secuestro, estaba en el corazón de la red de trata que por fuerza tenía que haber abducido a Amelia y a Jaylani. No podía preguntar a las nuevas incorporaciones por ese par de nombres, pero si en algún momento se relacionaba con veteranas, podría llegar al fondo del asunto.

Mientras desenvolvía el plástico del bocadillo, que por supuesto no se arriesgaría a probar, Ayane se fijó en el físico de los implicados, confiando en que esto la ayudaría a identificarlos una vez estuviera en casa.

Era curioso cómo, en una llamativa mayoría de los casos, los criminales lucían tatuajes o

cicatrices aparatosas que les hacían muy flaco favor a la hora de pasar desapercibidos. Además del rostro marcado por la enfermedad, Kamon tenía un dibujo grabado en el lateral del cuello. El tiempo y las subidas y bajadas de peso bruscas habían diluido el diseño de un elefante asiático que, en un principio, habría sido excepcional.

Seguramente pretendió lanzar un mensaje con su elección de tatuaje. En la cultura tailandesa, el elefante representaba la realeza.

El otro también coleccionaba tatuajes, estos en blanco y negro. Eran bastante más recientes y estaban mejor cuidados, en parte porque no debía de haber cumplido los treinta años siquiera; así lo delataba su piel tersa y brillante. La comisura de uno de sus ojos negros lloraba una lágrima de tinta cuyo significado Ayane conocía de haber tratado con criminales antes: podía simbolizar tanto la vida carcelaria como un asesinato. Llevaba, además, un *piercing* en la ceja y un arete en la nariz, accesorios que le harían un muy flaco favor si en algún momento una prostituta rebelde o un compañero lo golpeaba en la cara.

Por desgracia, no podía fiarse de los complementos temporales para más adelante crear un retrato robot. Lo que sobre todo necesitaba era un nombre completo que acompañara a su imagen.

«No. Lo que necesitas es salir de aquí», insistió la voz interior, que no había dejado de gritar en un alejado rincón de su mente para hacerse notar. Ayane la silenció de nuevo y barrió la habitación con la mirada para centrarse en cualquier otra cosa; lo que fuera menos el miedo que se iba adueñando de su ser.

Las mujeres. Ellas eran lo primero. Tenía que averiguar más datos de las jóvenes para echarles una mano cuando lograra liberarse. Gisela era la guatemalteca con el cabello decolorado, la nariz chata y la mancha de nacimiento en el cuello; Oksana, la ucraniana con los incisivos centrales separados y los ojos azules. Birgit debía de ser centroeuropea por su nombre de origen austriaco y sus rasgos caucásicos. Tenía el rostro salpicado de pecas.

No permitió que ningún pensamiento interrumpiera la toma de notas. Por el momento estaba logrando mantener la calma. Reservaba para más adelante la adrenalina que la instaba a forcejear con sus captores, porque si no era ella quien mantenía la cabeza fría, ¿quién? Alguien debía hacerse cargo de las vidas de las otras tres criaturas, y esa era su responsabilidad ahora.

Cerciorarse de que regresaban a sus casas sanas y salvas.

—¿No comes? —le preguntó Kamon al ver que no probaba el sándwich. Ayane levantó la mirada hacia él con gesto neutro—. ¿Qué pasa? ¿Crees que lo hemos envenenado? —El tailandés puso los ojos en blanco—. Tú sabrás lo que haces, cariño, pero no te garantizo que vayas a volver a comer dentro de tres horas. Vosotras —llamó a las otras, que sí daban buena cuenta del almuerzo: Gisela llorando en silencio, Birgit ansiosa por acabarlo y Oksana alternando pequeños mordiscos con pausas indiferentes para no demostrar que había estado anhelando ese

momento—. Poneos guapas. En cinco minutos salís a hacer lo propio.

Oksana gruñó por lo bajo algo que cualquiera podría haber traducido como un insulto. Tuvo la mala suerte de que Kamon la escuchara, la que sin duda había sido su intención. Este no hizo de rogar su respuesta: le propinó una fuerte patada en las costillas que dobló a la ucraniana por la mitad. La inercia del golpe le hizo soltar el sándwich, que aterrizó en el suelo sucio.

Oksana se quedó quieta en el sitio, agarrándose el costado dolorido. Su mirada impotente fue a parar a los restos de la comida.

Ayane se levantó para ofrecerle su emparedado, pero Kamon la apuntó con la pistola.

—Tú quédate donde estás. Y si no quieres más, ya me lo termino yo. —Le arrancó el emparedado de la mano y le dio un generoso mordisco antes de abandonar la estancia con paso orgulloso, canturreando una melodía comercial.

Las chicas se quedaron a solas con el silencioso ayudante, quien, una vez vació la caja, se apoyó de pie contra la pared más lejana para ofrecerles intimidad sin dejar de vigilarlas.

Gisela fue la primera en limpiarse la cara con una de las toallitas y prepararse para la acción. Fue desolador verla aplicarse la máscara de pestañas sin dejar de llorar. Después de observarla refugiada en un silencio fúnebre, casi inconsciente, Birgit siguió su ejemplo y procedió a cepillarse la melena pelirroja.

A Ayane le habría encantado apoyar a Oksana en su decisión de rebelarse, pero debía subir y ver con sus propios ojos dónde las habían encerrado. Le dirigió una mirada de disculpa por no acompañarla en su manifestación de principios. Se limpió las axilas con una toallita, se lavó la cara con otra y se cambió la ropa interior.

Oksana, más por miedo a quedarse sola que porque hubiera entrado en razón, se resignó a obedecer momentos antes de que Kamon regresara con las manos ocupadas. Una aferraba la pistola, y con la otra zarandeó en el aire una bolsita de plástico con un polvo blanco.

—¿Hay alguna tímida en la sala? Porque tengo aquí la clave de su éxito. Creedme, se os hará más llevadero y tendréis más energía.

—No lo aceptéis —replicó Ayane en voz alta. Singapore la miró entre expectante y aprensivo, curioso por saber qué iba a decir pero lamentando las consecuencias que tendría haber hablado sin permiso—. Eso de que la cocaína ayuda a tener sexo es un mito urbano. Os puede volver agresivas, y lo último que queréis es acabar con una adicción que...

Kamon la interrumpió propinándole un bofetón con el cañón de la pistola. Ayane no lo vio venir y durante un instante hasta perdió la conciencia del lugar donde se encontraba. Se habría caído hacia atrás por el impulso del golpe si Gisela no la hubiese agarrado a tiempo.

—¿Qué coño haces? —gruñó Singapore. Le arrebató la pistola de un tirón violento y lo amenazó con ella sosteniéndola muy cerca de su rostro—. ¿Cuántas veces te tienen que decir que no les pegues, y menos todavía en la cara? Ya está bien con las gilipolleces. Como no la elija

ninguno de los clientes por el verdugón en la mejilla y Mekhong se entere de que se lo has dejado tú, te va a desollar vivo.

«Mekhong», repitió Ayane.

¿De qué le sonaba ese nombre?

Un recuerdo no muy lejano de una conversación con Califa la espabiló. Había tenido lugar en Vesper's, cuando le mencionó que los coordinadores del mundillo BDSM se repartían los territorios. Había nombrado a Black Russian, a Arak y a Mekhong. Este último era el encargado de la organización internacional en Asia Oriental.

Era posible que, al final, sí estuvieran en Bangkok, y que la cúpula organizativa de Fuego y Sangre estuviera en el ajo.

Mekhong como mínimo.

«¿Califa y Black Russian también?», se preguntó, sintiéndose de pronto enferma.

—Perdona, Singa —murmuró Kamon con las manos en alto—. Es que me dejo llevar.

—Haz tu trabajo y no me jodas, ¿estamos? —zanjó el otro en un giro de los acontecimientos. Entonces era Singapore quien tomaba las decisiones, no Kamon. El joven tailandés se dirigió a las chicas, que habían presenciado el intercambio con el aliento contenido, y gesticuló hacia la puerta con impaciencia. Cuando habló, lo hizo en tono conciliador—: No os recomiendo hacer ninguna estupidez por el camino. El edificio está infestado de guardias de seguridad y hombres de nuestro círculo. Es imposible salir. Intentarlo es una muerte segura.

Más que como una advertencia para asustarlas, a Ayane se le antojó una humilde petición, como si su objetivo fuera preservar sus vidas intactas. ¿Y qué tendría eso de generoso o insólito? No habían sido secuestradas para obtener a cambio de su liberación una cuantiosa recompensa. Querían convertirlas en fuerzas de trabajo. De poco les servirían muertas.

Si no les cubrieron los ojos o la boca ni les ataron las manos, tenía que ser porque Singa estaba en lo cierto y allí no encontrarían a nadie por la labor de ayudarlas. Tampoco había puntos flacos o rincones descuidados, como Ayane pudo comprobar una vez llegaron al final de las escaleras y cruzaron un pasillo alfombrado. Tenía aspecto de alojamiento, y no de motel de carretera o burdel de los suburbios, como pudo pensar en una primera instancia. Los corredores estaban decorados con gusto, siguiendo el estilo oriental marcado por el minimalismo, e iluminados por focos modernos.

A los costados del pasillo destacaban las habitaciones numeradas, a través de las que Ayane atinó a escuchar gemidos, el sonido de azotes y murmullos sugerentes.

Gisela tragó saliva y cerró los ojos para concentrarse en su propia respiración. Por primera vez, Ayane se preguntó cómo sería estar en sus zapatos. No sentía que se hallaran ni de lejos en la misma situación, y era esto mismo lo que la salvaba de caer en la desesperanza: que ella

guardaba un as bajo la manga. Había sido entrenada para lidiar con criminales como Kamon, también con los aparentemente inofensivos y los más listos de la cuenta.

Y lo que era más, sabía defenderse de los abusos físicos.

Pero ¿qué tan desamparada se sentiría aquella niña de veinte años que había abandonado su país y todo lo que conocía con la ilusión de empezar de nuevo en una región europea?, ¿y qué había de Birgit, a quien con toda probabilidad su novio, su ser más querido, habría vendido a la trata? ¿Y Oksana? Si su familia la había sacrificado sin pestañear, ¿sentiría que tenía un lugar al que volver en el caso de escapar, o creería que estaba ante el final de su vida y de sus oportunidades?

¿Siquiera su vida habría empezado alguna vez, considerando que ni su propia sangre la había protegido?

Si la comparaba con la de las demás, la explicación que había llevado a Ayane a aquel agujero negro resultaba cuanto menos bochornosa. Injusta. Una forma de insultar al resto de las víctimas.

Singapore abrió la única puerta sin número y se apartó a un lado para que las cuatro pudieran pasar. La primera en entrar fue Ayane, lo que le permitió recibir con toda la fuerza de su intensidad las miradas de los hombres que había desperdigados por el lujoso salón. Se asemejaba al cómodo recibidor de un hotel de cinco estrellas, con sus bonitos *chaise longues* y sillones orejeros a juego con las alfombras persas y el decorado asiático. Contaba con todo lo que un grupo de caballeros, la mayoría vestidos y repeinados para la ocasión, podría desear: un barman sin ojos ni boca que se limitaba a ir y venir del minibar para servir copas con diligencia y una televisión en la que estaban retransmitiendo un combate de *muay thai*.

Si le había cabido alguna duda de dónde estaba, esta se disolvió enseguida. El *muay thai* era el deporte nacional en Tailandia, un estilo de boxeo letal. La arquitectura confirmaba el resto: los cuadros pintados a mano con acuarelas plasmaban imágenes de templos y árboles de la vida, tópicos recurrentes en el arte de la zona, y combinaban los livianos tapices japoneses con palillerías de madera y estores de lino.

Kamon intercambió unas palabras con los presentes en su lengua materna. Ayane se concentró en el movimiento de sus labios por si acaso algún término o nombre propio le sonaba familiar.

No hubo suerte.

Jamás se le había ocurrido estudiar en profundidad idiomas tan complejos y poco hablados a lo ancho del mundo. Pero, aunque lo hubiese hecho, no habría podido quedarse largo tiempo tratando de traducir el contenido de la conversación, que, de todos modos, podía deducirse por contexto: una a una, Singapore fue presentando a las chicas ante el cliente que las hubiera señalado con palpable lujuria.

En cuanto las tres primeras estuvieron colocadas, las hizo desaparecer por una puerta situada

tras un biombo. Todas ellas marcharon escoltadas por Kamon, que, tras conducir las a su destino, regresaba con buen ánimo para acompañar a la siguiente.

Ayane fue la última en ser dirigida a través del salón. Aun muerta de miedo e incertidumbre, lo abandonó con una incomprensible sensación de agradecimiento.

Estaba acostumbrada a las lujuria de los hombres y creía saber hasta dónde llegaban sus ansias sexuales, pero nunca antes se había sentido tan violenta en presencia de un grupo. Aunque la desnudez solía empoderarla y era lo bastante segura de sí misma para repetirse en contextos eróticos que, incluso sin prendas, era quien tenía la sartén por el mango, allí sabía que no era más que un trapo sucio con un propósito. Un propósito ilegítimo, deleznable, que se materializó antes de lo esperado: en el preciso instante en el que el Kamon cerró la puerta tras ella y la dejó a solas con el cincuentón asiático que la había apuntado con el dedo.

En lugar de fijarse en él, y a fin de parecer más indiferente que aterrada, Ayane dio un paseo apreciativo por la habitación. Así favorecería la circulación de la sangre, que se le había concentrado en los pies. El corazón se le encogió al reparar en que no había un solo elemento sórdido que sirviera de pista para adivinar que eran prostitutas las que frecuentaban aquella cama. Parecía una habitación de hotel como otra cualquiera. De hecho, se asemejaba a una que había compartido con Jace durante unas vacaciones en Yakarta.

«Oh, Jace», pensó con el estómago revuelto. No había podido acordarse de él por culpa del ajetreo de los últimos acontecimientos. Cuando notó la mano desconocida sobre el hombro, se dijo que era su deber proteger el recuerdo de su marido de lo que estaba pasando y lo empujó al fondo de su mente, donde nada ni nadie pudiera mancharlo.

—¿Te encuentras bien? —vaciló el tipo en un inglés con acento marcado pero inteligible. Tenía el rostro enrojecido, más por el esfuerzo que los hombres con sobrepeso debían imprimirle a cualquier mínimo ejercicio que porque le avergonzara pagar por sexo. Se puso la otra mano en el pecho—. Soy Lawan.

Ayane se giró para mirarlo bien. A pesar de llevar un traje caro y el cabello engominado hacia atrás, detalles simbólicos de una riqueza incontestable, tenía la expresión bondadosa de un hombre sencillo.

¿O se estaba autoengañando con tal de no temerle?

—Kir Royale —se presentó con parquedad.

Se inclinó sobre él para darle un casto y prolongado beso en la mejilla.

Aunque no llegó a ruborizarse, la iniciativa dejó al tailandés sin saber qué hacer.

«Es la primera vez que hace esto», comprendió Ayane. Ya se lo había advertido el gesto nervioso de sus manos. No dejaba de doblar los dedos y comprimirlos en un puño indeciso, y había sudado de forma profusa incluso antes de entrar en la habitación.

—¿Kir... Royale? —repitió con dificultad—. ¿Como el cóctel?

—Ajá. —Sin dejar de vigilarlo por si resultaba ser un falso tímido, Ayane dio unos pasos atrás y tomó asiento en el borde de la cama. Se cruzó de piernas despacio, consciente de que el hombre seguía sus movimientos con fijación, y apoyó las palmas a cada lado de las caderas—. Las amas sadomasoquistas tenemos nombres en clave.

—¿Amas sadomasoquistas? —Una nota de admiración se filtró en su voz.

Ayane se permitió tener esperanza.

—Mm. ¿No te lo han dicho? —Enarcó una ceja con premeditada sorpresa—. Puedo hacerte lo que tú me pidas, por supuesto —añadió por si acaso—, pero esa, querido, es mi especialidad... Y corrígeme si me equivoco —se arriesgó a continuar—, pero tengo la impresión de que eso es lo que quieres.

—¿Qué quiero? —murmuró, sugestionado por su tono de voz.

No se atrevió a mover una pestaña.

Ayane curvó los labios en una sonrisa ladina... y también sincera. ¿Sería posible que hubiera tenido la suerte de salir elegida por el único tipo que no era un putero consumado?, ¿el único con alma de sumiso, o al menos lo bastante manipulable para librarse de una experiencia desagradable?

—Creo que quieres que te dominen, Lawan —señaló quedamente. Para inducirlo a convenir con ella, estiró una pierna y le rozó la bragueta con los dedos de los pies descalzos—. Y tiene sentido... —Ladeó la cabeza para admirarlo con interés—. Fíjate en tu corbata, en la calidad de tu chaqueta, en tus pantalones ajustados a medida... Apuesto a que eres un hombre que en su día a día se dedica a dar órdenes y que, para variar, le gustaría acatar alguna. No viniendo de cualquiera, claro está. Solo de la persona que tú eligieras.

Lawan se pasó una mano por el pelo negro. Había repetido el gesto un par de veces. En su juventud debía de haber tenido una densa cabellera. Lástima que hubiera empezado a clarear por detrás y las entradas hubieran ganado terreno ampliándole la frente brillante por el sudor.

—La verdad es que si tuviera que obedecer a alguien —admitió en voz baja—, preferiría que fuera a una mujer tan bonita como tú.

Ella fingió sentirse halagada con una sonrisa encantadora. Aprovechó que él se había acercado a su manera discreta para facilitarle el contacto y empezó a mover el pie para estimular su erección. Procuró ignorar la situación física que se traía entre manos, o en todo caso consolarse con que no era ni de lejos tan violenta como podría haber sido.

Se centró en la conversación.

—¿Cómo de bonita?

—Como el sol. Como las estrellas —respondió con rapidez.

—¿Y como para arrodillarte ante mí?

—Sí.

—Pues hazlo. —En un movimiento atrevido, Ayane subió el pie para empujarlo por el pecho. Por un instante, temió que Lawan reaccionara con la violencia Kamon, pero este, con la respiración agitada, se apresuró a ponerse a cuatro patas sobre la alfombra.

Entornó los ojos para contemplar su postura sumisa con un regocijo malicioso. El corazón se le aceleró de pensar que pudiera incluso disfrutar de una sesión sadomasoquista con un putero. Sería la primera vez que humillaba a alguien que se lo merecía.

—¿Te gustan mis pies, Lawan? —inquirió en tono meloso. El tipo alzó la cabeza para aferrarse enseguida a uno de los tobillos que Ayane le ofreció con aire condescendiente.

—Sí. Sí... —La emoción le entrecortaba el aliento—. Me encantan.

—Demuéstramelo.

El tailandés le dirigió una mirada cristalizada por el deseo, la clase de mirada que una sadomasoquista con experiencia reconocería en cualquier parte. Lawan carecía de autoestima. En lugar de pagarlo a golpes con las mujeres que frecuentaba, como solía ser habitual, era de los que, en cuanto el ardor del orgasmo se diluía y podían pensar con claridad, se sentían mal por haber solicitado sus servicios.

Lo llevaba escrito en la cara, pero se lo confirmó lamiéndole la planta del pie en busca de la aprobación de su ama. Ella reprimió una risa histérica por las cosquillas y por el acceso de bilis que la sobrevino pensando en lo sucios que los tendría.

Mantuvo el gesto inexpresivo mientras él se deleitaba con el ofrecimiento.

—¿Cómo te llaman en el trabajo, Lawan?

—Me llaman señor Saetang.

«Lawan Saetang», apuntó para sus adentros. Podría ser un testigo magnífico una vez el operativo federal lo abordara en su propia oficina para acusarlo de codearse con proxenetas e interrogarlo acerca del lugar donde acudía a satisfacer sus necesidades. Incluso existía la posibilidad de que lo metieran entre rejas por su contribución al negocio más antiguo del mundo. Al final, la prostitución era ilegal en Tailandia.

—Aquí no eres el señor Saetang. —Apartó el pie y lo utilizó para empujarlo con un desdén que no tuvo que fingir—. Aquí eres mi esclavo.

—Sí, sí... ¿Qué quieres que haga por ti, Kir Royale?

—Quiero ver cómo te acaricias —improvisó.

Sus ojos despidieron un brillo complacido.

—¿Podré ver yo cómo lo haces tú?

—Solo si te corres cuando te lo ordene —respondió tras una pensada veloz. Nada le gustaba más a un hombre que un reto—. Si lo haces antes o después, te quedarás sin la recompensa.

Aunque fue un tiro muy largo suponer que Lawan se mostraría conforme, dio en el blanco. El tipo asintió con vehemencia y se quitó torpemente el cinturón y los pantalones.

Ayane había disfrutado de suficientes sumisos para saber que a la mayoría les encantaba que su dominatriz los viera masturbarse, y no encantadas, sino asqueadas con la visión. No existía fantasía más recurrente entre el público masculino que la de violentar a una mujer con su morbo; por desgracia, no solo dentro del circuito sadomasoquista.

Lawan ya estaba duro antes de empezar a masturbarse. Ayane dirigió los tiempos de forma implacable, primero observándolo con fijeza, con una leve sonrisa desdeñosa, y después caminando a su alrededor como si pretendiera puntuar su técnica.

Él sudaba por los nervios y las ansias de satisfacerla y se corrió antes de lo previsto.

Ella, temiendo que se indignara con su negativa a ofrecerle un espectáculo similar, anunció que se apiadaría de su patetismo pese a haberla decepcionado. Pero fue el propio Lawan el que se negó en rotundo a ser recompensado con una indulgencia que no se había ganado, y en su lugar pidió que le azotara por ser un lamentable gusano.

Media hora después, el tailandés se marchaba con una sonrisa ufana de niño travieso por una puerta distinta de por la que había entrado, y no sin antes haberse deshecho en reverencias hacia ella.

En sus palabras, le había pagado lo que consideraba que había costado el encuentro.

Ayane se quedó de una pieza al ver diez mil bahts, lo equivalente a doscientos cincuenta dólares, sobre la mesita de noche. Por lo que tenía entendido gracias a una investigación que emprendió por curiosidad, a las trabajadoras sexuales tailandesas se les pagaba entre tres y cien euros al día; un día en el que bien podían haber complacido a una veintena de clientes.

Se preguntó si sus servicios no entrarían en la categoría de prostitución de lujo o, al menos, de alta gama. Luego se acordó de la advertencia de Kamon sobre el salario mínimo y dio por hecho que los proxenetas se llevarían un porcentaje elevado por ofrecer techo y cama.

«Y cosméticos de droguería», pensó con un sarcasmo venenoso. «Qué amables».

En cuanto se quedó sola, Ayane se dirigió hacia la puerta con un alivio que no le cabía en el cuerpo.

Ya estaba, se dijo. Ya había ganado suficiente para que sus captores estuvieran satisfechos. Les entregaría los diez mil bahts íntegros y podría retirarse de nuevo al sótano, que después del incómodo encuentro no se le antojaba tan inhóspito.

Pero antes de poner la mano en el pomo, la puerta se abrió y apareció otro hombre, este vestido con tan solo una camisa y un chino. Iba escoltado por Kamon, con el que Ayane pudo intercambiar una mirada por encima del hombro del cliente.

Pudo ver el regocijo de su captor cuando este sobreentendió a partir de la postura y la expresión de la agente que había pensado que la jornada había concluido.

—Este es Bao —le dijo en inglés—. Tienes cuarenta y cinco minutos para entretenerlo. Tic, tac —añadió antes de dejarlos a solas.

Ayane tragó saliva y retrocedió instintivamente al ver que el hombre se aproximaba con una actitud muy diferente de la de Lawan. La lujuria al recorrerla con la mirada le había ensombrecido el semblante, como si entendiera el sexo como un pecado infernal y tuviera que hacerla pagar por inspirarle tan bajos instintos. La fue acorralando con el avance de su cuerpo mientras se deshacía de la camisa, y este no era menudo como el anterior. Era tan alto como Ayane y el doble de robusto. Una sola mano le bastó para arrojarla sobre la cama con una violencia que la paralizó y tenderse acto seguido sobre ella.

Le dijo algo en chino que no entendió, pero que interpretó como una humillación y la hizo celebrar no conocer el idioma. Acompañó las palabras arrastradas de una caricia a su cintura. Ella abrió la boca para quejarse, para pedirle que se apartara un segundo. El tipo no se dignó a escucharla y se inclinó sobre su cuello, que recorrió desde la clavícula hasta el lóbulo de la oreja con la lengua. El tacto áspero unido al aliento impregnado de alcohol estuvieron a punto de producirle una arcada, y aunque la contuvo a tiempo, Bao se dio cuenta de su desprecio y se separó lo justo para volcar sobre ella toda la contrariedad de su expresión. Dicha contrariedad se transformó más pronto que tarde en un arrebato de ira que acompañó de una serie de palabras atropelladas que solo podían significar un reproche.

Ayane había empezado a marearse. Tuvo que ladear la cabeza para que la saliva que Bao escupía al vertir acusaciones no le salpicase en la cara. Este se tomó su pasividad como otro desaire y la sacudió agarrándola del cuello para instarla a tener iniciativa, a mostrarse agradecida.

Alertada por el peligro de no poder respirar, despertó del extraño ensimismamiento en el que se había sumido. Le presionó un punto del cuello y otro del trapecio durante unos segundos, los necesarios para que Bao arrugara el ceño, en un primer momento confundido, e instantes después perdiera el conocimiento. Era un movimiento que su padre le había enseñado largo tiempo atrás y que no había tenido la oportunidad de probar hasta entonces; la clase de contraataque que el FBI y otros cuerpos oficiales tildaban de jugada desleal y prohibían en algunos de sus círculos.

Cuando sintió el peso muerto del tipo sobre ella, Ayane jadeó en voz alta, no sabía si por el alivio o todavía sobrepasada por su agresiva presentación.

Se lo quitó de encima como buenamente pudo y se levantó de la cama a toda velocidad. Fue a limpiarse la cara con la misma sábana, pero cayó en que la habitación disponía de un baño y entró para lavarse con agua y jabón. Frotó hasta que la piel le escoció y no se reconoció en el rostro enrojecido que le devolvió la mirada.

Acto seguido buscó a su alrededor algún elemento que pudiera servirle para defenderse en el caso de que la atacaran de nuevo.

—Podrías matar a cualquier persona con cualquier objeto que hay encima de esta mesa —le había dicho su padre en una ocasión. Estaban sentados en el comedor de la modesta casa de

Albuquerque. Con un elegante ademán, había señalado un frutero con un par de bananas, un mantel y dos cubiertos. Ayane tenía catorce años, edad suficiente para saber a qué se dedicaba su padre. Entonces sentía una retorcida curiosidad hacia sus habilidades que no mucho después se transformaría en recelo y decepción. Él nunca le había escondido sus pecados y la complacía con la verdad siempre que, para espanto de su madre, hacía preguntas mórbidas—. Lo que importa es encontrar la manera de utilizarlos. Puedes romperle el frutero en la cabeza. Es lo bastante recio para partir un cráneo o abrir una herida mortal. Puedes asfixiarlo echándole el mantel al cuello y apretándolo hasta que la cara empiece a amoratarse. Puedes clavarle el tenedor en la aorta o meterle a presión esto por la garganta. —Había levantado la cuchara para que la joven Ayane lo viera con claridad. Su padre sonrió como un corderito y depositó el cubierto donde estaba con la delicadeza de una doncella victoriana. Le lanzó una mirada inocente—: Pero, como es natural, preferiría que utilizaras estos pequeños trucos solo en situaciones que lo ameritaran. O, de ser posible, nunca en la vida.

Naoko jamás perdonó a Kincaid por meterle ideas sangrientas en la cabeza, y, por una vez, Ayane estuvo de acuerdo con ella en que su padre se había equivocado. Y es que a partir de ese día, comenzó a observar con una fijación sospechosa los objetos que la rodeaban y teorizar sobre lo que podría hacer con ellos. Le había pasado incluso en compañía de Jace, cuando paseaban de la mano por el centro comercial y Ayane le daba vueltas al uso mortal de una percha para pantalón, un perfume de lujo...

Una alianza de casada.

Se miró las dos manos desnudas en busca de la que debería haber lucido su anular y se percató de que le temblaban. Cubrió una con la otra para ocultar el miedo de sí misma y se preguntó si su anillo seguiría donde lo había dejado, en la mesita de noche de su dormitorio. Ese, junto con el colgante de la turmalina que le habían permitido conservar, habría sido el único elemento protector que podría haber llevado sin llamar la atención.

Lamentablemente, no se le habría ocurrido un modo de atacar a alguien con él, y no habría soportado perderlo ni siquiera si ese hubiera sido el precio a pagar por conservar su dignidad.

Su disfraz de prostituta constituía un tanga de hilo y nada más, lo que la dejaba en una situación de indefensión. ¿Qué podría esconder bajo la almohada para protegerse, pues?

Regresó a la habitación con la cara tirante por el uso del jabón y la fuerza con la que se había rascado las mejillas. Miró al hombre tendido boca abajo, todavía inconsciente.

No podía permitir que despertara y pensase que no había sucedido nada.

Debía hacer algo.

Con la mente en blanco por mera supervivencia, le dio la vuelta y le bajó los pantalones. Fue al baño para coger papel higiénico y, tras asegurarse de que no había cámaras en ningún punto de la habitación —a no ser que estuvieran muy bien camufladas—, rodeó su miembro flácido con la

mano envuelta en el guante improvisado y empezó a masturbarlo hasta que las sábanas estuvieron manchadas con su semen.

Vaciló antes de untar los dedos en una salpicadura de esperma y mojarse la cara interna de los muslos. Lo hizo con la mirada clavada en el techo, donde brillaba la luz ambarina de una preciosa lámpara que a ella no le habría importado colgar en su propia habitación.

Lástima que a Jace no le gustara la decoración típica de Asia.

«¿Habrá cambiado las cortinas en mi ausencia?», se preguntó. «Si vuelvo y no están mis estores de seigaiha azul bebé, lo mato».

Cuando consideró estar lista para tenderles la trampa, hurgó entre los bolsillos del pantalón de Bao. Dos condones, llaves de casa, una tarjeta que anunciaba los servicios de un abogado... *et voilà*: una cajetilla de tabaco Burley. Cogió un pitillo, lo encendió con el mechero que halló en otro de sus bolsillos y se sentó en el sillón de la esquina con las piernas abiertas y todavía mojadas a esperar a que el cerdo despertara.

Fumó muy despacio, concentrándose en cada calada; en el camino que hacía el humo desde que se lo tragaba hasta que sus pulmones lo acogían resignadamente. Luego lo expulsó y pensó, burlona, que Jace, enemigo de los vicios, no podría juzgarla por fumar en esa situación particular.

Con toda probabilidad, él también lo haría.

La puerta se abrió a los cuarenta y cinco minutos exactos. Esta vez fue Singapore el que se asomó con gesto de resignación impotente.

Iba solo.

El alivio volvió a inundar a Ayane.

Tal vez las dejaban descansar cuando ya habían ganado el equivalente a quinientos dólares.

—Se ha dormido después de correrse —explicó ella sin moverse del asiento.

Singa asintió, distraído, pero fue evidente que no las tenía todas consigo. Simplemente no estaba en absoluto preocupado por lo que pudiera haber sucedido entre los dos.

—Te pasaremos a otra habitación, entonces.

—¿Otra habitación? —repitió Ayane, incorporándose con un mal presentimiento.

El tailandés se retiró de la puerta para que pudiera conocer la apariencia de su siguiente cliente, el primer caucásico. Rondaba los setenta años. Tenía el cabello canoso y un exceso de piel de pollo le colgaba de la barbilla.

Ayane buscó la mirada de Singapore sin ocultar su alarma. En los ojos negros del proxeneta halló la respuesta a la duda implícita: los clientes no iban a dejar de llegar en todo el día. No le iban a dar un respiro. La dinámica era idéntica a la de las esclavas sexuales del ejército imperial japonés, esas chinas y coreanas que los japoneses reclutaron con la promesa de darles trabajo para luego encerrarlas en una habitación y exponerlas a una violación eterna.

Un frío paralizante se fue extendiendo por su cuerpo, dejándola aterrorizada y sin esperanza.

No había ninguna estrella sobre su cabeza, comprendió. No era distinta de Gisela, Oksana o Birgit.

Simplemente había tenido la suerte del principiante.

Capítulo 2

Ayane había perdido la cuenta del número de días transcurridos desde el secuestro.

Al principio intentó contarlos en función de la cantidad de veces que le daban de comer, pero ni Kamon ni Singa atendían a un criterio fijo. A veces no los veía en toda la jornada; otras, se topaba con ellos cada cuarenta y cinco minutos, cuando abandonaba su habitación un instante para disfrutar de la falsa pero necesaria impresión de que podía tomar el aire.

Como en cualquier trabajo corriente.

La menstruación podría haber sido un factor decisivo, pero si bien había notado los síntomas del síndrome premenstrual en un par de ocasiones, llevaba desde que se fue de Washington sin tener el período.

Tampoco era posible conocer la posición del sol desde donde estaba. No como para averiguar cuántas veces había salido la luna. No había ventanas ni en los dormitorios en los que descansaban, ni en los que desempeñaban sus funciones. Solo sabía que la despertaban las voces de Kamon, era obligada a prepararse en la fúnebre compañía de las demás, a las que se habían ido uniendo otras chicas, y era escoltada como una princesa hasta la lujosa jaula de siempre. Allí recibía una media de quince o veinte clientes en un día bueno; seis o siete en uno desafortunado que le merecía los regaños y bofetones de sus captores. Luego era libre de hacer lo que quisiera, que no era otra cosa que encerrarse en su habitación compartida con otras dos desgraciadas y debatirse entre abrazar el burdo consuelo del sueño, que le garantizaba una desconexión absoluta durante las horas más plácidas del día, o bien tratar de construir una vida ociosa para recrear una falsa normalidad que la protegiera de la locura.

Pero si en algún momento conseguía anestesiar la rabia y alejarse de los terrores de los últimos tiempos, ahí estaban el resto de sus compañeras para recordarle, directa o indirectamente, que no hacía mucho había sido una ciudadana libre; que había gozado de privilegios que ya no quedaban a su alcance. El de asearse sin vigilancia, el de sentirse realizada a través de su trabajo, el de escoger a sus amantes, el de cubrir su desnudez, el de dormir sin oír un llanto desconsolado en la cama vecina, el de descansar sin pesadillas.

Oksana solo se había vuelto más y más violenta con el paso de los días, las semanas... ¿los meses?, y Gisela se había convertido en adicta a la cocaína desde que la probara para soportar las jornadas. Birgit era la única que, como Ayane, había pulido un método de supervivencia que no era del todo perfecto, pero sí lo bastante eficaz para levantarse cada mañana sin acariciar la posibilidad de acabar con su vida.

Dentro de lo malo, se consideraba afortunada. Aunque no había podido evitar que algunos de los clientes tomaran lo que querían, y esto contemplaba toda suerte de prácticas sexuales, nunca desaprovechaba la oportunidad de inducirlos a hacer lo que ella quería. Si era necesario porque intentaban propasarse, recurría al que Birgit había titulado «el truco de magia» para dejarlos inconscientes. Algunas veces, cuando terminaba el día, se sorprendía sonriendo con un alivio que no le cabía en el cuerpo: y es que había logrado esquivar las peores balas del día valiéndose de su ingenio.

Era un consuelo estúpido, pero un consuelo, a fin de cuentas.

Se había convencido de que lo mejor para superar el tiempo que le quedaba allí era buscar nuevas maneras de sacarse a las bestias de encima, y estaba descubriendo una parte de ella, asombrosamente astuta y original, que no conocía; la que solo salía a relucir en situaciones adversas.

Porque, al final, eran adversas. Había clientes violentos. Había clientes con fetiches que la habrían escandalizado si no hubiera estado al corriente de todas las posturas y fantasías imaginables, sadomasoquistas o no. Y, lo que era peor, había clientes que la confundían con sus manos porque lograban excitarla e incluso hacer que se corriera, lo que de un tiempo a esa parte se había convertido en un milagro. Aquellos eran a los que Ayane más temía, a los que sentía como una verdadera amenaza desde que viera a la sensible Gisela encapricharse de un cliente habitual. La aterraba desarrollar sentimientos por hombres de moralidad cuestionable por algo tan simple como haberla hecho sentir bien durante cuarenta y cinco minutos.

Pero sabía que en el fondo eso sería imposible. Había desconectado mental y emocionalmente de lo que tenía lugar a su alrededor. En el momento en el que aceptó que no podría actuar como agente porque pasaría horas y horas encerrada en una habitación, ocupadas las manos, la boca, el cuerpo entero, se rindió a la evidencia de que era inútil además de ingenua.

Lo había sido desde el primer día.

Le dio la espalda a sus sentimientos para que no la derrotaran, y aunque de vez en cuando la cazaban con la guardia baja y pasaba el día entero hecha un ovillo o recorriendo el pasillo como un alma en pena, había conseguido construir un castillo de naipes en el que refugiarse de su soledad.

Un castillo endeble, sí, pero era mejor que nada.

Como cada mañana, Ayane se levantó y procedió a prepararse para enfrentar la noche. Mientras se ajustaba la ropa interior, se preguntó cuándo había sido la última vez que llevó una prenda que la cubriera por completo o no fuese reveladora.

En el avión con destino a Tailandia, probablemente. Aquel conjunto de Miu Miu que tan solo había enseñado una franja del vientre.

Se cepilló el pelo jugando a su juego preferido, el de enumerar la mayor cantidad de marcas

de tabaco o automóviles, títulos de películas Disney o estados federales para evitar que un solo pensamiento destructivo penetrara en su cabeza, una técnica de distracción que su psiquiatra le mencionó para sobreponerse de un ataque de ansiedad.

«Mitsubishi, Audi, Renault, Nissan».

Era mejor si sedaba el sentido del oído para no escuchar los llantos de las nuevas. Y, por supuesto, ya no se molestaba en pegar la oreja a las voces que le llegaban del pasillo. Allí casi todo el mundo hablaba en tailandés a excepción de cuando debían dar una orden o reprender a una rebelde, y no era un idioma que pudiera aprenderse de oídas.

«¿Para qué, además?», se preguntó con forzada indiferencia. «No es como si pudieras contarle a nadie de qué te has enterado».

Aunque los primeros días tuviera la esperanza de que en Washington se notara su ausencia, era cada vez más evidente que, o no se habían percatado, o no disponían de los medios para localizarla.

Y eso ya era decir tratándose de la agencia federal estadounidense.

Claro que, si supiera de qué diablos hablaban, podría poner sobre aviso a sus compañeras en el caso de que corrieran algún peligro. Pero, pese a que las circunstancias invitaban a hacer piña, no habían fomentado entre ellas ninguna clase de hermandad. Oksana se había encerrado en sí misma y no permitía que la ayudaran, llegando a iniciar peleas físicas con la que se atrevía a mostrarle un mínimo afecto. Birgit estaba luchando por sobrevivir día a día y no le sobraba el tiempo para apiadarse de nadie más, y ya no se acordaba de cómo era Gisela cuando no estaba drogada.

En cuanto a los nuevos fichajes que habían ido llegando, todos con historias de traición o mala suerte similares a las que contaron las veteranas, seguían la misma senda que el resto. Algunas habían llegado a las manos entre ellas para quedarse con un cliente, sobre todo por los habituales que parecían respetar a las prostitutas.

—Venga, vamos —las espoleó Kamon desde el umbral, golpeando la puerta con los nudillos—. No me hagáis quedar mal hoy, ¿de acuerdo? De todos los días, es en el que más os vale no llegar tarde.

Ayane ni siquiera sintió curiosidad. Tampoco despegó la mirada del espejo, que le devolvía un gesto inexpresivo. No veía lo que estaba contemplando. En cuanto apreciaba su reflejo y confirmaba para su inmenso espanto que no reconocía a la mujer que tenía ante sí —ojerosa, derrotada; con el cabello electrizado por la falta de productos adecuados para el autocuidado y la piel cuarteada por el estrés—, desconectaba también sus sentidos.

Se centraba en realizar las tareas necesarias para mantener su cuerpo con vida. Comer, ir al baño, dormir. Comer, ir al baño, dormir. A veces ni comer, o hacerlo, pero vomitar después. A veces dormir poco y con terrores nocturnos. A veces ir al baño delante de alguien que la miraba

desde la puerta con morbo. Esas eran sus únicas obligaciones.

En cuanto las chicas estuvieron listas, siguieron a Kamon por el pasillo.

Habían dejado a Oksana en la habitación recuperándose de la última paliza. No le permitían quedarse en la cama descansando por cuestiones de salud, sino porque daba una pésima imagen ofrecer una puta con el rostro marcado a los clientes de renombre. Alguno que otro se había sentido insultado porque metieran en la misma habitación que él a una mujer con un ojo morado, y Kamon había tenido que disculparse y soportar una reprimenda para pagarlo a posteriori con la prostituta que le quedó más cerca.

A menudo se abofeteaban entre ellas para librarse de un día de trabajo. Ella solo lo hizo en dos ocasiones, y de ambas salió escarmentada: ya no podía soportar la idea de permanecer a solas con sus pensamientos durante veinticuatro horas de reloj. Estos habían adquirido la inquietante costumbre de desestabilizarla hasta tal punto que prefería trabajar.

Como ya era tradición, pasarían primero por el salón principal para que los hombres que habían tenido el detalle de venir a conocerlas echaran un vistazo valorativo. En función de sus preferencias, hablaban con Kamon para consultar disponibilidad y tarifas.

Pero ese día no se toparon con el grupo habitual de tipos trajeados. Había solo dos hombres, ambos vestidos de forma impoluta. No con las prendas caras que Ayane había reconocido en los puteros, que indicaban una capacidad adquisitiva por encima de la media, sino ropa de diseño que solo podrían permitirse las grandes fortunas de la revista Forbes.

Uno de ellos era asiático y llevaba el cabello engominado hacia atrás. Tenía una discreta cicatriz de labio leporino y un pañuelo de seda roja con un patrón estampado en dorado de inspiración china. El otro era bastante más alto y de ascendencia árabe, y lucía un traje de rayas azul y blanco que le sentaba como un guante.

La parte de ella que ya se había hecho el cuerpo al trabajo fantaseó con que alguno de los dos la escogía. Aunque los clientes atractivos solían ser los más violentos o caprichosos, Ayane prefería a uno joven que no le produjera arcadas.

No obstante, tuvo que contener un escalofrío al mirarlos. El árabe contaba con una colección de copiosos anillos en ambas manos, y sabía lo que eso podía conllevar para una mujer si el putero gustaba de ejercer violencia.

Ayane no solo no había perdido la costumbre de examinar su entorno para sacar conclusiones que la ayudaran a sobrevivir, sino que había afinado los sentidos hasta tal punto que se percataba de los detalles que pasaban desapercibidos para los demás; que habrían pasado desapercibidos para ella misma un tiempo atrás. No lo hacía porque esperara testificar algún día en contra de los abusadores que formaban parte del indestructible sistema de alquiler humano, sino porque le era más fácil perderse en sus pensamientos una vez había clavado la mirada en un punto concreto. Era preferible dejarla vagar y repetir para sus adentros lo que iba apreciando.

Mancha de sangre en la alfombra. Mirilla de la puerta torcida. Souvenir de Xi'an.

Nota mental respecto a este último: es lo bastante recio para asirlo y abrir una cabeza.

—Aquí están todas las que tenemos por ahora, señores —oyó que decía Kamon en inglés. En otro momento, Ayane se habría activado ante la expectativa de entender la conversación, pero solo se encogió. ¿Y si oía algo desagradable? ¿Podría vivir con ello? Esta última era la pregunta que más se había hecho desde su llegada—. Falta Oksana, la ucraniana, pero dudo bastante que esa les interese para jugar en grandes ligas. No solo no le auguro un destino favorable, sino que me extrañaría que con su actitud autodestructiva sobreviviera a las próximas semanas. Por lo demás... —Se valió de gestos elegantes, casi cariñosos, para señalar a las mujeres expuestas en línea horizontal ante los interesados—, permítanme presentarles a Gisela, Birgit, Hayami, Kanda, Isabel...

Ayane dejó de escuchar en cuanto Kamon arrancó a hablar sobre las peculiaridades de cada una de las mujeres: los talentos amatorios que sus clientes habían subrayado con admiración, los fetiches que estaban dispuestas a cumplir sin queja alguna, los rasgos físicos que las hacían únicas.

Como venía siendo costumbre, un intenso dolor estomacal estuvo a punto de doblarla por la mitad. Le costaba tanto sobreponerse al asco que más de una vez había recibido un bofetón por hacer arcadas.

Despertó del trance al ver que los brillantes zapatos de uno de los invitados de honor se aproximaban en su dirección. Se topó con los ojos rasgados de Labio Leporino.

Alargó la mano para tomarla por la barbilla y valorar su rostro de cerca.

—Esta es la americana, ¿no? —le preguntó a nadie en particular.

Kamon le respondió encogiéndose de hombros.

—Creo que sí, pero no estoy seguro. Cuando venga Singapore, que se lo confirme él.

El asiático asintió, pensativo, y se humedeció los labios sin dejar de observarla.

—El nombre le va que ni pintado. Hayami significa «chica de gran e inusual belleza». Puede pasar por china, pero de todos modos no parece cualquier china. Se nota que tiene algo especial —valoró en voz alta—. ¿A ti qué te parece, Arak? ¿No encajaría mejor en mi zona que en la tuya?

Entonces sí salió de su ensimismamiento para volver a fijarse en el tipo al que habían señalado como Arak. Era otro de los nombres que Califa le había dado para referirse al coordinador de los centros de BDSM en Asia Occidental.

Tal vez, y si la oxidada intuición no la engañaba, el asiático fuera el mismo Mekhong.

«Están todos en el ajo», comprendió Ayane con el estómago encogido.

Califa también, y Black Russian por descontado.

¿Y si el ruso se había marchado de forma precipitada de Fuego y Sangre porque justo entonces había llegado a su territorio un cargamento de mujeres al borde de la desesperación? Sí, se suponía que se había ido a Shanghái, pero ¿acaso no era China el centro neurálgico de la prostitución y el trabajo forzoso?

En cuanto a Califa... ¿Cabía la posibilidad de que esa fuera la verdadera razón por la que nunca le dio sus datos personales y levantó una barrera entre los dos?, ¿porque estaba embarrado hasta las cejas? ¿Y si le había enfurecido que ella abandonara la experiencia antes de tiempo porque pretendía secuestrarla el último día, y por culpa de su precipitada decisión no le quedó otro remedio que actuar con torpeza?

Porque actuaron con torpeza, eso seguro. Distinto era que las torpezas de los traficantes de personas fueran lo que las fuerzas policiales denominaban «días buenos» u «operaciones exitosas».

No era nada que Ayane no hubiera barajado desde que se hallaba bajo el yugo de Kamon. Pero al tener a Arak allí, también al presunto Mekhong, sus sospechas se materializaron y, por un instante, sintió que el dolor de algo más profundo que la decepción la hacía desfallecer.

El árabe cortó la charla que había estado manteniendo en voz baja con Birgit y se giró para echarle un vistazo rápido a Ayane.

Lo que iba a ser una valoración rápida se convirtió en un escrutinio interesado.

—Definitivamente, donde no encaja es en este tugurio. Es demasiado guapa —sentenció en tono de aprobación—. Apuesto a que se lo han dicho más de una vez, pero esta es la primera que lo percibe como lo que es: una perdición.

—Sobre lo del tugurio, y con el debido respeto, señor —intervino Kamon—, la chica hace bastante dinero.

—Podría duplicar sus ganancias en el sitio adecuado —replicó el asiático—. Nos la llevamos al gran casino de Shanghái, a ver si allí se deja adiestrar y podemos colocársela a los peces gordos de las timbas hasta su venta definitiva.

«Su venta definitiva».

No se atrevió ni a moverse, ni a respirar.

¿Qué demonios quería decir con eso? No tratarían de vender a las mujeres ya manoseadas y apaleadas como antaño se subastaba la virginidad de las geishas, unas criaturas etéreas y caras precisamente por su aura celestial y su intocabilidad, ¿verdad?

¿O sería un romántico eufemismo para referirse a la muerte?

Era verdad que no todas las chicas que habían llegado se habían quedado hasta el final. Las que rehusaban adaptarse a las normas del sistema, las que no eran tan productivas o cariñosas como se esperaba, las que se autolesionaban o habían tratado de acabar con su vida... Todas esas habían sido «descartadas» y guiadas a solo Dios sabía dónde por Kamon.

A un lugar donde no llegaba ni la esperanza ni la luz del sol, eso seguro.

De Singapore, Ayane no había vuelto a saber nada en una larga temporada. Solo se presentaba en el prostíbulo escoltando a las nuevas incorporaciones y luego volvía a desaparecer, seguramente para seguir reclutando.

—Yo me llevo a esta —decidió Arak, señalando a Birgit con la cabeza—. Tiene cara de niña, y si se desenvuelve con tanta inocencia como dices, en Dubái se la van a rifar. Ahora mismo solo se me han ocurrido seis corporativos que podrían estar interesados en tenerla en casa.

—¿Y las demás, señores?

—Si han superado la prueba, sigue el procedimiento clásico —respondió el asiático con un ademán impaciente—. Las latinas y caucásicas repártelas entre México y España. Las asiáticas no muy agraciadas que se queden por aquí y formen a las que vengan. Lo que creas que pueda salir más rentable.

—Sí, señor.

Mekhong apartó la vista de Kamon y la fijó en Ayane como si quisiera averiguar si podía fiarse de ella.

—¿Vas a comportarte como una dama durante el viaje, o tengo que llamar a mis amigos para que te pinchen un tranquilizante para caballos? —inquirió en tono afectuoso. Acompañó la pregunta de una caricia a su pelo lacio. Ella, que temía más a los hombres que se presentaban como cariñosos que a los que eran violentos de entrada, se limitó a asentir con la cabeza y a dejarla gacha—. Bien, bien. Pues venga, que el avión sale en hora y media. Que Kamon te ponga algo de ropa por encima y ya estaremos listos para la aventura.

Capítulo 3

Los traficantes se habían confiado. Eso era lo único que explicaba que no se molestaran en vendarle los ojos para hacer el recorrido desde el aeropuerto de Shanghái-Pudong hasta el mencionado casino. Debían de tener la certeza de que Ayane no suponía ningún tipo de amenaza y que a esas alturas no se le ocurriría escaparse. Y aunque no estarían del todo equivocados, porque desde el secuestro había desplegado una actitud abnegada que la libraría de problemas, el solo hecho de haberla trasladado a la capital china había renovado sus esperanzas.

Para Ayane, el cambio de localización significaba una oportunidad para ponerse en contacto con Washington, revelar su posición y ser rescatada por un operativo de emergencia.

Mientras observaba el paisaje a través de la ventanilla, se permitió soñar con que esa noche dormiría en su casa, entre las sábanas que *ella* había elegido, en el dormitorio cuyo ambientador *ella* había seleccionado de la sección de velas de Zara y con el hombre al que *ella* había escogido. Los ojos se le anegaron en lágrimas al visualizarse protagonizando una de tantas escenas cotidianas que llegó a dar por sentadas; que incluso se le ocurrió acusar de tediosas por su carácter rutinario.

Por primera vez en mucho tiempo, dio permiso a sus emociones para fluir libremente y destapar el rostro amado que había rehusado tener presente mientras la mancillaban.

¿Qué estaría haciendo Jace en ese momento? ¿Sabría de su desaparición? ¿La echaría de menos? Conociéndolo, estaría muerto de preocupación y moviendo cielo y tierra para encontrarla. Esa posibilidad más que verosímil la llenaba de ilusión, pero no podía negar que también le formaba un nudo en la garganta.

Si pudiera verla entonces, hecha un ovillo en la parte trasera de un vehículo conducido por los esbirros de un par de traficantes de personas, ¿no acudirían a su mente toda suerte de imágenes crueles para completar las partes de la historia que la habían llevado hasta allí? ¿La clase de imágenes a las que la psique de un marido no podría sobrevivir intacta? Y si la hubiera visto desempeñar sus nuevas funciones, tan distintas de las de agente del FBI, en aquella habitación que había sido un infierno y con personas de una maldad que la mayoría de ciudadanos de a pie no llegaban a tratar en toda su vida, ¿qué habría pensado?

Jace Ryder era compasivo por naturaleza y capaz de experimentar un amor incondicional que ni las peores adversidades lograban corromper.

Pero seguía siendo un hombre, y parte de su pasión por ella nacía de la equívoca idea de que era perfecta.

Ya no era perfecta ni nada que se le pareciera, si es que alguna vez se había merecido que la tuviera en tanta consideración.

Ayane se encogió en el asiento y cerró los ojos para convencerse de volver a apagar sus pensamientos. No solo había alejado a Jace de su día a día para no relacionarlo con el horror ni por un solo instante; también porque sospechaba que pensar en él le partiría el corazón del todo y no conseguiría levantarse de la cama.

El vehículo se detuvo en el callejón que daba a las puertas traseras de un edificio monumental. Al mirar por la ventana, Ayane reparó en un par de jóvenes vestidos como pinches de cocina. Aprovechaban una pausa para fumar junto a los contenedores de basura.

La puerta de acceso estaba abierta de par en par. Por ella se filtraban las voces impacientes de quienquiera que diese las órdenes, el humo de las calderas y los aromas especiados de la cocina oriental.

Un hombre con la piel de cobre y el rostro permanentemente torcido en una mueca de consternación salió a recibirlos. Lo reconoció antes incluso de que le abriera la puerta y le ofreciera su mano con una caballerosidad que no era impostada para ayudarla a descender del coche. Aceptó la galantería porque no le quedó otro remedio, pero no podía negar que el corazón le hubiera dado un vuelco y una inexplicable calidez se hubiese apoderado de ella, aunque fuese durante un plácido instante.

Se alegraba de toparse con un rostro conocido. Un rostro que, aun asociado al horror, había destacado por su compasión las escasas veces que habían coincidido.

Se odió un poco más por su vulnerabilidad. La incitaba a experimentar emociones que desafiaban sus principios, lo único que le quedaba.

—Singapore Sling —se presentó él en inglés, mirándola a la cara. Era la primera vez en no sabía cuánto tiempo que un hombre lo hacía sin el menor interés sexual, y que con su solemne llaneza la reconocía como un ser humano digno—, aunque eso ya lo sabes.

Además de una película *underground* de origen griego, una que daba la casualidad de que había visto con Jace en una sesión de cine de domingo —a él no le había gustado, claro; era yanqui incluso para alabar la cinematografía—, el *singapore sling* era un cóctel con ginebra singapurense y licor de cereza, entre otros ingredientes. Ayane se preguntó si eso significaba que estaba vinculado con Fuego y Sangre; ese Fuego y Sangre que en teoría solo era un evento de sadomasoquismo y no una tapadera.

De ser así, no recordaba haberlo visto en la última edición.

—Hayami —murmuró ella.

Singapore asintió en señal de reconocimiento y la invitó a pasar al interior del edificio después de hacerle una señal a uno de los gorilas. Los dos chicos que fumaban en el callejón pausaron su conversación y le lanzaron una mirada aprensiva. Uno de ellos, al percatarse de que

Ayane se sentía observada, giró la cara con una sombra de culpabilidad. Eran cómplices.

La rabia estuvo a punto de hacerla gritar, pero la mano impaciente de un segundo guardia de seguridad, el que había viajado en el asiento del copiloto, la instó a caminar hacia donde le indicaba.

Accedieron por un corredor mal iluminado. No estaba aislado de los ruidos y olores que llegaban de la cocina. Escuchó una serie de órdenes en chino, el entrechocar de las cacerolas y el correr del agua del grifo.

Conforme se iban alejando del ajetreado centro del edificio, los sonidos no menguaron; tan solo se transformaron en otros diferentes y que Ayane reconocería en cualquier parte de algunas de las despedidas de soltera a las que había asistido.

Oyó carcajadas, gritos de alegría, el tintineo y las melodías repetitivas de las máquinas tragaperras. Si afinaba el oído, incluso discernía el sonido de las fichas de plástico y el meneo nervioso de las piernas de los que aún no habían aprendido a disimular su angustia durante las partidas de póquer.

La luz del casino estuvo cerca de cegarla cuando cruzó el umbral.

El diseño era igual en Estados Unidos, en China y en todos los rincones del mundo. No disponía de ventanas, una decisión arquitectónica deliberada para que los jugadores no supieran si al otro lado de la pared era de día o de noche: así perdían la noción del tiempo. Los suelos alfombrados estampaban llamativos motivos geométricos para marear aún más al que ya estuviera borracho. Habían cubierto las paredes con exuberantes cortinas. Copiosas lámparas de araña pendían de los techos altos. Por los estrechos pasillos paseaban mujeres enojadas de la cabeza a los pies, cogidas del brazo de hombres con trajes de sastre e incluso fracs que daban caladas compulsivas a los puros de la marca de la casa.

También vio camareras jóvenes e igualmente atractivas; chicas que ofrecían tabaco muy ligeras de ropa. Parecían sacadas de un club de jazz de los años veinte estadounidenses. Algunas se sentaban en el regazo de los contrincantes que se reunían en torno a las mesas redondas de la sección de póquer.

No había un solo desharapado contemplando con los ojos inyectados en sangre el resultado de su última partida en las tragamonedas. Ni un solo cliente furioso porque el azar se hubiera llevado el humilde salario de un año entero en la obra. Se hallaba en el corazón de un casino de lujo al que con toda probabilidad solo se accediera con invitación o bien enseñando antes un extracto de la cuenta bancaria.

—¿Qué órdenes tenemos? —oyó que Singapore le preguntaba al gorila.

—Llevarla a la timba privada del último piso —contestó con un marcado acento chino—. Están todos allí.

El pulso se le aceleró al escucharlo.

Si dejaba que la subieran a alguna de las plantas vigiladas por los hombres de los traficantes, habría perdido su oportunidad. Debía usar a su favor la confusión que caracterizaba los momentos posteriores a la llegada de un viaje y escaparse entonces.

En una primera instancia, no hizo nada. Se limitó a examinar el entorno con la esperanza de localizar a alguien a quien pudiera importarle un carajo su situación. Al cabo de un rato, Singapore avisó a su compañero de que subiría primero para confirmar que los jugadores de la timba esperaban compañía y desapareció entre el cúmulo de gente. El gorila lo despidió con un distraído gesto de cabeza. Se había concentrado en el abanico de cartas que mostraba uno de los participantes de la partida más próxima.

Ayane actuó tan rápido como se lo permitieron los nervios. Era la primera vez desde Koh Phangan que la adrenalina la instaba a moverse, y por eso obró con torpeza, tropezándose sin querer con algunos de los clientes en su desesperación por perder de vista a su captor. No iba vestida de forma apropiada para mimetizarse con el ambiente, pero, al menos, su físico no llamaba la atención: la mayoría de los presentes tenían rasgos asiáticos, cabelleras oscuras y pieles pálidas.

Zigzagueó entre los grupos de empresarios que paseaban por la zona de máquinas como si poseyeran todo cuanto alcanzaba a la visita, buscando la puerta principal con la mirada desenfocada.

El corazón se le paró al reconocer el uniforme verde militar de la policía china. Era un muchacho joven quien lo vestía, y no con orgullo, sino con la incomodidad del que acababa de estrenar una prenda.

Creyéndose su suerte muy a duras penas, apretó el paso procurando no evidenciar su objetivo hasta llegar al rincón desde el que el tipo observaba a la concurrencia.

Conforme este la vio aproximarse, su ceño se fue frunciendo con extrañeza.

—¿Habla inglés? —le preguntó Ayane, sin aliento. Miró a su espalda para confirmar que el gorila no se había dado cuenta de que se había escabullido. No pudo saberlo; había puesto tanta distancia que desconocía su posición exacta—. Por favor. —Se agarró a su chaqueta—. Dígame que sí.

—Eh... —vaciló—. Más o menos.

—Tiene que ayudarme —le rogó en voz baja, apretando la tela. Volvió a echar un vistazo por encima del hombro. Obligó al tipo a girarse para intercambiar posiciones y así este la cubriera con su cuerpo—. Me han traído aquí por la fuerza para prostituirme. Yo soy una ciudadana estadounidense. Tiene que haber alguna manera de devolverme a mi país. Necesito que me ayude a encontrar a la embajada —insistió—. Se lo ruego.

El muchacho, visiblemente abrumado, levantó las dos manos.

—Señorita, yo no *poder* ayudar.

—Eres policía. —Señaló el bordado dorado que recubría su hombro izquierdo, el escudo de la policía nacional—. Llévame a comisaría, o... o avisa a algún compañero más avezado, o...

Cerró los ojos, tan nerviosa que era incapaz de recordar el procedimiento en esos casos.

No podía diferir demasiado del que llevaban a cabo en Estados Unidos.

—No, no, no... —El joven sacudió las palmas abiertas—. Esto es disfraz. Disfraz —repitió, y se puso la mano sobre el pecho—. Venir con amigos para celebrar cumpleaños. Pero... —Barrió el salón con una mirada aprensiva—. Puedo acompañar a puerta para hablar con seguridad. Yo traducir al chino —se ofreció con un intento de sonrisa temblorosa.

Ayane no permitió que la desesperanza se apoderara de ella y lo cogió de la mano para no perderse en el camino que el joven emprendió hacia la puerta, esta vez con una actitud diferente. Parecía haberse propuesto ayudarla de veras, pero no se atrevió a confiar en sus posibilidades hasta que no estuvieron a las puertas del edificio.

Entonces, Ayane se soltó de su mano con la intención de echar a correr calle abajo. No tenía dinero para pagar un taxi, ni tampoco documentación para subir a un avión, pero contaba con poder llamar por teléfono a Jace. Se sabía su número de memoria.

Pero el chico no le soltó la mano. Es más; se la apretó con la ingenua idea de que Ayane solo estaba nerviosa y debía transmitirle confianza. Utilizó la otra para captar la atención de uno de los guardias de seguridad oficiales que custodiaban la entrada.

Arrancó a hablar tropezándose con sus propias palabras para explicarle la situación al tipo. El semblante del gorila pasó de inexpresivo a genuinamente preocupado. Centró en Ayane una mirada consternada, y utilizó el *walkie* que le colgaba del cinto para mandar un rápido mensaje a otra unidad.

Luego le dijo al joven un mensaje que este enseguida le tradujo.

—Ha dicho que acaba de avisar a la policía, y que para *extra seguridad* te va a llevar a lugar apartado. Si los hombres que te han traído hasta aquí siguen pululando por casino, tú en peligro.

El segurata señaló el interior con la cabeza.

Ayane vaciló. Le sudaban las palmas de las manos.

No le había ido bien tomando decisiones para ponerse a salvo, entre otras cosas porque sus arriesgadas decisiones siempre la conducían a los sitios más inmundos. Por una vez, pensó en confiar en la ayuda que se le ofrecía, y así lo hizo.

Desesperada por abrazar la calidez de un ser humano, se fío de la amabilidad del guardia. Este le puso una mano en la espalda para instarla a caminar hacia una puerta situada en el lateral del casino. Pensó que conduciría a un pasillo, pero se topó con un recibidor ricamente decorado con los colores barrocos de la zona de juegos. El guardia llamó a la puerta central de las tres que Ayane llegó a atisbar, y tras obtener la pertinente invitación por parte de una voz grave, la abrió para invitarla a pasar.

La intimidó encontrarse a solas en una habitación con un guardia de seguridad, un hombre desconocido y el acompañante del mismo, que no era otro que un gorila con una aparatosa cicatriz en la cara. Estaban sentados degustando una copa de un líquido transparente y escuchando una melodía agradable en francés cuando el guardia empezó a hablar en chino, señalándola con gestos de cabeza.

El tipo que se erguía tras el escritorio de madera maciza se incorporó, alertado, y puso el vaso a un lado para posar en ella una mirada compasiva.

—Ven, acércate, criatura —la invitó con un inglés perfecto.

En un principio reacia, Ayane se quedó donde estaba, pero el hombre gesticuló con impaciencia para insistir en su invitación. Llevaba un traje de chaqueta blanco con una camisa celeste debajo, sin corbata que valiera, y lucía en el dedo índice un anillo grueso y dorado con un grabado en relieve que representaba la silueta de un dragón. Lo vio rodear el escritorio para situarse justo delante de ella, donde Ayane pudo apreciar mejor sus rasgos.

Al sonreírle, las patas de gallo se le acentuaron. Le puso una mano amable sobre el hombro y dijo con suavidad:

—Me dice Chonglin que eres víctima de la trata. ¿Cómo puede ser eso posible en mi casino? Estate tranquila, que mi equipo ya ha avisado a la policía y tienen que estar al caer. ¿Es cierto que eres americana? —Ayane asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar media palabra—. ¿De qué parte?

—California —mintió.

—Ah, California... Un lugar muy cálido. Estupendas playas. Estuve allí una vez con mi mujer... —Se cubrió el anillo dorado con la mano contraria y se entretuvo girándolo—. No es un sitio al que me gustaría volver, si te soy sincero, y seguro que a ti tampoco. Aquí no se está tan mal, ¿no? ¿Acabas de venir y ya te quieres ir?

Ayane oyó una carcajada a su espalda. Miró por encima del hombro con el corazón latiéndole a toda velocidad y se le cayó el alma a los pies al ver a los dos guardias, al que la había acompañado y al que seguía bebiendo, riéndose con gesto cómplice.

Cuando volvió a girarse hacia el propietario del casino, lo hizo con un espanto que al tipo no le pasó desapercibido.

—Si de verdad eres prostituta, procura que se note un poco más y no armes estos ridículos numeritos en mi casa, ¿estamos? —atajó él con la misma simpatía que al principio—. Habrá a quien le guste pagar para jugar al gato y al ratón, pero mientras no te lo pidan, te quiero calladita y obediente.

Por el placer de humillarla, le cruzó la cara con el dorso de la mano. El golpe le entrecortó la respiración y la dejó momentáneamente sin pensamientos ni equilibrio, tan solo sensibilizada al frío del oro del anillo y la huella del relieve que le incrustó en la piel. Fue el mismo propietario el

que la agarró de la cara, presionando con fuerza el punto donde acababa de abofetearla, y se inclinó para añadir:

—Aunque... ya que estás aquí, ¿por qué no probar la mercancía? Chonglin, ¿quieres hacer los honores?

Ayane se quitó su mano de encima golpeándole la muñeca con el antebrazo y dio media vuelta para salir de allí. Un movimiento estúpido, porque el tipo la agarró del cuero cabelludo y la arrastró como si pesara menos que una pluma para ponerla contra el escritorio. Ayane aterrizó sobre las manos. Iba a girarse para no perder de vista al enemigo cuando ya le estaban levantando la falda y bajándole el tanga.

Empezó a hiperventilar y buscó con la mirada un utensilio sobre el escritorio para defenderse. La desconcentró escuchar el tintineo del cinturón que uno acababa de quitarse, y estaba a punto de pedir auxilio cuando localizó un afilado abrecartas en el lapicero. Lo agarró con fuerza, e iba a darse la vuelta empuñándolo con todas sus ganas cuando la puerta se abrió y un hombre se hizo oír con meridiana claridad:

—La chica no es para usted, Cheng.

Ayane miró por encima del hombro para asegurarse de que se trataba de Singapore, que había aparecido escoltado por el gorila del que se había escabullido. El segundo no estaba en absoluto satisfecho. Su gesto sombrío advertía de la somanta que la esperaba por su desobediencia, pero, aun así, un alivio traicionero recorrió su cuerpo.

«¡Ese tipo nunca te está salvando de nada!», se reprochó. «¡Él es parte del problema!».

—No, no lo es —respondió Cheng con naturalidad. A Ayane le costó entender a qué se refería, creyendo en un primer momento que había replicado a sus pensamientos—, pero como dueño que soy del edificio que utilizáis para vuestros románticos propósitos, tendré derecho a catarla, ¿no te parece?

—La esperan en la timba privada desde hace quince minutos —atajó, implacable. Las pocas veces que Singapore se imponía, lograba aterrar al personal con su gélida solemnidad—. Y le recuerdo que no es gente a la que le convenga desairar, Cheng. Ni a sus bolsillos, ni a su pescuezo.

Avanzó sin esperar una invitación, libertad que, en teoría, un empleado no debía tomarse con un hombre tan poderoso como el propietario del casino. Apartó a los dos guardias de seguridad que ya se habían bajado los pantalones y, sin mirar lo que había debajo ni destinar más que un certero movimiento, le colocó la falda en su sitio.

Tan pronto como la cogió de la muñeca para sacarla del despacho, se fijó de reojo en su mejilla enrojecida. Era cuestión de minutos que esa rojez se convirtiera en un moratón con la silueta borrosa de un dragón chino.

Singapore apretó la mandíbula.

—Oh, lo de la cara... —comentó el señor Cheng con desenfado—. No te preocupes. De todos modos iba a tener que llevar la cabeza cubierta, ¿no? Qué suerte que tengo por aquí un accesorio que seguro que la favorece muchísimo... *Voilà!* —exclamó en cuanto uno de sus esbirros le tendió un pasamontañas. Se lo puso a Ayane por la cabeza y sonrió, satisfecho. Ella no pudo saberlo porque hubiera rendijas para los ojos, la boca o la nariz, sino porque la fina tela permitía apreciar figuras y colores. Incluso rostros, si se esforzaba lo suficiente—. Haz el favor de tomar el ascensor de los trabajadores. No me apetece que la pasees de esa guisa por mi establecimiento.

—Faltaría más —contestó Singapore con sequedad.

Ayane permitió que el tailandés la guiara a la salida sin revolverse contra la mano que le puso sobre el hombro.

Le palpitaba la mejilla, le dolía el orgullo y un nudo de impotencia en la garganta enviaba oleadas de calor que hacían que le ardieran los ojos. No se había dignado a llorar ni siquiera durante los días más duros, los días que la humillaron de formas que nunca se atrevería a verbalizar. Pero ahora era consciente de que había desaprovechado la oportunidad de escaparse, de perderse en las calles de Shanghái, de pedir dinero prestado para llegar hasta Japón, hasta Tokio, hasta su madre.

O solo hasta un vertedero shanghainés en el que por lo menos pudiera esconderse.

En cuanto estuvo a solas con Singapore en el ascensor, que se asemejaba más a un montacargas, se le escapó un sollozo quebrado. Se abrazó a los hombros y se compadeció de sí misma, de su soberana estupidez, de su imperdonable ingenuidad.

El sonido del ascensor deteniéndose de golpe la espabiló. No habían llegado aún a su destino: el tailandés había parado la máquina pulsando un botón.

—Escúchame —le dijo, sujetándola por los brazos sin tacto alguno. A través de la tela atinó a ver su expresión grave, la lágrima de tinta que lloraba su ojo izquierdo, sus pupilas azabache. Parecía una pantera—. No vuelvas a intentar escaparte. No va a servir de nada. Hay seguridad en cada rincón del casino, en los alrededores de esta zona de Shanghái, e incluso si llegaras a cruzar el río o tomaras el transporte público, la policía local está comprada. Mekhong les mandaría emitir una orden de búsqueda y te encontrarían en un abrir y cerrar de ojos, y una vez regresaras aquí, las consecuencias serían inimaginables. Créeme —insistió, tan empeinado en que le escuchara que la sacudió hasta que ella dio muestras de estar prestando atención—, sé de lo que estoy hablando. Llevo años viendo desfilar a mujeres como tú, y, mientras pueda evitarlo, no quiero que ninguna acabe como lo han hecho las demás.

«Como lo han hecho las demás», repitió.

Quiso preguntarle si se refería a muertas, pero estaba implícito en su semblante.

Aunque Ayane había querido desaparecer más veces de las que le gustaría admitir, aún era demasiado orgullosa para renunciar a la vida. Y lo que era más: quería pensar que estaba en

Shanghái, aparte de porque sus decisiones la habían conducido hasta allí, porque aún podía ayudar a las desaparecidas. Aún estaba en su mano descubrir información jugosa que pudiera servir para salvar a personas como Oksana.

Singapore reanudó el recorrido del ascensor. No volvió a hablar hasta que estuvieron a solas en el pasillo del hotel del casino.

—Desnúdate y te acompañaré a entrar —le pidió, y acto seguido se dio la vuelta para darle una intimidad que, en otras circunstancias, le habría arrancado un carcajada amarga.

Ayane obedeció sin otro remedio hasta quedarse con el uniforme de los últimos tiempos: el tanga de hilo, el colgante de la turmalina y, ahora, como accesorio extra, el pasamontañas. No sabía qué le esperaba al otro lado de la puerta de la habitación número 812, pero se aferró al tal vez burdo consuelo de que no podría ser peor que lo que ya había sufrido.

Singapore abrió la puerta, saludó en inglés a los presentes y la introdujo en la fiesta privada retirándose a un lado.

En un primer momento, Ayane no vio nada porque no quiso verlo. Lo único que la había estado salvando había sido disociarse del entorno y pensar en su cuerpo como la hoja de un árbol que había aterrizado en un río sereno; un elemento sin autonomía y resignado a que otras fuerzas de la naturaleza determinaran su curso. Movi6 solo los ojos, nunca la cabeza por miedo a hacerse más visible de la cuenta, y observó el espacio.

En torno a una mesa redonda cubierta por el tapete verde se había congregado un grupo de siete caballeros, de los cuales cuatro contaban con su propia prostituta. Todas ellas llevaban lo mismo que Ayane, el tanga, el pasamontañas y nada más: ni la vergüenza ni mucho menos el amor propio, que a saber dónde se habían visto obligadas a dejarlo.

—Ven aquí, cariño —la invitó a pasar en inglés uno de los presentes, palmeándose el muslo.

Por lo que acertó a ver, había de todas las razas y nacionalidades. Un par de asiáticos, un afrodescendiente, un tipo con rasgos árabes y tres caucásicos. Pero solo uno de estos últimos le llamó la atención, porque si bien todos giraron la cabeza al verla entrar, él no esbozó una sonrisa lasciva tras darle un repaso. Fue el único que se sintió insultado con su desnudez y se arriesgó a exteriorizarlo torciendo la boca en una mueca displicente, tan a salvo en su incomparable crueldad que sabía que nadie se atrevería a pedirle una explicación a su desdén; no se dijera ya acusarlo con resentimiento.

Ayane habría reconocido en cualquier parte la frialdad de la que contagiaba los ánimos y estaría helando la sangre de sus adversarios, de todos modos avisados de su carácter tras oír su nombre.

Era ruso y era algo más oscuro que negro. Había en ese hombre una negrura insondable.

«Es imposible que me haya reconocido», pensó en su tambaleante paseo hasta el regazo del

afrodescendiente, que por casualidad estaba sentado justo delante de él.

Black Russian la distrajo del miedo y del asco hacia el brazo que le envolvió la cintura tan solo atravesándola con una mirada de acero. Ni siquiera la tela mitigó el sólido efecto de su decepción.

«Si me cruzo contigo de nuevo, me voy a cabrear», le advirtió la última vez que se vieron.

No supo si alegrarse porque fuera de los que cumplían sus promesas. Nunca le había convenido enfadarlo, y ahora que se lo encontraba en su verdadero hábitat, el de la impiedad y el bestialismo, menos aún.

Sin embargo, un absurdo entusiasmo encendió un núcleo de calor en su cuerpo.

Ahí estaba, por fin, la emoción que había querido arrancarle desde el primer día para averiguar si era o no humano.

La ira.

Capítulo 4

Le había crecido el pelo tres centímetros. Quizá cuatro.

Eso significaba que Ayane había sido secuestrada hacía algo más de un trimestre.

Pensar que hubiera transcurrido tanto tiempo le produjo un vértigo mareante. Tuvo que agarrarse al borde de la mesa para permanecer estática en el sitio y no levantar sospechas con su consternación. Por lo que estaba viendo, las mujeres se limitaban a dejarse acariciar por los participantes cuando estos no se encontraban demasiado inmersos en las cartas.

Por lo demás, guardaban silencio y permanecían quietas como estatuas de sal.

Con disimulo, levantó la mirada hacia Black Russian. La instigaban la curiosidad y la retorcida alegría de toparse con alguien a quien conocía.

O a quien había creído conocer.

Después del escrutinio inicial, con el que pretendió transmitirle una furia que hubiera preferido saber cómo controlar, el ruso había devuelto su atención al juego.

¿Qué hacía él allí? Se suponía que era el coordinador de Europa del Este, y si no la había engañado unos meses atrás al decirle que se iba a Shanghái, llevaba un buen rato en China. ¿No tenía obligaciones que atender en Rusia, en Serbia, en Bulgaria? Nadie se lo había confirmado, pero Ayane había dado por hecho que los mandamases de Fuego y Sangre habían sido elegidos como tales porque tenían a su nombre un club privado.

Si esto era así, ¿no debería estar dirigiendo el suyo?

¿Qué diablos se le había perdido en Shanghái?

Ayane tachó su nombre de la lista de inocentes. Mekhong, Arak y Black Russian: los tres estaban vinculados con la trata de blancas, lo que hacía cada vez más improbable la inocencia de Califa.

Si su examante era culpable, debía de haber participado en su secuestro. ¿O lo habría dispuesto todo Black Russian, solo que se había asegurado de crearse una sólida coartada para que ella no lo asociara al horror en una primera instancia?

¿Para qué se habría tomado molestias? No era de los que mimaban su reputación, y menos para que una mujer como ella pensara lo mejor de sus intenciones.

—Deja de revolverte, bonita, que me desconcentras —la regañó el jugador, afianzándola sobre su muslo con una mano posesiva.

Una vez la puso en la cadera femenina, decidió que allí se quedaría.

Black Russian no alzó la vista. Parecía haber decidido que Ayane ya no existía en su campo

de visión, y eso la turbó. Porque si bien todo apuntaba a que era el villano entre los villanos, una recóndita parte de ella, una que conforme pasaban los minutos iba ganando más y más terreno, la impulsaba a creer que en su compañía estaría a salvo.

¿No le había dejado claro que le convenía que no volvieran a verse, acaso? Incluso si traficaba con mujeres en situación de vulnerabilidad, ¿significaba eso que no podía emprender buenas acciones?

Lo hizo advirtiéndola de lo que se avecinaba a su manera escueta.

Tantas preguntas y ni una sola respuesta. Solo el reproche que tuvo la decencia de hacerse acompañándolo de una bofetada mental.

«Has perdido el juicio. Ese hombre es un criminal de primera clase».

—Paso —anunció uno de los jugadores asiáticos, arrojando sus cartas al centro.

Otro de los participantes con los ojos rasgados gesticuló hacia el crupier, un muchacho joven, para que le repartiera dos nuevos naipes a cambio de las que acababa de descartar.

Ayane tragó saliva con disimulo. Aunque estaba sonando una canción de The Weeknd en los altavoces de la estancia, *Dark Times*, le daba la sensación de que todos podían oír el martilleo de su corazón.

*This ain't the right time for you to fall in love with me
Well baby I'm just being honest
And I know my lies could not make you believe
We're running in circles that's why*^[2]

Se fijó en los rostros de los presentes. Todos ellos trataban de disimular la irritación de una mala mano o bien contener la excitación ante la posible victoria. Ayane había jugado al póquer mil y una veces con su padre, el mayor experto en faroles que había conocido, y aunque la mayoría de los involucrados sabía camuflar su sentir, pudo reconocer en el acto a los que tenían las de perder.

El caucásico, un tipo de cabello castaño, fingía acariciarse la barba cerrada con aire pensativo, pero tenía los dedos tan tensos que parecían contracturados; iba a arriesgarse, mas sospechaba que no le saldría bien la jugada.

El hombre que la había invitado a sentarse en su regazo contaba con un juego de dobles parejas, una mano interesante. Aunque los demás no lo notaran, ella percibía la rigidez de su cuerpo en el muslo que la sostenía y la palma que le presionaba la cadera, con la que trataba de desahogar y también disimular la tensión.

Black Russian era el único que no había forma alguna de leer. No había movido una pestaña.

Tan solo se había dirigido al crupier haciéndole un gesto de acercamiento con cuatro dedos para pedirle que le cambiara una carta. Todo el mundo aguantó la respiración cuando le vio levantar el naipe para echarle un vistazo y valorar si le serviría, pero dudaba que alguien hubiese captado un tic nervioso.

—Sopla, a ver si me das suerte —oyó que le pedía uno de los asiáticos a la chica que tenía sentada encima. Ella se inclinó sobre la mesa y se levantó el pasamontañas a la altura de la nariz para echar su aliento sobre el abanico de cartas—. Espero que esta vez me hayas servido de algo, porque no te voy a perdonar otra mala partida.

Ayane controló un estremecimiento al oír la amenaza implícita en su tono desahogado. La chica debía de saber cómo amansar a la fiera, porque le pasó un brazo por los hombros y se acercó a su oído para susurrarle algo que le sacó una sonrisa al tipo.

Pero ella no confió en él. No podía confiar en ninguno. La mayoría había dejado sobre la mesa algunas de sus pertenencias: ante el afrodescendiente descansaba un móvil de última generación y un billete de cien francos que con toda probabilidad sería su amuleto de la suerte. El asiático y el de cabello castaño habían depositado un revólver junto a sus fichas para trasladar un sencillo mensaje.

¿Qué hacían ellas allí?, se preguntó con un mal presentimiento.

—Paso —anunció otro de los asiáticos en la segunda ronda.

—¿Entonces? —inquirió el afrodescendiente en un tono que indicaba que pretendía retomar una conversación antigua—. ¿En qué hemos quedado al final, ruso?

—En que nuestros intermediarios harán lo propio y nos mantendrán informados y al margen de todo al mismo tiempo —respondió Black Russian con aburrimiento.

Oír su voz por primera vez en meses la sacudió por dentro y la trasladó a aquella calurosa isla tailandesa, cuando aún era Ayane Nagai-Ryder. Con lo bueno y con lo malo.

Habían transcurrido mil años o incluso más.

—¿Qué camino utilizarás para que lleguen hasta territorio ruso?

—El más corto, a ser posible —contestó con sencillez. Su sequedad levantó algunas risas—. Tú solo asegúrate de que la mercancía esté lista para partir el mismo jueves.

—Es un poco precipitado, ¿no te parece? No se pueden mover toneladas de subfusiles y ametralladoras por la frontera sin llamar la atención.

—Ese va a ser tu problema —resolvió Black Russian con languidez—. Si quisiera que fuera el mío, vendería en lugar de comprar.

Ayane aprovechó que nadie podía ver su rostro para levantar las cejas.

No le extrañaba un ápice que los jefes de la trata de blancas también traficaran con armas. Eran crímenes que solían ir cogidos de la mano, y que además se codeaban con la venta ilegal de narcóticos y el contrabando.

Estaba pensando en ello cuando el crupier hizo su anuncio:

—Si están preparados, ya pueden mostrar las cartas, señores.

Dos de los jugadores habían renunciado a participar. Uno tenía una triste pareja. Un cuarto, el afrodescendiente, una doble pareja. Los asiáticos que restaban contaban con un *full* y una escalera de color respectivamente.

Black Russian no esperó a que el chino terminara de celebrar su victoria, en teoría garantizada por las cuatro cartas con el mismo valor, e interrumpió sus aplausos y sus gritos de júbilo depositando en completo silencio su pequeña mano. La extendió en un arco perfecto utilizando tan solo dos dedos para exhibir ante la concurrencia su magnífica escalera de color.

El chino se puso en pie de forma abrupta, obligando a la chica a levantarse también, y se apoyó en la mesa sobre los nudillos crispados para observar su derrota de cerca.

La escalera de Black Russian tenía cartas de mayor valor.

—¡Hijo de puta! —le gritó, y de un violento manotazo mandó su propia jugada al suelo. Al agarrar el mango del revólver en un arrebato, las mujeres presentes se encogieron en el sitio, incluida Ayane, que observó con espanto que se giraba hacia la joven que le había estado haciendo compañía—. Te lo dije, zorra. Ya me has hecho perder dos manos. Sabes lo que te toca, ¿verdad?

—No, no... Lo siento, señor —balbuceó con las manos en alto—. Lo siento mucho, señor. No volveré a pasar.

—Oh, por supuesto que no volveré a pasar.

El tipo se metió una mano en el bolsillo para sacar una bala y la introdujo en la recámara. Hizo girar el cilindro del arma con un dedo en un movimiento que delataba lo acostumbrado que estaba al truco y apuntó a la chica a la cabeza. Ella gritó y se cubrió con los antebrazos.

Ayane fue a levantarse en un acto reflejo, pero el asiático apretó el gatillo antes.

Pudo respirar, aliviada, al ver que ninguna bala salía disparada. Si era cierto lo que había dicho, se había librado por tercera vez de la azarosa crueldad de la ruleta rusa.

No así de la ira del chino, que había perdido la última posibilidad de recuperar su dinero.

—¡A la mierda! —rugió, y apretó el gatillo una y otra vez hasta que el arma se disparó. Ayane quiso apartar la mirada, pero el horror la paralizó y vio con sus propios ojos cómo la bala atravesaba la frente de la joven. En el silencio, el derrumbe de su cuerpo inerte sonó igual que si un cenicero se hubiera caído sobre la alfombra, con una sutileza tal que casi pareció que no hubiera muerto nadie—. Y la que lllore será la siguiente —advirtió el tipo, descansando el revólver sobre el hombro con el dedo todavía en el gatillo.

Los contrincantes actuaron como si no hubiese sucedido nada. Ni siquiera habían apartado la vista de la jugada de Black Russian, lo que de verdad les tenía contrariados.

En cuanto el chino apaciguó su respiración y se había secado el sudor con un ademán

impaciente, arrojó el arma a su espalda y salió de la habitación haciendo todo el ruido posible. Al dejar la puerta abierta, los guardias de la puerta pudieron entrar, cargar a la chica en brazos e irse por donde habían venido sin hacer preguntas.

Pero Ayane se quedó mirando la alfombra en busca de la mancha de sangre.

Incluso en eso había sido discreta al morir. Sus fluidos se habían camuflado en la moqueta escarlata.

Contuvo un grito de auxilio hundiéndose las uñas en los muslos. Tomar conciencia de que ella misma podría haber acabado así, muriendo por la razón más peregrina, no la ayudó a guardar la calma. Los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que disimular el llanto horrorizado presionando los párpados y forzándose a controlar la respiración.

—Ya van cuatro partidas y no te he ganado ni una jodida vez —se quejó el caucásico de la barba, recostándose en el asiento con gesto derrotado—. No sé por qué sigo jugando contigo, cabrón.

—Algunos lo llaman orgullo masculino —señaló Black Russian. Reagrupó sus fichas y las introdujo con paciencia en una bolsita de terciopelo negro. La cerró tirando de los extremos y se levantó de la mesa sin regodearse en la victoria, pero sin parecer nada distinto de un campeón.

Llevaba su característica camisa negra, los chinos, y, además, una americana abierta con la que no engañaba a nadie. Su seriedad le asemejaba a un caballero distinguido y la elegancia al moverse estaba en su composición genética, pero, aun así, parecía exactamente lo que era: un criminal disfrazado, el lobo que esperaba a Caperucita en el dormitorio de su abuela.

—Puede elegir a la mujer que quiera, señor —le recordó el crupier.

—Ahora solo entre cuatro, pero es mejor que nada, ¿no? —bromeó el afrodescendiente, señalando con la barbilla el espacio donde la mancha invisible habría dejado de extenderse.

Pronto estaría seca, después sería eliminada gracias a la eficacia de los productos de limpieza y, poco tiempo más tarde, la memoria de la joven sería olvidada junto con las pruebas de su asesinato. Su familia no podría enterrarla ni vengarla en modo alguno porque jamás llegaría a saber quiénes le dieron muerte o por qué.

Ayane ni siquiera había podido verle la cara para describirla ante la policía.

—Me llevo a la tuya —decidió Black Russian.

Lo dijo sin mirarla, concentrado en arreglarse los puños de la camisa que sobresalían bajo las mangas de la chaqueta. Después alargó una mano hacia lo que parecía una copa, pero que debía contener solo agua, y la vació de un trago.

Echó a andar hacia la salida sin despedirse.

—Ya lo has oído, zorrita. —El afrodescendiente le palmeó las nalgas y la empujó en dirección a la salida—. Ve a ver si tú sí puedes hacerle sonreír. Lo que más rabia me da de ese bastardo —continuó, esta vez mirando a los compañeros que se habían derrumbado sobre la mesa— es que

ni siquiera le hace ilusión desplumarnos. Se va como llega, sin importarle nada una mierda.

—A lo mejor esa es la clave de la victoria —fue lo último que oyó Ayane antes de salir al corredor.

Miró hacia un lado y al otro. Black Russian había desaparecido.

—Habitación 818 —le indicó la voz familiar de Singapore. Por lo que contaba su postura dejada, había estado apoyado contra la pared durante la última ronda. Había una expresión resignada en su rostro cuando le señaló el pasillo de la izquierda con un gesto de barbilla.

Ayane se quedó un rato mirándolo a la cara.

Por alguna razón, la actitud de aquel hombre la hacía sentir menos sola, menos a merced de las bestias.

—¿Has oído el disparo? —se atrevió a preguntar.

Era la primera vez que tomaba la iniciativa de hablarle.

Singapore solo asintió, de pronto cien años más viejo.

Ayane encontró un alivio patético en el hecho de no ser la única persona que aún se dolía por las víctimas. La habían empujado a pensar que carecía de sentido preocuparse por ellas y que estaba loca por no haber renunciado al valor de la empatía.

El simple asentimiento del tailandés le regaló la reafirmación de que estaba en su derecho de enfurecerse con el mundo. Y más que de valor o sentido común, la inspiración le sirvió para armarse de rabia.

Se encaminó hacia la habitación 818, que la recibió con la puerta entornada. La empujó en un arrebató de coraje que no había experimentado en mucho tiempo. O sí, pero que por prudencia había reprimido y Singapore, al acompañarla en el sentimiento, había liberado por fin.

La cerró tras de sí nada más plantarse en la estancia. Estaba abriendo la boca para gritarle algo a la espalda de Black Russian, todavía no sabía el qué, cuando este dijo sin girarse:

—¿Qué demonios haces aquí?

Ella se desinfló. La había reconocido de un primer vistazo. ¿Cómo? No tenía lunares muy visibles, ni pecas, ni cicatrices llamativas, ni tatuajes, ni marcas de nacimiento. Ni siquiera debía lucir un aspecto físico similar al que levantó pasiones en Fuego y Sangre, porque había estado comiendo por debajo de sus necesidades y se le notaban las costillas, el esternón, los huesos de las caderas. Apostaba por que habría perdido también una talla de sujetador, y todo eso por no mencionar que llevaba el rostro cubierto.

Black Russian se dio la vuelta con la lentitud de quien necesitaba tiempo y espacio para poner sus pensamientos en orden. Caminó hacia ella con seguridad.

El nudo del estómago se le subió a la garganta. Temió una reacción violenta similar a la del asesino de la timba, pero él solo agarró el borde del pasamontañas y se lo quitó de un tirón.

Mirarlo a los ojos sin impedimentos que valieran después de tanto tiempo rompió algo dentro de sí.

Ese era el hombre por el que habría vulnerado sus votos matrimoniales. Ese era el hombre que la había hecho dudar de su lealtad emocional hacia Jace. Ese era el hombre por el que se había desvivido de un modo irracional durante los días que lo cambiaron todo. Ese era el hombre que la había empujado a abandonar Fuego y Sangre, y por el que en cierto modo se encontraba en aquella situación.

No se fijó en que el semblante de él adquiriría un aire hostil al mirarla a la cara y se arriesgó a propinarle un bofetón que le dejó la cabeza de perfil.

—Un hijo de puta de tu calibre no me va a hablar como si yo fuera la que está en el lugar equivocado —siseó con frialdad—. Incluso en el bando equivocado.

—Lo estás, aun así —repuso con voz queda, la cara aún orientada a la pared lateral—. Acabas de presenciar lo que puede ocurrir sin que una mujer mueva un dedo. Seguro que te figuras lo que llegarían a hacer si los abofetearas.

—¡No los he abofeteado a ellos! ¡Te abofeteo a ti, cabrón! —le gritó a pleno pulmón. Una parte de sí respiró aliviada por al fin poder desahogarse sin que el miedo la coartara. Y en el fondo sabía que hacía mal, porque no era sabio relajarse en presencia de Black Russian. Nunca lo había sido—. Tú eres el responsable de que haya acabado en este agujero, ¿no es así? Esta es la exclusiva experiencia de sexo y gloria que me prometiste y de la que luego me desinvitaste porque se suponía que no estaba preparada. Me quitaste de en medio para tener una coartada perfecta cuando aterrizara en tu guarida, ¿verdad? Para no ocuparte personalmente de arrastrarme hasta aquí.

Como no contestaba, Ayane levantó la mano para arremeter de nuevo contra él. Black Russian fue más rápido y bloqueó el ataque agarrándola por la muñeca sin ejercer ninguna fuerza. Se ocupó de intimidarla avanzando hacia ella con la vista fija en su rostro ruborizado por la ira; tan consciente, tan incisiva, que parecía que hubiera olvidado cómo parpadear.

Ayane respingó cuando su espalda chocó contra la pared.

—Te quité de en medio porque me estabas molestando —le recordó en aquel tono indolente que, sin embargo, se las arreglaba para estremecerla con su hostilidad encubierta—. ¿Qué has hecho para acabar aquí, eh? ¿Has estado provocando a quien no debías?

—¡Por lo visto, te he estado provocando a ti! ¿Te parece poco? ¡Suéltame! —le espetó, zarandeando el brazo en vano. La mano de Black Russian era un brazalete de acero inoxidable, y su mirada no era menos sólida. La paseó por su cuerpo con intención valorativa, como si anduviera en busca de un objeto robado.

—Tú no eres la clase de mujer que fuerzan a venderse.

—¿Se supone que eso es un halago? —jadeó.

Sus ojos azules emitieron un destello acerado.

—A mí no me parece halagador ser norteamericano, pero para gustos, los colores. A lo que voy es a que por aquí desfilan las esclavas sin un duro, no las yanquis alfabetizadas.

—Esa no es la única fauna observable en estos lares —contestó en tono venenoso—. También se puede ver a los proxenetas de mierda en su hábitat natural. ¿Vas a tener el descaro de decirme que no sabías que me habían secuestrado y he estado en Bangkok los últimos meses?

Se le quebró la voz al referenciar aquel período tan negro.

Un período del que no estaba segura de que se hubiera librado aún.

Black Russian no respondió enseguida. Le soltó la muñeca a regañadientes, pero no se apartó de ella. Permaneció estático en el sitio, realizando sus calculadoras comprobaciones con una mirada larga y enigmática que ella nunca atinaba a descifrar. Habría pagado su peso en oro para adivinar qué clase de pensamiento cruzó su mente para que negara con la cabeza, molesto consigo mismo, y diese un paso atrás.

Ayane había arremetido contra él porque una parte de su ser le había asegurado que, si lo utilizaba para su desahogo, no habría represalias, y ansiaba ese desahogo como no había ansiado nada jamás. Odiaba al mundo entero, y era un regalo que el mundo entero se hubiera materializado en un hombre que podía golpear sin consecuencias. Pero en el fondo sabía que una sorpresa como la que había alterado la expresión de Black Russian durante la partida no podía fingirse.

No, no había tenido ni la menor idea de dónde estaba en ningún momento.

Pero él nunca le daría explicaciones.

Ni siquiera si le ayudaban a limpiar su imagen.

Black Russian la tomó de la barbilla para admirar de cerca la marca que el anillo del señor Cheng le había dejado en la piel. Ayane ansió atisbar un rastro de emoción en su semblante, una rabia candente, una tristeza compasiva hacia el futuro que la esperaba; algo que la inclinara a pensar que, incluso si su vida no le importaba a ninguno lo suficiente para salvarla, por lo menos su dolor sí despertaba compasión.

Pero él solo tragó saliva.

—¿Cómo has sabido que era yo? —quiso saber ella con un hilo de voz, exhausta tras el arrebato.

—Lo he sabido porque eres tú —zanjó con cierto resentimiento, como si no soportara su propia perspicacia—. Esto —atrapó la turmalina de la gitana entre los dedos— me lo ha confirmado.

—¿Y para qué se supone que estoy aquí ahora? —se atrevió a preguntar con tono inseguro—. ¿Vamos a acostarnos? ¿Es eso? —se le escapó una risa entrecortada—. No serías tan cruel como para tomarme en contra de mi voluntad cuando me puse a tiro hace menos de tres meses. Porque

ese es el tiempo que ha pasado desde que te vi por última vez, ¿verdad?

—Tres meses y dos semanas —corrigió con voz queda—. Y no, no nos vamos a acostar. — Para su sorpresa, añadió—: Solo tiene que parecerlo.

—¿Para qué? —preguntó, confusa.

Empezaba a dolerle la cabeza.

—Para que otros no ocupen mi lugar. —Le lanzó una mirada significativa—. A no ser que ese sea tu interés.

Su respuesta le torció el gesto.

—¿Cómo te atreves a insinuar que ese podría ser mi interés? ¿Cómo de podrido estás? — gimoteó, enrabietada—. ¡Esos hombres acaban de matar a una inocente delante de nuestras narices! ¡De las tuyas también! Yo no he podido hacer nada, pero ¿y tú?

—Yo tampoco soy Dios.

—¡Eso no significa que tengas derecho a comportarte como el diablo! ¡Jesús! —Ayane lanzó una patada contra el primer mueble que encontró, que resultó ser una descalzadora. Le dirigió una mirada cargada de odio, ignorando el dolor que hizo que le hormiguearan los dedos después del golpe—. No me puedo creer que me sintiera atraída por ti. Eres asqueroso. Eres un jodido criminal, eres... eres... —se ahogó intentando encontrar las palabras perfectas—. ¡Eres lo peor que le puede pasar a alguien en la vida!

—Y eso que aún no te he pasado en serio, *malyshka* —le respondió sin mover una pestaña, ajeno a sus recriminaciones salvo por un brillo oscuro en la mirada. Aquella respuesta, tan amenazante como extrañamente prometedora con la inflexión adecuada, la intimidó y consiguió hacerla retroceder—. Vete acostumbrando. Vas a verme a menudo.

—¿No se supone que operas en Europa del Este?

—Opero donde me convenga.

Concluyó la conversación girándose en redondo. Ignorando la impotencia que hacía temblar a Ayane, se dirigió a un inmenso armario empotrado con las puertas correderas. Tenían estampadas un clásico patrón oriental. Sacó la primera camiseta y los primeros pantalones que encontró y los arrojó sobre la cama.

Los señaló con la cabeza.

—Vístete —le ordenó con irritación, como si le ofendiera su desnudez—. Puedes pedir comida al servicio de habitaciones si pulsas la tecla uno del teléfono fijo. Esa puerta conduce a un baño. Si necesitas algo más, Singapore duerme al final del pasillo. Moléstalo a él, y, a poder ser, si tienes que golpear algo, golpea la almohada o te cortaré las manos yo mismo.

Ayane se quedó perpleja con su despliegue de hospitalidad, que, aun envenenada, seguía siendo lo más genuino que le habían ofrecido. Lo vio quitarse la chaqueta y arrojarla sobre la descalzadora de terciopelo del rincón de la habitación, desabrocharse un botón de la camisa y

recogerse la media melena en una coleta informal para salir de nuevo.

Ella no permitió que llegara a cruzar el umbral interponiéndose entre el pasillo y él.

—No —le gruñó, buscando en sus ojos una emoción sincera, humana, a la que pudiera aferrarse—. Ya basta con las actitudes desconcertantes. Vale que la pose de misterioso y contradictorio te granjeara amantes obsesivas en Fuego y Sangre, pero aquí no me vas a dar la espalda ni vas a dejarme con la palabra en la boca. ¡Se trata de mi vida! —le recordó con vehemencia—. Necesito que me digas por qué estoy aquí, qué va a ser de mí, y, si es cierto que no te alegra mi situación, quiero oírte decir que vas a ayudarme a regresar a casa sana y salva.

—Conociéndote un poco, me atrevería a decir que estás aquí porque te lo has buscado tú sola —le soltó sin contemplaciones—. En cuanto a lo que va a ser de ti, ahora mismo estoy improvisando, pero te puedo decir lo siguiente. —Abarcó la estancia con un brazo—. Vas a dormir aquí, en mi habitación, y vas a decirle a todo el que te pregunte o te intente tocar que te he reclamado como mi amante y que soy terriblemente posesivo —empezó a enumerar con un desinterés rayano en lo ofensivo. Parecía que contara la historia de otro, y si alguna emoción se filtraba en su tono, más pertenecía a la familia del sarcasmo que a la de la compasión—. Me fío de tu desbordante imaginación para atribuirme el papel de villano de las historias más truculentas, como que le serví de comer su lengua al último que te regaló un cumplido.

Aunque la parte de sí misma que estaba temblando de miedo quiso rogarle que fuese más amable, y aunque la primera duda que le surgió fue un lógico por qué, por qué había decidido hacerse cargo de ella, solo verbalizó dos palabras:

—¿Hasta cuándo?

Él le sostuvo la mirada con su expresión impenetrable.

—Si lo preguntas porque de verdad piensas que puedo devolverte a Estados Unidos... No sé cuánto poder crees que tengo, pero desde luego no el suficiente para hacerte borrón y cuenta nueva.

—De hacer borrón y cuenta nueva ya me encargaría yo. Tú solo tendrías que ayudarme a regresar a mi país —insistió a la desesperada.

Se le formó un nudo en el estómago al verle sacudir la cabeza con lentitud.

—Sabes demasiado, *malyshka*. No puedes irte sin más.

—¿Lo dices porque he oído que traficas con armas? ¿Y a mí qué coño me importa? —jadeó, asombrada por la sinceridad con la que acababa de hablar. Ayane regresaría a Washington fingiendo no tener la menor idea de nada si solo un pacto de silencio le garantizaba la liberación —. Eso...

—¿De verdad quieres volver? —interrumpió con voz queda, escudriñando su rostro—. ¿A qué?

La pregunta la descolocó de tal manera que retrocedió sin darse cuenta, permitiendo así que

Black Russian la esquivara hábilmente para perderse pasillo abajo.

Ayane le lanzó una mirada a caballo entre el horror y la incompreensión, una incompreensión forzada y espoleada por el odio del que empezaba a llenarse porque, por desgracia, en el fondo sabía a qué se refería.

¿Volver? Sí. ¿A dónde? A Washington. ¿Con quién? Con su marido. ¿Por qué? Porque tenía que huir de los villanos. Pero la última pregunta que Black Russian había verbalizado anulaba la credibilidad, o, al menos, la esperanza de las anteriores. ¿A qué? ¿A hacer qué? No a retomar su matrimonio, porque si pensaba en la caricia de un hombre, incluso si era la caricia de su hombre, se estremecía de asco. Tampoco a trabajar, porque lo último que Wray supo de ella fue que se desmarcaba de la operación por irresponsable. Ni mucho menos a continuar su vida tal y como la había dejado, porque su vida era su marido y su empleo, era su seguridad y su descaro, era toda esa personalidad que la había salvado de pasar desapercibida, y en realidad volvería a nada.

A la nada.

Volvería para nada.

Capítulo 5

Ayane emergió de un sueño tan profundo que tardó un buen rato en ubicarse en tiempo y espacio.

Por un momento no reconoció la habitación en la que se encontraba. En Bangkok había descansado en un dormitorio que poco tenía que envidiarle a los hoteles de cinco estrellas que había frecuentado durante sus escapadas vacacionales. Aun así, el lugar donde se encontraba, nada menos que una suite nupcial, superaba con creces cualquier lujo del que hubiese disfrutado. No ya después de Fuego y Sangre, sino también antes.

Se incorporó de golpe con el pulso acelerado. ¿A dónde la habían llevado? ¿Cuánto rato había estado durmiendo? Saltó de la cama, e iba a abalanzarse sobre la puerta cuando cayó en la cuenta: había volado de Bangkok a Shanghái en un avión privado, la habían llevado a una timba privada, se había encontrado con Black Russian.

Black Russian.

Ayane se frotó los ojos con impaciencia.

Estaba convencida de que esa parte la había soñado. A fin de demostrárselo para ahuyentar terribles augurios, se paseó por la habitación en busca de pistas que denotaran la presencia del presunto traficante.

Tiró de un cajón al azar y encontró mudas de ropa interior.

Podían pertenecer a cualquier hombre.

Luego se fijó en el caro reloj de pulsera que descansaba sobre la mesita de noche y se repitió lo mismo. Cualquier tipo que quisiera alardear de elegancia y tuviera un mínimo sentido de la moda de lujo aderezaría su traje de sastre con un Rolex.

Entonces lanzó una mirada aprensiva a las puertas correderas del armario.

En su sueño, Black Russian las había abierto para sacar las prendas que ahora ella lucía en su cuerpo. Se dirigió hacia allí con paso ligero y lo abrió traccionando con ímpetu. Agarró una camisa al azar y se llevó el cuello de tela a la nariz para confirmar, sin saber muy bien cómo reaccionar, que su inconfundible olor corporal había impregnado la prenda.

El perfume de MEMO Paris con acordes de cuero, esencia de romero y helechos... Incluso un toque de lirios del valle y pachuli. El aroma del invierno siberiano.

La dejó donde estaba como si acabaran de pillarla haciendo algo indebido.

¿Quién decía que no fuera eso justo lo que hacía?

Se dio la vuelta muy despacio, temiendo que la estuvieran observando. Notaba la sangre

concentrada en los pies. Barrió el escenario de su discusión con el ruso con la mirada desenfocada por los nervios. Así fue como reparó en las huellas que Black Russian había dejado a su paso: un bloc de notas tamaño bolsillo sobre un aparador de madera maciza, una cartera de cuero desgastado, una copa con un dedo de whisky diluido en el agua de un antiguo cubito de hielo... Unos zapatos de hombre de la talla cuarenta y seis descansaban debajo de la cómoda, y una americana colgaba detrás de la puerta.

Ayane se acercó al mueble de diseño y husmeó entre las páginas de la libreta. Había alrededor de quince o veinte garabateadas con un caótico desorden que a un psiquiatra le habría servido de guía para concluir un diagnóstico interesante. Cabría pensar que un hombre tan pulcro como él respetaría los márgenes y se tomaría la molestia de escribir en línea recta, pero las palabras del alfabeto cirílico estaban pintarrajeadas como si hubiera empuñado el bolígrafo estando borracho.

Lo soltó con un mal presentimiento.

A lo mejor solo utilizaba el bloc como agenda y lo único que listaba eran sus tareas pendientes, pero algo en la violencia con la que Black Russian había tachado algunos términos, amenazando con atravesar el papel, la instó a centrarse en otra cosa: la cartera.

¿Quién abandonaba su billetera en la habitación de una mujer a la que apenas había tratado? Al menos no había sido tan imbécil como para dejar a su vez suficientes yuanes para pagar un taxi a la embajada americana.

Por supuesto, no había ni rastro de documentos de identidad. Solo facturas de cuentas desorbitadas y tiques de compra, ambos en chino, y una tarjeta diseñada al estilo minimalista y caligrafiada con mucho gusto que publicitaba un negocio de carpintería. Así parecía anunciarlo un dibujo incrustado de taracea, la famosa técnica artesanal de estilo árabe.

También había una fotografía tamaño carné. El tiempo había desgastado el rostro del retratado y pulido las esquinas afiladas. La cámara había captado en pleno ataque de risa a un niño tan rubio que parecía albino. Dos bonitos hoyuelos sellaban sus mejillas arrojadas.

La imagen inspiró tanta ternura en Ayane que le devolvió el gesto sin darse cuenta.

Era Black Russian de pequeño, no le cupo la menor duda. Reconocería esos ojos en cualquier parte.

Temiendo quedarse prendada de la fotografía, volvió a poner la cartera en su sitio y se limpió el sudor de las palmas en el pantalón de baloncesto.

Un pantalón que no era suyo.

Un pantalón que era *de él*.

Al alzar la mirada hacia la entrada a la habitación, coronada por un flamante espejo veneciano, se topó con su propio reflejo. Ya no se le notaban tanto las ojeras, pero seguía pálida y tenía el pelo encrespado. La marca del anillo de Cheng no solo no se había disipado, sino que presentaba muy mal aspecto.

Al pasarse las manos por la cabeza, notó que le temblaban los dedos y se obligó a serenarse con una serie de respiraciones profundas.

«Si necesitas algo más, Singapore duerme al final del pasillo», le había dicho Black Russian. «Moléstalo a él».

Ciertamente, el joven tailandés le despertaba mucha más confianza que un hombre al que solo se le había ocurrido zarandearla y recordarle que ya no pintaba nada en Washington.

Tenía hambre, la necesidad de investigar su nuevo entorno y muchas preguntas en la punta de la lengua, pero la sola idea de poner un pie fuera de su refugio se le antojaba estremecedora. ¿Y si la interceptaba el señor Cheng o alguno de sus secuaces? Aun en el improbable caso de que Black Russian hubiera corrido la voz de que la había tomado de amante, dudaba que eso fuera a concederle inmunidad absoluta.

Solo lo sabría si se animaba a dar el paso.

—¿Dónde están tus agallas? —se regañó en voz baja.

En los últimos meses, espoleada por una soledad que le hacía daño físico, había adquirido el vicio de hablar consigo misma. No le había importado que otros la escucharan y la creyeran una enferma mental.

Quizá eso fuese lo que era. A lo que había quedado reducida.

Inspiró hondo y se echó al pasillo. Nada más cerrar la puerta tras ella con la duda de si estaría haciendo lo correcto, oyó un coro de risas. Lanzó un vistazo al final del corredor y se recordó de nuevo que Singapore Sling estaba allí, en teoría a su entera disposición.

Siguió el agradable sonido de las carcajadas con un nudo en el pecho. ¿Cuánto hacía que no escuchaba una risa sincera? Atraída por el jolgorio, se animó a asomarse bajo el umbral de la puerta entreabierta. Para su sorpresa, al fondo del pasillo no había una habitación, sino un amplísimo salón con un billar, una mesa redonda para jugar a las cartas, un minibar equipado para todos los gustos... y gente.

Gente feliz o que por lo menos lo parecía.

Gente que no había olvidado cómo divertirse.

Singapore estaba sentado a la mesa en una pose informal. Tenía la mano apoyada en la superficie y el cuerpo inclinado hacia un lado con llamativa dejadez, como un novio cansado de esperar a que su chica saliera del probador por decimocuarta vez. Con una sonrisa benevolente, observaba a las dos mujeres que, provistas de palos de billar, improvisaban una partida sin reglas. Una sujetaba el palo a la inversa, golpeando con el canto, y la otra había decidido obviar la bola blanca para mandar directamente la negra a la tronera. No lo consiguió: se quedó zigzagueando en la mesa de billar como en el *pinball*.

No habría reparado en la cuarta presente, desparramada sobre un diván como si la estuvieran pintando al óleo, si esta no hubiera dicho en tono burlón:

—¡Hasta que por fin la princesa nos honra con su presencia!

Ayane se extrañó con su comentario. No halló en el bello rostro de la mujer ninguna pista que explicara el porqué de su retintín. Tampoco le sonaba familiar.

Ante la incertidumbre, desvió la mirada hacia Singapore.

—Has dormido dos días seguidos —le explicó el tailandés—. Las chicas llevan desde que llegaste sintiendo mucha curiosidad por conocer a la mujer de Black Russian.

«La mujer de Black Russian».

Ayane se refugió de un escalofrío abrazándose los hombros. Abrió la boca para corregirlo, en absoluto complacida con el título, pero por suerte recordó a tiempo que, si bien su nueva condición no era halagadora, al menos la libraba de destinos peores... como no dudó en recalcar una de las jugadoras, una chica caucásica de belleza sobrecogedora:

—Las hay con suerte.

—¿Con suerte? —repitió Ayane, cohibida—. ¿Por qué?

—Porque está bueno —resolvió la que había estado inclinada tratando de meter la bola negra en la tronera—. El último que me pagó una millonada para que pasara la semana con él era un viejo de setenta años con una enfermedad más parecida a la lepra que a la psoriasis. Y si crees que se gastó demasiado dinero en mí, eso es porque no viste la de viajes que hizo a la farmacia. Creo que desabasteció de viagra al país entero. —Puso los ojos en blanco—. En fin, no estaría mal que, para variar, me tocara uno joven y agradable a la vista.

—¡Pero si los jóvenes son los peores! —replicó su compañera de juego con el ceño fruncido—. Al menos los viejos verdes todavía se las dan de caballeros y procuran actuar en consecuencia, por no mencionar que la inmensa mayoría acepta sus limitaciones y se resigna a pedirte que te masturbes delante de ellos.

—Esos serán tus viejos, porque los míos no —bufó la primera. Como si hubiera recordado que Ayane seguía allí, le lanzó una mirada de arriba abajo y añadió en tono condescendiente—: Soy Jing, por cierto. Ellas son Vera —apuntó a su contrincante del billar— y Sun Hee. —Cabeceó hacia la mujer tendida en el diván.

Por el origen de los nombres, Ayane asumió que Jing era china, y Sun Hee, coreana. En cuanto a Vera, la única que bajó el palo de billar y se desentendió de la conversación para dirigirle una cálida sonrisa de bienvenida, no estaba del todo claro. Tenía unos rasgos finos y la piel pálida en extremo delicada, además de un par de ojos azules que parecían haber salido de la misma mina de piedras preciosas que los de Black Russian.

—Hayami —se presentó con la boca pequeña.

Le supo mal no decirles su nombre real. Quizá a esas alturas ya no importaba que hubiera nacido como Ayane Nagai, pero, por si acaso las cosas se complicaban y a alguien le llamaba la atención el cambio de identidad, mantendría la pose hasta el final.

—Es guapa —determinó Jing con desahogo. Decidió ignorar su presencia para mantener con Sun Hee una conversación que la excluía deliberadamente—. Pero, desde luego, no lo que esperaba. Si a Black Russian le interesaran las asiáticas, ¿no debería haberme hecho caso alguna vez?

—Oh, no te lo tomes a pecho —descartó Sun Hee con un aspaviento—. Black Russian nunca le hace ningún caso a nadie.

—Eso me consolaba cuando era verdad —masculló la china—. Ahora una puta duerme en su cama.

—Estoy aquí —interrumpió Ayane con sequedad, aún sin moverse de la puerta.

Jing enarcó una ceja oscura en su dirección.

—¿Qué pasa? ¿Te ha molestado que te llame puta? —Se puso la mano en la cintura y echó todo el peso en una pierna—. ¿Acaso no sabes dónde estás? No te pienses ni por un momento que follarte a uno o a otro te va a hacer especial. A lo mejor a sus ojos sí, aunque sea durante los cinco minutos que tarde en cansarse de la novedad y te regale a alguno de sus discípulos, pero para mí eres lo mismo que Sun Hee.

—Hombre, espero que a mí me quieras más, aunque solo sea por derechos de antigüedad —se burló la aludida.

—No hace falta ser desagradable con ella solo porque haya entrado por la puerta grande —interrumpió Vera. Dejó el palo apoyado contra la mesa de billar y fue hacia Ayane para cogerla de la mano. Ella no supo cómo reaccionar en un primer momento, desacostumbrada a las muestras de amabilidad como la que Vera reforzó al sonreírle con sinceridad—. Pasa, anda. Estarás muerta de hambre si has dormido cuarenta y ocho horas del tirón. ¿Qué te gusta comer? Si eres china, será tu día de suerte, porque aquí siempre hay rollitos de primavera y pollo al limón.

—En realidad, tengo ascendencia japonesa.

—Por supuesto que sí —bufó Jing—. Faltaría más.

A Ayane no le extrañó su reacción. Los chinos nunca habían sido unos fanáticos de los japoneses, y tenían razones de peso para guardarles rencor después de los espantosos crímenes de guerra que cometieron cuando aún se hacían llamar el Imperio del Sol Naciente. Como era obvio, Jing no había nacido siquiera cuando la enemistad entre China y Japón estaba en su máximo apogeo, pero determinados celos xenófobos podían considerarse hereditarios.

—Bueno, te seguirá siendo más fácil encontrar comida de tu tierra que a mí. El cocinero del casino, que Dios lo tenga en su gloria —apostilló Vera lanzando una mirada soñadora al techo—, nunca atina cuando quiere experimentar con platos rusos.

—¿Eres rusa? —preguntó Ayane con un hilo de voz.

La respuesta estaba implícita en el comentario de la joven, pero la había conmovido tanto que

se molestara en invitarla a entrar y entablar conversación con ella que tuvo que improvisar un modo de continuarla. Aunque fuera una manera estúpida. Notaba unas graciosas cosquillas en el estómago que solo podían relacionarse con la ilusión de que la trataran con cortesía.

También se acordó del cuaderno de Black Russian que había estado trasteando.

Ayane no tenía ni la más remota idea de cómo se ordenaba el alfabeto cirílico. A duras penas chapurreó lo básico en ruso durante su estancia en Moscú como para entender anotaciones tan caóticas.

Pero quizá Vera pudiera echarle una mano.

—De Sochi —anunció la rusa con un guiño. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar el estante del minibar donde descansaba el vodka Absolut. Agarró un vaso y sirvió una generosa copa. Regresó a donde se encontraba Ayane y se lo tendió con un guiño cómplice al que ella no pudo sino responder con una sonrisa de cansado agradecimiento—. No mucha gente de fuera ha oído hablar de mi ciudad. Está en la orilla del mar Negro y tiene unos paisajes sobrecogedores. Es preciosa, de veras. La gente suele venir a veranear porque hace muy buena temperatura, hay un parque natural, y...

—Cualquiera te hablará así de su casa si está encerrada en un puto casino de mierda —intervino Jing, poniendo los ojos en blanco.

Ayane le dirigió una mirada perdonavidas por haber intentado avergonzar a la joven. Luego se concentró en Vera, que parecía haberse sumido en un recuerdo agradable. Era tan ajena a la malicia de sus compañeras que sintió una oleada de orgullo y respeto hacia ella.

—¿Me enseñarías a hablar tu idioma? —le preguntó, esperanzada—. Si he podido dormir dos días es porque pese a nuestras... obligaciones tenemos suficiente tiempo para estar un rato juntas..., ¿no?

—¡Sí, claro! Hay días que paso más rato conmigo misma que con ningún cliente. Y claro que sí. Me encantaría hablar mi lengua con alguien... Pero te advierto —apostilló, alzando un dedo con teatralidad— que no es nada fácil aprender un abecedario nuevo.

—Inspirada por el amor hacia su hombre, seguro que se perciben progresos al poco tiempo —dijo Jing, entretenida desenvolviendo una piruleta que había sacado del bolsillo del *short* deshilachado. Lo combinaba con un top que exhibía el vientre trabajado. Miró a Ayane a través de las pestañas postizas—. Porque es por eso por lo que quieres aprender ruso, ¿no? Para hablar con tu amo.

«¡No es mi amo!», estuvo a punto de rugir.

Pero eso era exactamente lo que era. El término incluso se le quedaba corto.

Estrenó el vaso de vodka dando un largo trago, esperando que el alcohol la ayudara a sobrellevar la impresión de imaginarse a su merced.

—Si es así, buena suerte intentando sorprenderlo —intervino Sun Hee con desdén. Se había

incorporado hasta sentarse en el sofá para abanicarse, distraída, con la mano—. Ese hombre es inmovible.

—No lo creo —gruñó por lo bajo. Las chicas se la quedaron mirando con curiosidad, incluso el mismo Singapore, y, temerosa de que le hicieran preguntas concretas sobre su supuesta relación, planteó una duda que no había dejado de perseguirla desde el primer comentario—: ¿Es verdad eso de que Black Russian no ha tenido contacto con ninguna prostituta? Hasta ahora, quiero decir —aclaró Ayane, escondiendo la boca detrás del vaso de vodka.

Dio un sorbo rápido para infundirse valor, a sabiendas de que lo necesitaría para escuchar la respuesta.

En su periplo tailandés había atestiguado toda suerte de atrocidades, pero la sola idea de estar bajo el yugo del mismo putero cada día y cada noche hasta solo Dios sabía cuándo la estremecía. Aun y con eso, y siguiendo una extraña lógica que ni ella misma comprendía, le parecía que, incluso participando en la trata de personas, le honraría no haber abusado de las víctimas para su disfrute personal.

—A mí no me consta que se enredara con ninguna y he cumplido aquí más aniversarios que él —contestó Vera—. Algunas piensan que es porque lleva con discreción sus rollos pasajeros, pero yo apuesto mi vida a que simplemente no le gusta el sexo.

—Lo corroboro —apostilló Jing, dejándose caer sobre el sofá junto a Sun Hee. Se sacó la piruleta de la boca y señaló a Ayane con el corazón de caramelo—. Es un tío raro, ¿sabes? No se pierde una fiesta erótica de todas las que se celebran por estos lares, pero no lo vas a ver poniéndole una mano encima a nadie. Ni siquiera a las que no son putas, se entiende. Si luego se pusiera a ligar con alguna invitada, no me extrañaría su actitud; Singapore también es fiel seguidor de la ley de no follarse a una prostituta —continuó, y le lanzó un beso al tailandés que hizo que este negara como el que vive exasperado con la actitud de un ser querido—. Pero, coño, Singa al menos folla de vez en cuando con mujeres de fuera.

—¡Anda que no! ¡Dentro de nada nos sorprende apareciendo con una novia! —se rio Vera amistosamente.

El aludido puso los ojos en blanco, como si hubiera planteado algo sin pies ni cabeza.

—Black Russian es asexual, estoy segura —sentenció Sun Hee—. Lo he visto consultar su móvil con aburrimiento mientras las bailarinas de *pole dance* se quitaban las bragas en su cara. Lo he visto mantener una conversación sobre negocios con una prostituta que en ese momento estaba en bolas, y no exagero cuando digo que se la sudaba. Lo he visto quitarse de encima con un empujón molesto a una de las chicas más guapas del casino cuando quiso pasarle un brazo por el hombro.

—Más que asexual, yo diría que es...

Jing se detuvo a meditarlo, dándose golpecitos en la barbilla.

—¿Gay? —sugirió Sun Hee.

—¿Muy exquisito? —propuso Vera.

—¿Maleducado? —habló Singapore.

—¿Un traficante de personas? —se atrevió a plantear Ayane, mirando al fondo del vaso con desinterés aun cuando el pulso le latía a un ritmo desbocado.

—Alérgico al contacto físico —se le ocurrió a Jing—, si es que eso tiene algún sentido. Pero ahora que nuestra Hayami, bella y rara flor, anda por aquí, quedan resueltas nuestras dudas. Gay no es, ahora lo sabemos. ¿Asexual? Tampoco.

—Por lo demás, ¿cómo es, Hayami? —indagó Sun Hee, muerta de curiosidad—. Ya sabes... En la cama. Creo que todas hemos fantaseado con él. Es tan alto, tan guapo, tan...

Concluyó su enumeración con un suspiro enamorado.

«Tan criminal», podría haber corregido Ayane. En su lugar, se rio sin ganas para ganar tiempo.

Le habría encantado ofrecer una detallada descripción de su desempeño amoroso, y no solo porque significaría que consiguió lo que tanto deseó una vez. Si ardía en deseos de mantener viva la conversación, era porque necesitaba sentirse normal, una chica cualquiera rodeada de amigas que se contaban confidencias en torno a la barra de un bar.

—Es uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida, sí —reconoció, e iba a contarles la historia de cómo se habían conocido, adaptando los detalles para no revelar de dónde había salido, cuando se acordó del modo en que la había tratado hacía dos noches. «¿Volver? ¿A qué?». Un acceso de ira frustró cualquier intento por ser prudente—. Pero eso es todo lo que tiene —soltó, decidida a difamarlo—. No me voy a quejar de él en público porque, si no, perderé privilegios que me vienen de perlas, pero folla como el culo y, además, la tiene pequeña. Tanto metro noventa para nada —suspiró con aparente decepción, y volvió a beber de su vaso.

Hubo un silencio escandalizado.

Singapore incluso disimuló una sonrisita maligna agachando la cabeza.

Estaba claro que se lo pasaba en grande en compañía femenina.

—¿En serio? —se lamentó Sun Hee—. Creo que es la noticia más triste que me han dado desde que me dijeron que tendría que prostituirme si no quería que me cosieran a tiros.

Estableció el símil con una naturalidad que no desconcertó a Ayane tanto como la llenó de una extraña esperanza. Ella también era dada al humor negro, sobre todo cuando el propósito era airear las vulnerabilidades de uno para que nunca más se leyeran como tal; para vaciarles el contenido dramático. Pero había perdido esa tendencia a reírse de sus desgracias, y al escuchar a Sun Hee aspiró a retomarla.

—No le hagas caso —intervino Vera con un aspaviento—. No sabe dónde están los límites del humor.

—El humor no tiene límites —rezongó Sun Hee.

—Estoy de acuerdo. Nada tiene límites —atajó Ayane—. ¿Dónde se ha metido Black Russian, ya que estamos?

—Está reunido con Cheng Tao en su despacho, en la planta baja —respondió Singapore—. Al lado del que solía ocupar el otro señor Cheng, el propietario del casino. Es una puerta roja.

«Ah, que tiene despacho propio y todo», estuvo a punto de soltar con sarcasmo. «No sabía que necesitara echar mano de las instalaciones para ser un proxeneta de mierda».

Si renunció a expresarse y en su lugar se bebió lo que quedaba del vodka de un trago, fue porque no sabía cómo reaccionarían las chicas a un despliegue de odio hacia su presunto hombre.

«Y no sabes si es un proxeneta», canturreó la vocecita interna. «Solo sabes que está involucrado en el tráfico de armas y que es consciente de que hay víctimas de trata en el casino. Pero ¿y si está obligado a hacer y a deshacer como parece estarlo Singapore?».

Ayane frunció el ceño ante el pensamiento. Se levantó como un resorte para servirse otra copa de vodka, esta bastante más cargada. No iba a permitir que un ridículo optimismo la inclinara a perdonar sus pecados; ni mucho menos justificarlos.

«Pero quizá tomar alguna de esas vías haga tu nueva vida más soportable», insistió la vocecita.

«¿Qué nueva vida? No vamos a quedarnos aquí para siempre», determinó Ayane a través de un pensamiento provocado. Pero había otra línea argumental desarrollándose al margen de su lado racional, y fue esta la que se mofó de ella.

«Pensaba que no íbamos a ser optimistas, agente Nagai-Ryder... si es que así podemos seguir llamándote».

—¡Ya basta! —masculló antes de empujar el codo. No dejó de tragar hasta que el fondo de la copa quedó limpio. Su arrebató furibundo captó la atención de las chicas. Aun habiéndose enzarzado en una conversación apacible, se tomaron un momento para mirarla expectantes—. Un placer conoceros y todo eso, pero me voy a mi habitación.

—Por supuesto, duquesa. —Jing le hizo una reverencia.

Ayane ignoró la provocación. Le regaló una sonrisa forzada a Jing y le guiñó un ojo amistoso a Vera antes de agarrar la botella de vodka y llevársela consigo en su paseo por el pasillo.

Si a algo había estado acostumbrada antes de Tailandia, antes incluso de Washington, era a que la trataran con desdén. No en vano fue la niña rara y con un pasado cuestionable que se incorporaba al colegio a mediados de curso, la perfecta cabeza de turco para que los niños de la clase dieran rienda suelta a una maldad aprendida de sus padres, quienes proyectaban el mismo rechazo sobre Naoko. A veces, por razones relativamente comprensibles, como la existencia de Frankie Kincaid y el vínculo familiar directo que no siempre lograban esconder.

Otras, por simple y llano racismo.

Las torturas psicológicas ni siquiera acabaron en la infancia. Durante los años universitarios se granjeó una serie de detractores por motivos similares. En el FBI, su actitud arrogante y la vanidad de la que se había armado para protegerse de las bofetadas que le daba la vida no había sido bien recibida.

¿Qué era el odio de una prostituta china? ¿Qué era el odio de los puteros? El único odio que le importaba era el que se había estado cociendo en sus entrañas muy a fuego lento en Bangkok y que presentía que estallaría por los aires en Shanghái.

Miró hacia abajo para comprobar que seguía vistiendo las prendas de Black Russian. Aunque era la primera vez que estaba cómoda, incluso aliviada porque su cuerpo no quedara a la vista, entró en la habitación para cambiarse. Lo único que tenía era la minifalda y el top con los que había llegado a China, pero qué más daba.

Mejor un modelito revelador que el préstamo envenenado del ruso.

Con la botella en la mano y los pies aún descalzos, decidió bajar en ascensor a husmear por la planta baja. «Reunido en su despacho. Es una puerta roja», había dicho Singapore. Demasiadas indicaciones para tratarse de un tipo que, si podía no hablar, se quedaba callado. ¿Con la respuesta larga la habría inducido a ir a ver qué se cocía? Quizá no, o quizá sí y se tratara de una trampa, pero había llegado un punto en el que a Ayane no le importaba ser prudente, si es que acaso había sido su prioridad alguna vez.

La visión de un casino vacío resultaba tan chocante como un parque de atracciones abandonado. No sabía qué hora podía ser, porque los dueños no habían cometido el error de colgar relojes en las paredes. ¿Las dos de la tarde? ¿Las tres? Debía de tratarse de un negocio exclusivo o no muy ambicioso, porque la mayoría de los casinos a los que ella había acudido procuraban permanecer abiertos las veinticuatro horas del día.

Se paseó por los pasillos con aburrimiento. Acarició los botones de las tragaperras, los bordes relucientes de las mesas. Tenían que haber pasado la aspiradora hacía un rato, porque la moqueta estaba impoluta. Le hacía cosquillas en los pies descalzos.

Había olvidado lo apacible que la soledad podía llegar a ser. Incluso a solas en su habitación del hotel de Bangkok la había embargado la inquietante sensación de que estaba siendo observada. Por una mirilla, por una ventana; por Dios mismo, que se reía de ella y de su patética ingenuidad. Lo más probable era que hubiera desarrollado manías persecutorias y a nadie le importara un ardite lo que una puta hiciera en su tiempo libre, pero así había vivido cada minuto de cada segundo: tratando de encontrar tolerable la idea de no estar a salvo.

Reconoció el camino por el que la había llevado el paseo. Aunque dos días atrás había seguido al guardia de seguridad mareada, casi borracha de pensar que pudiera salir del despacho de Cheng poniendo punto y final a la pesadilla, su subconsciente había memorizado el recorrido.

Ahí estaba ella ahora, a unos metros del corazón del casino.

Y, por ende, a una distancia similar de la oficina de Black Russian.

—La oficina de Black Russian —repitió en voz alta con una sonrisa demente.

Se lo imaginó trajeado, como un alto cargo en bolsa de Wall Street, abriendo la puerta de un taxi con la que no sujetaba un maletín, y por poco se echó a reír. Nada malo habría pasado si el hijo de puta hubiera estudiado Económicas en la Universidad de Nueva York y se hubiese conformado con un trabajo de nueve a cinco.

Tal vez ni siquiera hubiera crueldad en el mundo si el hijo de puta no hubiese nacido, para empezar.

«¿Qué culpa tiene él de tus decisiones?», insistió la voz interna.

Aunque ya estaba aturdida por el alcohol, Ayane abrió la botella con el gesto torcido y dio un sorbo consciente, determinada a eliminar cualquier rastro de empatía o legítima duda. Cuando creyó haber silenciado su conciencia, echó a andar hacia la puerta que conducía al rellano de los despachos. Enseguida comprendió por qué estaba abierta: localizó un carrito de la limpieza pegado a la pared. Un alegre silbido se filtraba a través de la rendija de la oficina de Cheng.

Ayane se asomó a la puerta entornada y reconoció el uniforme blanco de una limpiadora. Luego echó un vistazo al carrito, concretamente al manojito de llaves que había dejado colgando.

—No me lo puedo creer. —Estuvo a punto de reírse al comprobar que cada llave estaba señalada en inglés, quizá para que todos los limpiadores, la mayoría extranjeros, lo entendieran: suite nupcial, suite de lujo, despacho Cheng, despacho BR. Cogió la última y la levantó hacia la luz de los focos del techo para admirarla como si se tratara de una rara joya—. Pues esta va a ser, ¿no?

Capítulo 6

Se aseguró de que nadie la vigilaba e introdujo la llave en la cerradura. La giró una y dos veces para quitar el seguro y, en lugar de abrir con la última vuelta, se quedó con la mano suspendida en el aire y la mirada desenfocada sobre el dibujo geométrico de la alfombra.

¿Para qué demonios quería entrar en el despacho de Black Russian? No era para reencontrarse con él, podía apostar su vida por eso. ¿Para hallar pruebas que le incriminaran? Era irrisorio pensar que estaba en condiciones de seguir investigando para el FBI. E incluso si el cielo se abriera y se topara con un dossier completo de información, era muy probable que al final del día la enterrasen, viva o muerta, con el papeleo en el regazo.

A lo mejor solo estaba aburrida, o solo quería que la pillaran en flagrante delito y tuvieran la consideración de matarla de un disparo. A lo mejor, como no tenía nada que perder, le veía el atractivo o la justicia poética a encontrar en los datos recabados un motivo. Así, ni el secuestro, ni su vida, ni las ambiciones que habían truncado esta última se habrían sucedido en vano.

Dio la última vuelta a la llave y entró. La estancia era prácticamente idéntica al despacho del señor Cheng. Moqueta escarlata, paredes pintadas de azul marino y rematadas por zócalos superiores e inferiores con motivos dorados, biombos de madera noble y muebles de diseño.

En definitiva, la decoración lujosa que cabía esperar entre la alta sociedad china.

El escritorio, cómo no, ocupaba una posición estratégica. Así, quienquiera que estuviese detrás de él, sería lo primero que el visitante vería nada más acceder.

Dudaba que fuera a encontrar papeles acusatorios en los cajones. O que pudiese entenderlos, más bien. Estarían en chino o en ruso, y Ayane tuvo la pésima idea de elegir el castellano y el francés como segunda y tercera lengua con la excusa de que eran, si no las más habladas en el mundo, al menos las hegemónicas en los países que le interesaba visitar.

Pero incluso si no lograba descifrar nada, ¿cuándo se le volvería a presentar la oportunidad de husmear entre las pertenencias de un proxeneta? Allí debía haber algo interesante sí o sí.

«Cuidado, no vayas a pensar que sigues en activo», se burló la voz interna.

Ayane puso los ojos en blanco y dio un trago a la botella, que seguía acompañándola en su paseo por el amplio salón. Estaba preguntándose por dónde empezaría a revolver, o si solo se bajaría las bragas para orinar en la silla de Black Russian, cuando oyó un par de pasos acercarse. Distinguió el acento eslavo en la ronquera natural de una de las voces y la de alguien a quien seguramente por fortuna no había escuchado antes.

Miró a su alrededor en busca de un escondite. Le tocó refugiarse en el único rincón posible:

debajo del escritorio, en el que no la verían a no ser que alguien presidiera la reunión. A no ser, también, que quien se sentara justo delante estirara las piernas para meterlas bajo el tablón de madera maciza que cerraba el escritorio en su parte frontal.

Dejó la botella sobre la mesa y gateó hasta el hueco del mueble. Se hizo un ovillo en una esquina y esperó para confirmar con el chirrido de la puerta que dos hombres hacían acto de presencia.

—No tengo mucho tiempo —decía Black Russian mientras cerraba la puerta.

«Claro que no. Tiene mujeres que secuestrar».

El alcohol le había potenciado el sentido del humor.

—Yo tampoco. Me espera mi hija. Termina sus clases de violín a las cuatro de la tarde. Pero volveré para la apertura del casino por si nos quedáramos con la palabra en la boca.

Ayane estuvo a punto de jadear, pasmada. Si el tipo se codeaba con Black Russian, debía de ser un criminal, algo que no casaba con el digno propósito de hacer feliz a una querida hijita. Siempre había sospechado que los puteros, los canónicos hombres malos, tenían una familia por la que se preocupaban; solo dejaban a la vista sus perversiones ante seres inferiores como ella, como sus compañeras, mujeres cuyo juicio e integridad les era indiferente. Aun así, confirmarlo le chocaba cada una de las veces.

«Al menos el tío le paga clases de violín a su hija. A ti el tuyo te obligaba a emigrar a otro estado», le recordó la voz interna.

Ayane apretó los puños, castigándose por no haber llevado la botella consigo.

«¿Qué? ¿Ahora te vas a volver alcohólica para soportarte a ti misma?».

Lo único que acalló su subconsciente fue la proximidad de Black Russian, quien, nada más rodear el escritorio para presidir la estancia, reparó en la presencia del vodka. Escuchó el sonido del recio cristal rozando la madera de la mesa cuando él lo giró para ver la marca.

—Espero que quien lo haya dejado aquí no piense que esto es un buen regalo —comentó con su indolencia habitual.

—¿No te gusta el Absolut?

—No me serviría ni para limpiarme un corte de cuchillo.

—¿Y cuál recomiendas? Ya sabes, empezaré a tomar nota si lo que me toca es dirigir este sitio.

—Teniendo en cuenta que tus clientes son de dinero, un vodka de alta gama no estaría mal. Grey Goose, por ejemplo. Smirnoff, si no eres muy ambicioso —sugirió, y acto seguido se sentó en el sillón como si no quisiera enterarse ni él.

—Soy muy ambicioso. Creo que lo demuestra que no haya llamado a la policía para que se encargue de ti y pretenda conservarte en los alrededores por si acaso.

Ayane observó desde su posición que Black Russian meneaba la cabeza como si su

interlocutor no tuviera ningún remedio. Suspiró, claramente disconforme con el comentario, y fue a estirar las piernas.

Aunque intentó recoger las suyas para no tocarse, él le dio sin querer un puntapié en el tobillo. Más por alargar la tensión de la cita que porque sintiera curiosidad, el ruso se dobló sobre el costado y agachó la mirada.

«Mierda».

Para variar, ni siquiera le enfureció la insolencia de que se hubiera infiltrado en sus dominios para escuchar una conversación privada. Al verla, se limitó a enarcar una ceja, como si se la hubiera encontrado por casualidad en el mismo bar a la misma hora, y se reincorporó sin perder el tipo.

Ayane pensó que ahí habría acabado todo, pero Black Russian agarró la botella y se la tendió por debajo de la mesa en un silencioso gesto.

«Sigue a lo tuyo», parecía decir.

Aquello la desconcertó.

¿Iba a ignorar su presencia? ¿Le estaba haciendo un favor?

Con él era imposible saberlo.

—Luego la tiraré —le explicó a su acompañante para enseguida volver al punto importante—. En fin, no sé por qué te quejas tanto, Tao. Gracias a mí, ahora eres el dueño del casino.

—¡Hay formas y formas de hacer las cosas! —rezongó.

—No me dirás que no he sido elegante. A no ser que me pidas que te localice los restos del fulano, nadie los encontrará así remueva cielo y tierra.

El dueño del casino, al menos hacía un par de días, era el señor Cheng, un tipo que por obvias razones no le había caído en gracia. ¿Estaban hablando de un cambio de mando?, ¿de que Black Russian trabajaba allí como sicario y se había hecho cargo de él?

¿O solo le tocaba el trabajo sucio de descuartizar y enterrar?

—Solo digo que no es así como lo habíamos hablado —insistía Tao.

—Si quieres que las cosas salgan tal y como esperas, encárgate tú.

Ante el tono tajante del ruso, al chino no le quedó otra que agachar la cabeza y retomar la conversación en voz baja.

—Estoy satisfecho contigo y con tus servicios. Lo único que te pido es que seas discreto. Nada más. ¿Cómo pretendes que explique la repentina ausencia de mi padre? ¿Qué te crees?, ¿que no conocía a gente problemática que se molestará en saber qué ha sido de él? ¿Que no debía dinero que aparecerán para reclamarme? Además de su imperio, voy a heredar sus deudas, y ahora que no pueden meterle miedo a él, me lo meterán a mí. Y si no puedo pagarles, lo buscarán, darán con que fue asesinado, con que yo lo mandé matar, y harán algo peor que desollarme por moroso: me chantajearán.

—Te has respondido a tus dudas tú solito. Si tiene amigos y tiene enemigos, dile a los amigos que los enemigos se han encargado de él. No sería mentira —resolvió con indiferencia—. Y yo en tu lugar no me preocuparía tanto por si me salpica la sangre. Preocúpate mejor de pagarme como corresponde.

—Sí, sí, los nombres —se apresuró a contestar Tao—. No lo he olvidado.

A través de una rendija, Ayane lo vio hurgar en sus bolsillos con nerviosismo. Nada más incorporarse para tenderle a Black Russian un papel que ella pensó que sería interesante robarle, Tao adelantó un pie. Un pie que tuvo la mala suerte de pisar la mano que Ayane había apoyado en la alfombra, cometiendo a la vez el error de asomar los dedos por debajo del panel vertical que cerraba el escritorio por delante.

Consiguió reprimir un grito, pero no el hipo que de pronto cortó el silencio.

Ayane rezó para que no se hubiera dado cuenta, pero Tao se agachó, ceñudo, y gracias al mismo hueco que a ella le había permitido observar la escena, la vio hecha un ovillo con la botella agarrada por el canto.

Por el modo en que su expresión se ensombreció, supo que no le había hecho gracia la casualidad. Y pudo imaginarse por qué. A Ayane tampoco le gustaba contar con espectadores cuando confesaba que había matado a alguien.

—¿Qué hace esta aquí? —exigió saber.

Más para dar la impresión de que solo respondía las órdenes de su dueño que en busca de auxilio, Ayane apoyó las manos en las rodillas del ruso.

—No te preocupes por ella. Solo es una puta japonesa —resolvió Black Russian en un tono informal y autoritario a la vez—. No entiende nuestro idioma, y me gusta que me tenga bien atendido en todo momento. ¿Verdad, criatura? —añadió, doblándose lo justo para alcanzar la barbilla que le acarició con el pulgar. El tierno contacto aturdió a Ayane, que no supo si darle un mordisco o aplaudir porque hubiera evitado una hecatombe.

No estaba por la labor de darle las gracias, pero se resignó a fingir que no sabía de qué le estaba hablando y a mover la cabeza emulando un asentimiento dudoso.

—¿Atenderte? —repitió el tipo mientras Black Russian recuperaba su postura cómoda—. ¿Cómo?

—Según se me antoje. Si no te importa que se mantenga ocupada mientras charlamos... —dejó caer el ruso.

—¡Pues claro que me importa! ¡Me importa que esté aquí! —La señaló con un aspaviento agresivo—. ¡No puede saberse cómo he conseguido el casino, joder!

—Ya te he dicho que no tiene ni pajolera idea de inglés —repitió Black Russian, esta vez con una frialdad que encogió al chino y le instó a callar—. ¿Qué coño quieres, eh?, ¿que le vuele la tapa de los sesos? La alfombra es cara, y acaban de entrar a limpiar. —Ayane no pudo resistir el

impulso de manifestar su indignación por la forma en que la había deshumanizado y le lanzó un sutil puñetazo a la rodilla. Black Russian no se mostró afectado, pero sí agachó la mirada para advertirla con los párpados entrecerrados. O eso pensó en un primer momento, porque se enmendó a su manera añadiendo—: Además... Por fin he encontrado entretenimiento. La echaría de menos si no la tuviera para calentarme los huevos.

Demasiado borracha para tomarse el doble sentido a la tremenda, Ayane ladeó la cabeza hacia él y le dedicó una sonrisa envenenada. Black Russian le lanzó un beso que la dejó gravitando entre la perplejidad y la extraña satisfacción.

Arrastró su asiento para quedar más cerca del escritorio y, por ende, de ella.

—Pero si tanto te preocupa, vamos a darle una utilidad. —Se llevó las manos al cinturón mientras escuchaba las repetitivas quejas del chino y fue desabrochándolo como si quisiera darle tiempo a Ayane para entender lo que estaba pasando. Esta por poco se atragantó y empezó a respirar agitadamente cuando se fijó en el bulto del bóxer, que escondía un miembro semiduro que no vaciló en liberar de la ropa interior. Black Russian agachó la mirada de nuevo, ahora con una intención evidente, y le dijo en japonés—: Ya sabes lo que tienes que hacer.

Ella estuvo a punto de soltar un jadeo, sorprendida porque hablara su lengua e indignada por su descaro. No podía creerse que le saliera con esas justo ahora, en una situación límite, en un contexto terrible, cuando había estado despreciándola durante toda la experiencia de Fuego y Sangre. Quiso sentir asco hacia él y lo que representaba con su recién estrenada actitud arrogante, sin duda patrocinada por un exceso de vodka, pero la voz interior la instó a ser razonable.

«Acaba de pillarte uno de sus socios. Uno que ha mandado matar a su propio padre. Si quieres justificar tu presencia para no salir malparada, no te queda otra».

Ayane se humedeció el labio inferior, todavía con el ceño fruncido. Se negó a darle la satisfacción de saltar hacia su entrepierna sin miramientos. También se negó a aceptar ante sí misma lo impensable: que la situación tenía una cuota de morbo al que no era indiferente. Pero ¿cuántas felaciones no habría practicado en el transcurso de su estancia en Bangkok? Había perdido la cuenta.

Y, en teoría, también el interés por volver a tocar a un hombre.

¿Por qué aquello no la asqueaba ni por casualidad?

«Porque has querido hacerlo desde que lo viste. Porque es tu cuenta pendiente».

«¡Pero eso no es suficiente!», se replicó a sí misma.

«¿Porque estás borracha como una cuba?», le sugirió la voz interior.

«Eso me cuadra más».

Pero apretó los dientes, furiosa con sus contradicciones.

Aun y con todo, rodeó el miembro de Black Russian con la mano. Al sentir la suave piel

satinada bajo la palma, emitió un suspiro entrecortado. La acarició de arriba abajo, deleitándose con su textura y la dureza que fue adquiriendo conforme deslizaba la mano verticalmente.

Había visto tantos cuerpos desnudos en los últimos tiempos, tantos y tan repugnantes pellejos, tantas pollas, que verse por primera vez en una situación que no la desagradaba del todo la animó a aumentar el ritmo. Adoptó una postura cómoda de rodillas ante él y apoyó una mano en su muslo enfundado en unos tejanos oscuros para no perder el equilibrio.

Al abrir la boca para prodigar la primera lamida al prepucio, reparó con una mezcla de espanto y placer secreto en que había empezado a salivar de manera compulsiva, muerta de hambre, sed o ambas. Era la primera vez que estaban a solas su miembro y ella, y en plena borrachera se le ocurrió pensar que era mejor de lo que había soñado... y que había metido a las prostitutas miserablemente, porque aquello no tenía nada de pequeño o mediocre.

Buscó el rostro de Black Russian y se fijó en que apenas había cambiado de expresión.

Parecía que estuviera acariciando a otro hombre.

Y, entretanto, sicario y dueño del casino conversaban con normalidad.

El reto de arrancarle un gemido traicionero se le metió entre ceja y ceja; fue, en realidad, lo que dominó su mente por completo a la hora de introducirse la polla en la boca. Se puso a prueba empujándola hasta donde la flexibilidad de su garganta pudo llegar, hasta que emitió un gorjeo similar a una arcada, y permaneció en el sitio conteniéndola entre los labios para humedecerla, para inundarla con su calor.

Cuando no pudo más, se fue separando lentamente, ladeando la cabeza, y se tomó un segundo extra para succionar el prepucio. Cerró los ojos, sumida en una sensación novedosa y al mismo tiempo familiar: la que antaño la había instado a proporcionarle placer con mucho gusto a un hombre.

Ayane le presionó el muslo con los dedos mientras recorría su carnosa longitud con una larga lamida. A esas alturas ya debería haber estado duro, pero incluso su cuerpo era difícil de conquistar. No así inconquistable, se dijo Ayane, exprimiendo la base de la erección con un movimiento rítmico y semicircular al tiempo que lo chupaba con ahínco. Se separó lo suficiente para que su saliva se derramara sobre el miembro cada vez más caliente y volvió a la carga.

Por primera vez, Black Russian dio señas de percatarse de su esfuerzo tratando de cambiar de postura en el asiento, visiblemente afectado. Ayane levantó la mirada con la esperanza de ver un rostro congestionado por el deseo, unos ojos brillantes, una respiración entrecortada; de hallar un reflejo de su propio deseo. Pero él estaba dirigiéndose a su interlocutor con una templanza que en otras circunstancias habría admirado.

—Si quiere cobrarlas más caras —decía con un tono de voz controlado—, tendrá que hablar con el primer responsable. Yo no soy un intermediario, de acuerdo, pero tampoco me gusta participar en guerrillas de este calibre...

«Manda narices que cuando se trata de vender armas ilegales se convierta en el hombre más hablador del mundo», pensó con irritación. Una irritación que la llevó a tomar una decisión que sabía que podría salirle por el alto precio de una bofetada, pero poco le importó.

Apretó su erección entre los dedos y le propinó un mordisco.

Black Russian dio un respingo y masculló una maldición en su lengua materna.

Ella se arriesgó a sonreír, entre envenenada y triunfal. Él captó el gesto. No tuvo que hacerle ninguna gracia, porque, sin apartar la vista de Ayane, dijo:

—¿Te importaría dejarnos a solas? Apenas será un momento.

El tipo refunfuñó un comentario sobre la falta de profesionalidad y se levantó del asiento a desgana. En lo que tardó en marcharse, Black Russian se arregló la bragueta para presentar un aspecto decente, pero no se abrochó el último botón, dejando a la vista el vello público que asomaba sobre la cremallera.

Este tentador detalle la instó a humedecerse los labios, y la distrajo tanto que él, todavía sentado, pudo pillarla desprevenida agarrándola del cuello.

Se inclinó hacia ella para hablarle entre dientes.

—¿A qué te crees que estás jugando?

—¿A qué te crees que estás jugando tú? —contraatacó sin dejarse impresionar, espoleada por el alcohol—. Si me das órdenes sexuales, esto es lo que te espera. No pienso tocarte, ni por voluntad propia, ni por voluntad ajena, ¿te enteras?

Él enarcó una ceja, como si le hubiera sorprendido de corazón su respuesta.

—¿No es mi polla lo que llevas queriendo desde el primer día? —Chasqueó la lengua, decepcionado, y en tono irónico añadió—: Contigo no hay manera de acertar, *malyska*.

Ella enrojeció ostensiblemente.

—¡Que te den!

Se las arregló para salir de su escondrijo con la mayor agilidad de la que fue capaz, considerando que había estado acartonada bajo el escritorio y el vodka estaba haciendo lo propio. Black Russian se puso de pie también y la agarró del antebrazo para traerla hacia sí. No supo si había imprimido demasiada fuerza o era Ayane la que estaba desequilibrada y por ello no había podido oponer resistencia, pero el resultado del tirón fue fatal: con una facilidad pasmosa, Black Russian la apoyó contra el borde de la mesa y, con un cuerpo que parecía una tormenta eléctrica, la acorraló.

—¿Hubieras preferido que el chino te metiera una bala en el cráneo por andar husmeando?

—Si luego te lo metía a ti, ¿por qué no? —le espetó con la barbilla erguida.

Se sintió tan orgullosa de su propia respuesta que se le escapó una sonrisa nerviosa.

¿De veras estaba desafiando a un traficante?

¿Por qué con él sí se atrevía a sacar el carácter que pensaba que había muerto en Bangkok?

Black Russian estudió su semblante y, como si hubiera leído sus pensamientos una vez más, determinó con voz queda:

—No me tienes miedo.

Si Ayane vaciló, no fue porque dudara de su afirmación, sino porque le extrañó su salida.

La invadió la quizá falsa impresión de que a él le importaba lo que ella sintiera.

—No.

Sus ojos destellaron con algo de la familia de la... ¿satisfacción? No tenía ni la menor idea de qué esperar de él, y en el espantoso mundo en el que había caído de cabeza, la incertidumbre era lo peor a lo que podía enfrentarse una mujer.

O eso se dijo. Pero se equivocaba, porque cuando su mirada azul se paseó con abstraído interés por su rostro hasta posarse un delirante segundo en sus labios, a Ayane se le encogió el estómago como si la hubiese acariciado con el cañón de una pistola.

Eso, aunque no fuera miedo, entrañaba un tipo de amenaza para la que no estaba preparada.

De eso no podía defenderse. Nunca había podido.

Black Russian le rodeó el cuello con la mano y le presionó la garganta con los dedos.

—¿Y ahora? —preguntó en voz baja—. ¿Tampoco me tienes miedo?

Ella se enderezó para encararlo con una arrogancia que había creído olvidada.

—No.

Como si quisiera asegurarse de que las conclusiones de su examen eran correctas, él mantuvo la mano en el sitio. Luego soltó su cuello y extendió los dedos para cubrirle el escote. Deslizó la palma, sorprendentemente cálida en un hombre gélido como una noche en el desierto, para pasearla sobre el relieve de sus pechos y seguir descendiendo por su vientre.

Ayane jadeó cuando se detuvo en el confín de la falda e insinuó la perversa intención de levantársela jugando con el borde.

—¿Y ahora? —repitió, bajando aún más el tono.

—Tampoco.

Él movió la cabeza de forma casi imperceptible, asintiendo con conformidad hacia su respuesta.

¿Significaba que la creía?, ¿que se alegraba?

Ayane se olvidó de buscarle una explicación en cuanto sintió el roce de sus dedos a la altura del muslo, subiendo tentadoramente hacia la ingle. El contacto de las yemas en una zona tan íntima la tensó, pero no tanto por los malos recuerdos como por la red de intimidad que Black Russian había tejido en torno a ambos. Refugiada en un escenario de sensualidad consensuada y atraída por su tranquila seducción, ¿cómo le iba a temer?

¿Cómo no iba a desearlo?

—¿Qué me dices ahora? —preguntó casi sin voz, moviendo los labios tan cerca de los de

Ayane que, al pronunciar la letra eme, se rozaron durante un delirante segundo. Ella trató de mantener la calma, pero su pulso se disparó y tuvo que aferrarse con fuerza al borde del escritorio para contener unas ansias casi desconocidas, capaces de enloquecer a una mujer. Ni siquiera se dio cuenta de que cerró los ojos y se encomendó a los dioses para que pasase lo que debiera pasar, un beso o la tortura contraria: la nada. Habría jurado que lo oyó sonreír, victorioso, al decir—: Ah..., sí, ahí está. El miedo.

Ayane abrió los ojos de golpe para fulminarlo con la mirada, pero la vulnerabilidad no la abandonaría mientras él no diera un paso atrás. Se sintió pequeña y ridícula en comparación: ella, con la cara de haber dormido cuarenta y ocho horas seguidas, el aliento ahogado en vodka y tan nerviosa que no se sentía las manos; él, siempre soberano de sus emociones, limpio, peinado, perfumado; perfecto.

Aun siendo humillante, esa inferioridad le produjo un estremecimiento placentero.

No quiso plantearse lo retorcido que era disfrutar de estar a su merced y se obligó a retrucarle:

—¿Tan interesado estás en que te tenga miedo? ¿Eso es lo que te excita? ¿Que las mujeres lloren porque eres un hijo de puta?

Black Russian le acarició el borde de la cara con unos dedos que habría jurado que obraban conjuros.

—A ti todavía no te he visto llorar, *malyshka* —susurró en tono sugerente.

—Estoy esperando a que tú lo hagas primero.

—¿No van las damas primero?

—Hace tiempo que no soy una dama ni nada que se le parezca.

—Pero a ti te gusta ser la primera en todo —ronroneó—. ¿O acaso te he entendido mal?

Curvó los labios en ese amago de sonrisa que no era ni sonrisa ni nada similar, pero que capturaba el misterio de un corazón sellado a cal y canto. ¿Y cómo era posible que pareciera abrirlo al tocarla? Ayane se sintió extrañamente querida cuando él le cubrió la mejilla con la mano y deslizó la yema del dedo corazón desde la ojera hasta la barbilla, reproduciendo el recorrido de una lágrima. Su expresión era la de un hombre que habría envidiado su llanto por haber salido de ella; por haber tenido el privilegio de marcar su carne, de resbalar por su cuerpo.

Por la periferia de su visión, Ayane captó un destello llamativo. Buscó con la mirada el origen, creyendo que lo había soñado, y confirmó que se trataba de un ostentoso anillo de oro con un grabado que a ella no se le olvidaría mientras aún lo tuviera en la cara.

Antes lo había visto en el dedo índice del señor Cheng.

Por lo que tenía entendido, ya no caminaba entre los vivos.

Ahora lo lucía él.

Guiada por un impulso, cogió la mano de Black Russian. Una gota de sangre reseca salpicaba la joya. Entonces trajo a su mente la conversación con Tao, a quien Singapore se había referido

como Cheng Tao, primero el apellido, luego el nombre, y comprendió lo que había ocurrido.

Buscó la mirada del ruso con el corazón a punto de salirse por la boca. Él tuvo que sobreentender el rumbo que habían tomado sus sospechas, porque, por primera vez, se ocupó de hacer aclaraciones, y no sin la irritación de que le hubiera descubierto... o le hubiese tomado por un romántico vengador.

—No tiene nada que ver contigo.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Ayane con palpable ironía. Fue de lo que se le ocurrió disfrazar su estúpida decepción—. ¿Por qué ibas a matar a un hombre por el simple hecho de haberme cruzado la cara? Es un planteamiento casi tan ridículo como que me hayas presentado como tu esclava sexual para que nadie me haga daño. —Y lo desafió a negar que hubiera tomado esa decisión para protegerla. Como él no se dignaba a decir nada, insistió—: Oh, vamos, ¿me vas a decir que no pretendes ponerme a salvo? No me has metido en tu dormitorio porque quieras acostarte conmigo. Las prostitutas del casino dicen que eres asexual, gay, alérgico al contacto físico o todas a la vez. ¿También va a resultar que, además de todo esto, eres traficante de armas, proxeneta y asesino a sueldo del casino? ¿No te parece que estás acaparando demasiado los pecados capitales?

—¿Se supone que haber matado a Cheng por ti y no por orden ajena me restaría defectos y culpas?, ¿o la única ventaja es que me haría más atractivo a tus ojos? —inquirió con una clara intención burlona.

Ayane creía haber tenido las de ganar al iniciar la discusión. Sin embargo, una vez más tuvo que rendirse a la evidencia de que no tenía caso insistir en sonsacarle confesiones. No mientras él fuera indiferente y, cuando no —y esto era peor—, socarrón.

Trató de librarse de sus brazos, pero Black Russian la mantuvo fija contra el escritorio.

—No creo encajar en la descripción de gay, y la de alérgico al contacto físico me parece un tanto exagerada. A fin de cuentas, te estoy tocando y aún no he echado a arder. Pero la etiqueta de asexual no me molesta del todo.

—¿Cómo pretendes entonces que se crean que follamos? —le espetó a la defensiva.

—Nadie se creería que te tengo en mi habitación y no te follo.

—Oh, ¿ahora me vas a decir que soy tan guapa que puedo cambiar las orientaciones sexuales de la gente? ¿Incluso las de la gente de la puta Siberia?

—A lo mejor las orientaciones sexuales no —meditó con languidez, ladeando la cabeza para admirar su figura. Acompañó su mirada apreciativa de una caricia a la cintura femenina—, pero desde luego habrá quien se replantee su voto de castidad.

—¿Voto de castidad? ¿Tú, que eres lo más diferente de un monje tibetano que he visto en mi vida, has hecho un voto de castidad?

—Has mencionado los pecados capitales, y tú misma has dicho que no debería acapararlos

todos. Considerando que incurro en seis de ellos, ¿te extraña que me deje uno? La lujuria... — Meneó la cabeza como si se lo estuviese pensando, pero al final chasqueó la lengua—. No, no me verás cometiéndola.

En cuanto la soltó, Ayane cogió una gran bocanada de aire, como si acabara de emerger del agua. Sentía los pulmones pesados y las articulaciones rígidas de haber estado en tensión. Pero, sobre todo, se notaba la temperatura corporal por las nubes y el poderoso latido del corazón martilleándole los oídos, a punto de explotar en el pecho.

Lo vio encaminarse a la puerta paseando con la tranquilidad de quien no había roto un plato. Sin girarse hacia ella, le dijo desde el umbral:

—Recuerda tirar la botella de vodka al contenedor del cristal. Hay que cuidar del planeta.

Capítulo 7

Ayane pasó la noche entera sin dormir.

Cuando pensaba que por fin conciliaría el sueño, se despertaba abruptamente para lanzar una mirada nerviosa a la puerta, que había tenido la prudencia de cerrar con llave para evitar intrusiones indeseadas.

Es decir: cualquier tipo de intrusión.

Pero una de ellas era inevitable, porque se suponía que compartía la habitación con Black Russian, y resultaba que esa era la más indeseada de todas.

No parecía que él se hubiera enterado de que vivían juntos, por otro lado. El reloj fue marcando altas horas de la madrugada y no supo nada del sujeto. No supo nada sobre nada, porque a excepción de las risas impregnadas de deseo de las parejas que cruzaban el pasillo para ir hacia su suite, no se oyó una mosca.

Cada vez que escuchaba unos pasos desconocidos, se tensaba sobre las sábanas y se abrazaba las rodillas para reprimir un temblor que nunca se iba del todo; que parecía haber tomado posesión de su cuerpo para debilitarla cada día un poco más.

Cuando por fin las manecillas apuntaron una hora decente para ponerse en pie, Ayane se deslizó fuera de la cama, que no había deshecho por miedo a ponerse demasiado cómoda, y se metió en la ducha. Como llevaba un tiempo siendo costumbre, tuvo que cerrar los ojos y frotarse las zonas íntimas apretando los dientes.

Odiaba tocarse los pechos o entre las piernas. Le daba la impresión de que sus manos se convertían de pronto en todas esas otras que la habían estrujado, golpeado e incluso le hicieron sentir placer sin su consentimiento. Pero más le repugnaría no tratar de borrar su rastro, lo que además habría ido en contra de los principios a los que seguía aferrándose... Tal vez para nada.

Agachar la cabeza ante lo que le habían hecho a su cuerpo no entraba en sus planes. Una parte de ella, una que le recordaba al odio visceral que había visto llamear en los ojos de Oksana, seguía rebelándose contra la resignación ante su condición de víctima.

Al abrir el armario, le sorprendió toparse con una serie de prendas femeninas, algunas confeccionadas para despertar la lujuria masculina y otras mucho más sencillas, perfectas para vagar los domingos de maratón de *Friends*. La fantasía hogareña de perder un día entero viendo episodios repetidos de una comedia de situación atrajo una nube de nostalgia que la dejó de ánimo huraño.

Se decantó por una camiseta de algodón y unos pantalones largos, e iba a salir por la puerta

cuando reparó de nuevo en el cuaderno que ya había hojeado antes.

No debía ser importante si Black Russian no lo llevaba consigo a todas partes, o a lo mejor confiaba en que ninguno de sus esbirros sabría descifrar su alfabeto.

O en que nadie se atrevería a contrariarlo.

«¿Que no? Eso ya lo veremos», pensó Ayane.

Sin temer las consecuencias, arrancó una página al azar.

Quizá aprender ruso hasta hablarlo con fluidez quedase fuera de sus posibilidades, sobre todo teniendo la cabeza en cualquier parte menos en su sitio, el único lugar que favorecería la concentración, pero no iba a quedarse con la curiosidad de averiguar qué había escrito.

Sospechaba que a Vera no le importaría ayudarla.

Sintió algo de la familia de la ilusión de pensar en volver a encontrarse con la joven.

Aunque Singapore no había sido del todo desagradable con ella, no podía mirarlo con buenos ojos. No solo desempeñaba la peor de las labores en el sistema de trata, sino que había sido responsable directo de su secuestro.

Vera era diferente. Vera le había tendido la mano desde el primer día. Había sido la única persona que en los últimos meses se había dirigido a ella casi con ternura, recordándole que seguía siendo un ser humano y que por esa razón jamás dejaría de merecer una mínima amabilidad.

También tenía motivos mucho menos legítimos para iniciar una amistad con la prostituta. Parecía lo bastante confiada para revelarle los secretos de sus captores y hacerle recomendaciones de cara a las noches de sexo a las que tarde o temprano tendría que someterse.

Lo prioritario era, igual que siempre lo había sido, hallar un modo de sobrevivir. Si este pasaba por una manipulación conveniente, Ayane le daría la bienvenida sin remordimientos.

Apostaba por que la propia Vera lo entendería.

Acababa de meterse el papel en el bolsillo del pantalón de chándal cuando la puerta se abrió. Ayane se quedó helada en el sitio, y se acordó de todas las veces que había esperado sentada en el borde de la cama a que uno de sus clientes del día apareciera para cobrar sus servicios.

Retrocedió un paso con la ferviente determinación de no caer en ese círculo vicioso.

Solo Dios supo con qué cara recibió a Black Russian. Este había entrado sumido en sus pensamientos y, nada más localizarla, una premura alarmista le había instado a echarle un vistazo rápido de la cabeza a los pies. La conclusión fue favorable, porque asintió de manera casi imperceptible, como si su honorable intención hubiera sido confirmar que estaba en perfecto estado.

«¡Capullo!», quiso gritarle Ayane. «¡No tienes derecho a fingir que te preocupas!».

—¿Dónde has estado? —se le escapó, sin embargo, y con una voz aguda que no pudo sino deleznar. Ni siquiera sabía si quería reprocharle su ausencia o agradecerse la con ovaciones.

Se decantó por lo primero en el último segundo. No perdía de vista que podrían haberla asaltado aprovechando que él no estaba allí para impedirlo.

Black Russian pasó por su lado como si tal cosa, levantando una brisa con un rastro de olor a tabaco y fragancia invernal. Se dirigió al armario mientras desabrochaba los botones de la camisa, una confección de seda negra que brillaba como el pelaje de un caballo árabe. La tela caía sobre su piel como una sugerente caricia.

Aunque percibir la huella de su colonia en el aire la distrajo —¿por qué demonios se perfumaba? O, mejor dicho, ¿para quién?—, le realizó un examen tan exhaustivo que llegó a reparar en sus ojeras.

En tanto que buscaba algo limpio que ponerse, trató de mitigar la rigidez de su cuello y sus hombros presionando los puntos de tensión con la pericia de quien estaba acostumbrado a tratar sus propias dolencias.

«Ha estado despierto toda la noche», concluyó. «Probablemente haciendo maldades... Y, para colmo, oliendo muy bien».

—¿Por qué? —inquirió en tono desapasionado—. ¿Me esperabas para cenar?

Ayane apretó los puños.

Y pensar que habría matado por que fuera así de socarrón con ella no mucho tiempo atrás.

—Te esperaba para que fuera creíble que tenemos una relación, aunque sea la de amo y esclavo. A no ser que hayas contado por ahí que estás a favor del sexo matutino, lo normal es violar a tu chica en cuanto cae la noche —apostilló con crudeza.

—He visto que has cerrado con la llave —señaló Black Russian de espaldas a ella, sin inmutarse. Se quitó la camisa y la arrojó sobre el respaldo de la descalzadora, ofreciendo así una vista perfecta del tatuaje de la calavera que lloraba sangre. Ayane se sorprendió al ver que había tatuado una nueva lágrima en el rostro del cráneo: la tinta estaba sin curar. Él no se molestó en girarse para apaciguar la preocupación que la había estado trastornando—: Y aunque no lo hicieras, nadie se atreverá a entrar.

—¿Porque no hay nadie por encima de ti?

Black Russian se giró hacia ella con cansancio. Se puso la camisa con una serie de movimientos secos. Al deslizar los brazos por las mangas, Ayane oyó el rumor de la tela de algodón acariciando su piel. Por poco se estremeció.

—Hay mucha gente por encima de mí —contestó con desinterés, ajustándose los puños de la prenda sin apartar la vista de ella—, pero porque yo los he puesto ahí. Dudo bastante que tuvieran el valor de importunarte. Sí es cierto que sienten curiosidad hacia ti... —cabeceó con hastío, haciéndose cargo de los problemas que acarrearía—. Que no te extrañe si en la fiesta hacen cola para que les hagas caso.

—¿Fiesta?

—Esta noche se celebra una velada temática para amantes del BDSM. Es tu obligación estar allí. De lo contrario, sí que llamarás la atención. Y yo que tú me pondría algo más revelador que eso —agregó, señalando su atuendo.

Ayane se tiró del borde de la camiseta con un nudo en la garganta.

Si la fiesta se parecía remotamente a aquellas a las que solía asistir en San Francisco o que la habían entusiasmado en Fuego y Sangre, dudaba estar preparada para afrontarla. No solo requeriría su plena disposición a cumplir las fantasías de un cliente, habilidad que desarrolló en Bangkok pero de la que iba desapegándose conforme pasaba los días sin trabajar, sino también pasearse por la estancia con actitud coqueta y fingir hallarse encantada con el ambiente para atraer la atención de los invitados.

De solo pensar en ponerse «algo más revelador», se estremecía. Había pasado meses con tan solo la ropa interior, y la mayor parte del tiempo ni siquiera eso. Necesitaba esconderse debajo de las sábanas, cubrirse con todas las prendas que estuvieran a su alcance.

En teoría debería haberse hecho a la idea. Pero a lo bueno se acostumbraba uno mucho más rápido, y en los tres días que había pasado vestida y a salvo de los puteros, había reparado con pesar en lo mucho que había echado de menos decidir sobre su propio cuerpo.

No estaba dispuesta a renunciar tan rápido a ese privilegio recién adquirido.

Él tuvo que leerle el pensamiento, porque le lanzó una mirada cifrada mientras ajustaba el cuello de la camisa y dijo:

—No tienes por qué hacerle caso a ninguno de los tipos que se te acerquen. Puedes asistir a la fiesta en calidad de invitada.

—¿Porque estarás tú vigilándome todo el tiempo, acaso? —replicó en tono burlón, pero hasta ella fue consciente del pedido de auxilio que trastocó su voz.

—Yo tengo asuntos de los que ocuparme. —Sacó del cajón el perfume que seguía flotando en el aire, *Russian Leather*, y dispensó una discreta cantidad bajo su palma izquierda. Ayane inspiró sin darse cuenta—. No me equivoco dejándote a merced de tus decisiones, ¿verdad? —inquirió mientras se frotaba las muñecas con una lentitud hipnotizadora.

—¿Te importaría acaso que demostrara no estar a la altura de la situación?

Black Russian le sostuvo la mirada.

Para ser un hombre con tantos pecados que expiar, no le daba ningún miedo enfrentarse a una mujer que tenía toda la intención de avergonzarlo por sus crímenes; una mujer que por fin empezaba a aceptar lo lejos que él era capaz de llegar con tal de demostrar que carecía de corazón y principios.

—Me sorprendería —reconoció él. Cruzó por su lado echándose el pelo hacia atrás y agarró el bloc que Ayane había estado curioseando. Lo abrió por una página marcada con una doblez en la

esquina superior para realizar una consulta, pero algo debió ver que no le cuadró, porque se quedó varado con la mano en el pomo de la puerta. Primero la miró por encima del hombro, no tan sorprendido por su atrevimiento como porque hubiese sido tan obvia dejando sus huellas. Después se giró en redondo para acusarla con la libreta en alto—. ¿Dónde está la página que falta?

—¿Qué página?

—No me toques los cojones —la advirtió fríamente—. ¿Dónde está? ¿Es que no te han enseñado que no se tocan las cosas de los demás sin permiso?

A Ayane se le escapó una sonrisa amarga.

—A mí me lo han enseñado. ¿Te lo han enseñado a ti? —contraatacó en el mismo tono—. ¿Se lo han enseñado a tus amigos, los que se follan todas las noches a las víctimas del casino?

Black Russian cambió el peso de pierna, impaciente por una respuesta en la que insistió sacudiendo la mano que sujetaba el bloc.

—Dónde —repitió, ya sin inflexión interrogativa. Le devolvió la sonrisa un segundo después, una sonrisa enturbiada por una promesa de sangre—. Estás muy equivocada si piensas que conmigo no corres ningún peligro, *malyshka*. Si haces algo que no me guste, voy a convertirme en un hijo de puta tan cruel que me vas a echar de menos... Créeme.

Ayane se obligó a no dejarse amedrentar permaneciendo derecha ante él.

—Te la devolveré cuando sepa qué pone —le soltó con la barbilla alzada. Se puso la mano sobre el pecho y añadió—: Lo prometo.

Pensó que Black Russian interpretaría su sinceridad como una insolencia imperdonable y le demostraría allí y entonces cuán perverso podía llegar a ser. Pero fue un pensamiento vago, como se pensaba en la oficina qué plato prepararía para la cena o qué película vería en la cama antes de programar el despertador. No creyó ni por un instante que fuera a materializar su amenaza, un hecho tan sorprendente que olvidó mostrarse imperturbable y por un instante vaciló.

¿Acaso había sido sincera cuando el día anterior le aseguró que no le tenía miedo? ¿Cuál era el sentido de que no la aterrara un hombre que se había presentado como el *súmmum* de los defectos cristianos?

Al final no sabía qué había estado esperando, pero, definitivamente, no lo que sucedió a continuación. Black Russian cabeceó, como si encontrara justa su decisión, y se guardó la libreta en el bolsillo trasero del tejano para desaparecer sin decir nada más.

En cuanto la puerta se cerró, soltó todo el aire que había estado conteniendo. Se cubrió el pecho con la mano y frotó despacio, esperando suavizar la tensión acumulada entre los costados, los pulmones y el corazón aterido.

Ayane suspiró y rodeó la cama para meterse bajo las sábanas con la sensación de haberse enfrentado a un temible titán.

Desde luego, notó las consecuencias.

Se quedó dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada.

Singapore llamó a la puerta de su habitación bien entrada la noche, como un galante caballero preparado para guiar a su dama al salón de baile. Solo que la dama ya estaba tan curtida en los asuntos del corazón y la carne, sobre todo la carne, que lo recibió con una sonrisa cínica.

Se había vestido de acuerdo a las indicaciones de Black Russian, sirviéndose de los complementos del armario que había podido combinar.

Mientras se calzaba las botas de vinilo que se abrochaban por encima de la rodilla y alisaba las arrugas del vestido de cuero palabra de honor, se había preguntado si el ruso habría escogido personalmente las prendas basándose en sus propios gustos; en las figuras femeninas que más le gustaba admirar. Lo descartó de inmediato. No se imaginaba a Black Russian yendo de compras o pidiendo consejo a alguna de las chicas para sorprenderla con un guardarropa en un tierno gesto al más puro estilo *Pretty Woman*.

Eso por no mencionar que nada que tuviera que ver con él debía importarle en absoluto.

Como si Singapore hubiera sabido que Ayane no podría soportar ningún tipo de valoración sobre su aspecto, no se dignó ni a mirarla de arriba abajo.

Contra todo pronóstico, habían empezado a gustarle los hombres que no se recreaban en sus formas femeninas. Resultaba curioso cuanto menos que lo que había odiado de Black Russian, esa indiferencia natural hacia lo físico, se hubiese convertido en su refugio.

Ni con él ni con Singapore se sentía impelida a cubrirse.

Tuvo que recordarse que no podía mostrarse débil ante nadie para no sucumbir a la tentación de pegarse al costado del tailandés y rogarle que no se separara de ella en toda la noche.

—¿Cuál es el motivo de la fiesta? —preguntó cuando ya estaban en el ascensor.

El silencio de Singapore no le molestaba. Lo que le molestaba era que la contrapartida de un diálogo informal fuera escuchar sus inquietantes pensamientos y, debido a esto, tuviera que buscar desesperadamente un tema de conversación.

«Debilucha».

—Si le buscas el motivo a algo de lo que pasa aquí, no lo vas a encontrar —le respondió él, pulsando el botón que los conduciría a la planta baja. Se metió las manos en los bolsillos del vaquero. Nunca lucía nada distinto. Siempre un vaquero azul. Siempre una camiseta de algodón con el escote dado de sí y desvaída por los lavados—. Han venido unos cuantos personajes interesantes, eso sí lo sé. Y con «interesantes» habría que entender «podridos de dinero». Están vinculados con la junta de accionistas del casino.

—¿Toda la gente que viene aquí a jugar sabe que es un antro de prostitución?

—Los clientes no tienen ni idea. Es un servicio reservado a los peces gordos que suelen visitar el establecimiento de forma periódica y a los que invierten dinero en las instalaciones. Son los únicos que tienen acceso a la octava planta, donde ya sabes quiénes duermen.

—Nosotras. Dormimos nosotras—murmuró. Él asintió—. ¿Significa que somos las mujeres más importantes del casino?

—Las más caras.

Ayane esbozó una sonrisa triste y se distrajo arreglándose el bajo del vestido.

—Sí, tendría que haberte preguntado por el valor monetario y no por el valor humano. Está claro que, si fuéramos importantes, estaría cada una en su casa —masculló en un tono familiar con el sarcasmo.

—Lo siento.

Aunque sonó a muletilla repetida hasta la saciedad y su voz estaba atravesada por un cansancio existencial que ni siquiera ella había experimentado jamás, Ayane supo que lo decía de corazón.

No contestó. No había forma de responder a una disculpa que no servía de nada y que ni siquiera refería al secuestro, sino a lo que había venido después y de lo que él no era directamente responsable.

—¿Nunca ha venido la policía?

La campanita del ascensor anunció que ya estaban en su destino. Antes de que las puertas se abrieran, Singapore le lanzó una mirada significativa que rayaba en la socarronería.

Pero era una socarronería corrompida por la amargura.

—El comisario de Shanghái viene todos los sábados a ver a Sun Hee, y el cabecilla de la PAP, una fuerza policial paramilitar, se suicidó después de que su mujer descubriera que había estado a punto de fugarse con Daiyu, otra de las chicas. A Dai no la has conocido porque se la llevaron de vuelta a Bangkok, pero espero que esto haya contestado a tu pregunta.

—¿A punto de fugarse? —repitió, perpleja—. Si el tipo la quería tanto como para dejarlo todo por ella, ¿por qué no denunció que estaba siendo retenida en contra de su voluntad? ¿Por qué no la... rescató de su destino, por asquerosamente idílico que suene?

—Porque en el momento en el que un hombre acepta que su prostituta de lujo trabaja por necesidad y no por gusto, está a dos pasos de descubrir que dicha prostituta de lujo se lo trabaja a él por necesidad y no por gusto. Ya te habrás dado cuenta de que en este oficio cada uno se engaña con la mentira que más le gusta. —La invitó a salir del ascensor con un ademán que a Ayane no le costó imaginar replicando en una cita romántica.

—Las chicas han mencionado que sales con mujeres —se le ocurrió señalar, inspirada por su

innata galantería—. ¿Cómo puedes tener estómago para el sexo después de lo que ves a diario? ¿Todavía el vicio y la perversión no han corrompido tus concepciones sobre el amor?

Él hizo una mueca en la que pensaría a menudo a partir de ese día.

Nunca la descifraría.

—Si puedo fingir que no me importa secuestrar a las mujeres, puedo fingir que las quiero. Lo segundo al menos me reporta cierta satisfacción, y nunca me ha parecido tan sórdido.

A Ayane le habría gustado seguir indagando, pero una duda aún más acuciante pugnaba por interrumpir la conversación.

—¿Siempre respondes a todas las preguntas que te hacemos? Las prostitutas, me refiero.

Lo vio sonreír de lado mientras la conducía por el pasillo hacia el salón principal.

—Supongo que te extraña mi disposición a hablar porque vienes de la suite de Black Russian, un tipo que no es famoso por su palique —señaló con la risa en la voz. Paró a las puertas del casino propiamente dicho—. Sí, suelo responder a todas las preguntas que me hacen.

—¿Incluso a las que piden información para averiguar cómo escapar?

—Ajá —le confirmó. Una emoción apasionada se apoderó de su semblante—. Pero en ese caso nunca digo la verdad. Aquí, lo único que puede matarte si eres una mujer atractiva, es la desobediencia y un exceso de información. Evito convertirme en el verdugo sirviéndome de mentiras piadosas.

—¿Y cuál es la forma de sobrevivir?

—No la hay. Creo que, llegados este punto, estamos todos muertos.

Acto seguido, empujó la puerta y la invitó a pasar primero. Le costó sentir las piernas después de su sencilla conclusión, no se dijera utilizarlas para cruzar el umbral. Pero justamente el afán de supervivencia la convenció de seguir adelante.

Sabía que Singapore caminaba detrás de ella, y no tanto por escoltarla como para vigilarla. «Porque, aunque hable contigo y no te haya pegado, no es tu amigo», se tuvo que decir. «Sigue siendo el tío que te sigue a todas partes para cerciorarse de que no huyes».

—Has dicho que cada uno se engaña con la mentira que más le gusta. ¿Con cuál te engañas tú? —le preguntó en voz alta, paseando la mirada por los rostros de los asistentes. Finalizó su vistazo valorativo en el gesto resignado de Singapore, que había escondido las manos en los bolsillos.

Casi siempre las llevaba ahí metidas, como si de este modo pudiese evitar la tentación de apretar el gatillo.

—Con que no me queda otro remedio que participar en esto.

—Esa es una muy buena mentira —murmuró para sí misma, luchando contra el rechazo que sintió hacia él y su respuesta... y contra la inexplicable compasión que la embargó.

Ayane se preguntó cómo estaría llevando ella la misión si, en lugar de destinarla a Tailandia

como participante de Fuego y Sangre, el FBI la hubiera mandado a Shanghái como madama del burdel secreto de un casino. No quería ni figurarse en qué estado habría quedado su alma si sus obligaciones pasaran por atar en corto a las mujeres secuestradas.

Incluso sabiendo de qué lado estaba, los remordimientos habrían acabado con ella.

Una mano delicada se alzó entre el gentío para captar su atención. Agradeció que Vera los atrajera con señas hacia la zona de *chill out* donde se había puesto cómoda.

Cuanto más pudiera posponer el momento de relacionarse con los clientes, mejor.

Habían bajado la intensidad de las luces para conseguir un ambiente íntimo que tiñera el mobiliario y los rostros hambrientos de naranja atardecer y rojo neón. Solo se habían habilitado un par de mesas para jugar al póquer, porque, esa noche, lo importante no eran las cartas. En el escenario central, las bailarinas de *pole dance* se habían retirado para abrir paso a dos dominatrices: una de ellas, pelirroja, portaba un látigo, y con él dispensaba un duro castigo a la rubia que habían atado a la barra de metal como si de una sacrificada Juana de Arco se tratara.

—¡Estás guapísima! —exclamó Vera en cuanto Ayane se sentó a su lado.

El cumplido sonó tan sincero y natural que se preguntó si no acababa de salir de la peluquería para ir al encuentro de una amiga en una cafetería de moda. Que la rusa le apretara el hombro en señal afectuosa no la ayudó a alejar la fantasía, en la que se decidió a refugiarse un rato más sonriéndole con camaradería.

—Tú sí que estás guapa. ¿Andas sola por elección?

Vera puso los ojos en blanco.

—Aún no estoy lo bastante borracha para reírle los chistes malos a un hombre que ha olvidado lavarse los dientes. Ni para fingir que me gusta que me metan mano en público. Algunos días lo llevo muy bien, ¿eh? Pero hay otros que me cuesta empezar —confesó con la mirada perdida en el fondo de la copa que sujetaba.

Le dio un sorbo rápido y se la ofreció a Ayane para que hiciera lo mismo.

—Mejor —atajó Ayane después de recuperarse del ardor que el alcohol le había dejado en la garganta. Por supuesto, Vera bebía vodka a palo seco—, porque quería hacerte una consulta.

—¿Ah, sí? —La jovenladeó todo el cuerpo hacia ella, embutido en un precioso vestido de satén azul índigo, y se enderezó para escucharla con atención—. ¿De qué se trata?

—¿Sabes qué pone aquí?

Vera enarcó una ceja hacia el discreto movimiento que Ayane hizo con la mano para acercarle el papel doblado. Primero la miró a los ojos, como si quisiera cerciorarse antes de que no estaban incurriendo en un delito, y luego lo desenvolvió con la solemnidad que la actividad parecía requerir.

—Vaya letra —bufó, contrariada—. ¿Es que aprendió a escribir ayer?

—No me extrañaría. Ha estado ocupado asistiendo a la escuela de cómo ser un cabrón.

Vera le rio la gracia entre dientes, pero no apartó la vista del papel.

—No se ve muy bien —se lamentó con un suspiro—. De todos modos, no es nada de interés. Son solo nombres y direcciones, y algunos símbolos que no tienen nada que ver con el alfabeto cirílico.

—¿Qué tipo de nombres? ¿De personas famosas? —insistió. No iba a darse por vencida tan rápido—. ¿Alguien que te pueda sonar de trabajar en el casino?

—Qué va, aunque no es como si aquí usaran sus nombres y apellidos. Veo un... Hinata Yamamoto, de la ciudad de Sapporo; un Anatoly Fedorov, de Kazán; un Donald Robinson, de Texas; un Agus... —Se mordió el labio, indecisa sobre la pronunciación. La sacó adelante con timidez—. ¿Agustín Ba... Ballesteros? De Palma de Mallorca —especificó con dificultad—. Hay otros nombres tailandeses, hispanos, africanos... Los hispanos son en su mayoría mexicanos y colombianos, por lo que delatan sus domicilios, y los africanos, según la dirección, están en Johannesburgo y Ciudad del Cabo. —La joven enarcó una ceja en su dirección—. ¿Por qué lo quieres saber? ¿No te parece peligroso meterte en los asuntos de alguien como Black Russian? No te conozco mucho, pero me da la impresión de que te interesa más como sujeto de estudio que como amante.

—¿Por qué me iba a interesar como amante? —replicó a la defensiva, aunque no contra Vera, sino contra el vuelco que le dio el corazón al oírla—. ¿Qué clase de persona sería si quisiera complacer no ya a un putero de mierda, sino a mi jodido proxeneta?

Vera cambió de postura en el asiento para mirarla digiriendo su sorpresa.

—Black Russian no es un proxeneta. Es decir —se corrigió al ver el gesto burlón de Ayane—, reconozco que el simple hecho de que pulule por aquí y nos vea sufrir a todas sin hacer nada para remediarlo es bastante indicativo de qué tipo de valores le mueven, pero...

—¿Te parece poca razón para odiarlo? —interrumpió con vehemencia.

—No, no. Lo único que digo es que no es el responsable de que estemos aquí, Hayami. No en mi caso, no en el de Sun Hee, no en el de Jing, y tampoco en el de las putas de estratos inferiores que vienen por el casino de vez en cuando. Como hoy. —Abarcó el salón atestado de invitados con un aspaviento—. Hasta donde sé, no trabaja para la trata como sí lo hace Singapore, por ejemplo. Por lo que he podido ver, Black Russian es, más bien, una especie de empleado al margen al que recurren cuando las cosas se salen de madre.

—¿A qué te refieres con «cuando las cosas se salen de madre»? ¿A cuando alguna puta intenta escaparse o se queja de que le han dado una paliza? ¿Entonces entra él, el vengador definitivo, y la mete en vereda disparándole en la cabeza? ¡Qué simpático! ¿Lo postulamos para el Nobel de la Paz?

Se obligó a sellar los labios al terminar su recriminación, consciente de que le temblaría la voz

si seguía fingiendo que no la aterraba la situación. Tenía muy presente el modo en el que el jugador de la timba había puesto fin a la vida de una pobre muchacha, y ¿para qué? ¿Tan poco valían las mujeres allí? ¿Tan poco valían las mujeres en todas partes?

Lamentó haberse dejado arrastrar por sus emociones al ver que Vera la miraba con tristeza.

—En todo el tiempo que llevo aquí, tu hombre no se ha dirigido a una prostituta para darle una orden ni una sola vez. Que nos ignore no le convierte en el hombre del año, claro que no, pero ¿no es preferible? ¿Por qué crees que, incluso si le temen, todas le tienen en alta consideración e incluso fantasean con él? Nos da una tranquilidad que no ejerza su violencia contra nosotras que...

—También tenéis en alta consideración a Singapore —la cortó—, o eso me pareció al veros jugando al billar el otro día, y ese es el hijo de puta que me ha estado arrastrando de un lado para otro como una mula de carga.

Vera negó con la cabeza en desacuerdo.

—No puedes culpar a nadie de aferrarse a un clavo ardiendo, Hayami. —Aunque sonó reprobadora, sobre todo detectó su resignación—. En un mundo de ciegos, el tuerto es el rey. Y Singapore se preocupa sinceramente por mí, por Sun Hee, por todas. Es un rayo de esperanza entre tanta oscuridad. Deberías preguntarle por su historia. Te sorprendería.

Ayane no se atrevió a replicar esta vez. Ella misma había experimentado sentimientos contradictorios hacia el tailandés. Lo percibió como un hombre débil a primera vista, y lo había ido confirmando con el paso del tiempo, solo que no de la forma en que le habría gustado. No era vulnerable en el sentido de manipulable o de enclenque al que le temblara el pulso cuando debía ejecutar una orden, sino de sensible a las desgracias ajenas. Era el único de la banda de Kamon que se había molestado en preguntarle si tenía hambre, si había descansado, si necesitaba condones aparte de tomar las pastillas anticonceptivas que le proporcionó en cuanto ella empezó a notar los efectos adversos de haberlas dejado de golpe; si quería que la viera un médico después de una paliza sexual. Y no solo se ocupaba de las cuestiones prácticas. También formaba parte de la diversión si se le invitaba y se prestaba a la conversación.

—No sé de qué me sorprende —retomó Vera con una sonrisa divertida, mirándola de soslayo—. Debería haber imaginado que Black Russian no te sentaría en una silla para explicarte con amor y paciencia que no es tan malo como tú crees.

—Está claro que se enorgullece de ser un cabrón —masculló por lo bajini.

—No creo que se enorgullezca. Creo que simplemente le importa todo una mierda. Y, si te soy sincera, lo entiendo. —Su serenidad desapareció cuando la nube de triste conformismo le pasó por encima—. Cuando llevas aquí el tiempo suficiente, te conviertes en un animal. Hay que tener mucho valor y una fuerza desmedida para pelear día tras día contra la dulce tentación de rendirte ante tu destino. Aquí nadie es tan valiente, ¿sabes? Y, al que lo es, le arrancan las agallas

con tenazas ardiendo. El corazón también, si se atreve a mostrarlo.

Ayane la miró directamente a los ojos de una vez por todas.

Se había fijado en ella de lejos, cuando entró en el salón recreativo, pero nunca se atrevía a mirar más de la cuenta a las víctimas de la trata. No porque se avergonzara de ellas. Se avergonzaba de sí misma, más bien. De ese ingenuo instante de ambición que tuvo lugar durante su propio secuestro en el que pensó de veras que podría dejarse arrastrar a los infiernos y vivir para contarlo. Apostaba por que, para escapar de la fatalidad, Vera, Oksana, Birgit, Jing y las demás no habrían dudado en echar mano de las herramientas de defensa personal de las que Ayane sí disponía.

Ninguna de las citadas podía saber por qué ella estaba allí, y, al final, daba igual el modo en que hubieran llegado porque todas habían padecido lo mismo. Pero Ayane no se atrevía a contemplarse como una víctima honrada porque no lo era. No creía tener derecho a sufrir o compadecerse de sí misma.

Y, aun así, ¿quién daba más pena? Porque miraba ahora a Vera, uno de tantos luminosos rostros de la juventud, sus ojos rebosantes de vida, su disposición a abrazar y consolar a las nuevas como seguramente le habría gustado que la abrazaran y consolaran a ella, y le parecía no ya valiente, sino una heroína.

Era preciosa. La mayoría lo eran. Esa había sido su cruz, o eso trataban de hacerles pensar, porque la belleza no era la condición impuesta para el secuestro o la vejación. Era el género.

Todas deberían haber tenido la oportunidad de estudiar en la universidad, de trabajar en un empleo a través del que realizarse profesionalmente, de conocer a un hombre que las mirara a la cara y un acceso de amor desesperado le impidiera respirar; de formar una familia o abrazar una agradable soledad, de vivir en el apartamento más caro del centro de la ciudad por el gusto de sentirse parte de algo grande o de mudarse al campo para encontrarse a sí mismas, de perseguir a un exnovio y humillarse ante él o de ser las que tuvieran la sartén por el mango; de establecer la inocente rutina de salir cada mañana a por un café para llevar y acabar sucumbiendo al gusto culpable de pedirlo con un trozo de tarta de manzana.

La oportunidad de vivir y más tarde envejecer con la dignidad intacta.

—Siento muchísimo que te haya pasado esto —reconoció Ayane en voz baja. Aunque había empezado a huir del contacto físico que no le quedaba otro remedio que tolerar, la cogió de la mano y se la apretó—. Ojalá alguien te saque de aquí algún día.

Vera se rio con una mezcla de ternura e incredulidad.

—Ojalá alguien *nos* saque, ¿no? —corrigió.

Ayane tragó saliva. Se le pasó por la cabeza que ella podría ser igual de víctima que las demás y que, a diferencia de lo que llevaba meses repitiéndose, no podría haber hecho nada para ponerse a salvo: con independencia de si se hubiera dejado o hubiese opuesto resistencia,

Clericot, Singapore y el tercer esbirro la habrían arrancado brutalmente de su vida.

«Hasta que por fin lo pillas», se burló la voz interior. «No estás aquí porque lo eligieras para continuar la misión, cielo. Eso te lo dijiste para creer que tenías el control. Estás aquí porque te secuestraron».

Sacudió la cabeza, negándose a aceptar que era tan vulnerable como cualquier otra.

En un arrebato inspirado por la ternura y la desesperación de demostrarse que aún tenía algún poder, Ayane se llevó las manos al cuello. Se quitó el collar, regalo de la señora Mystery, y se lo colgó a la joven.

—Es una turmalina negra, una piedra que se supone que nos protege. Limpia y transforma las energías. Por lo que me contaron y luego leí, se utiliza en sanaciones espirituales para, sobre todo, regenerar dolencias físicas y desequilibrios psicológicos. Cabría pensar que no ha servido para nada —cabeceó, reconociendo la ironía encerrada—, porque fue ponérmelo y que los problemas empezaran a llegar en parejas. Pero las predicciones que hizo la tarotista que me la entregó para ponerme a salvo se están cumpliendo. Me gusta pensar que, como en este mundillo siempre se puede sufrir más, la piedra me ha protegido de un destino aún peor. Si el colgante me lo ha evitado... —encogió un hombro con humildad—, mejor que lo lleves tú.

—¿Estás segura? —musitó Vera, conmovida. Rodeó la piedra con la mano—. He oído lo de las turmalinas, y la verdad es que creo en estas cosas. Más por afición que con fe ciega, lo reconozco, pero lo que nos ayude a sobrellevar el día, ¿no?

Ayane asintió sin otro remedio y le sonrió.

—Me han dicho que cada uno se engaña con la mentira que más le gusta.

Vera le devolvió el gesto con los ojos brillantes.

—Exacto. Gracias. —Y la rodeó con los brazos para estrecharla contra su cuerpo, un arrebato de humanidad tan natural que Ayane no pudo rechazarla.

No supo cuánto duró el contacto. No lo suficiente, porque para cuando la rusa recuperó su lugar con la mirada vidriosa, ella se lamentó internamente por el carácter efímero de las cosas bellas.

Se quedaron en silencio con los dedos entrelazados, ambas contemplando pensativas las escenas de degradación que tenían lugar ante sus ojos. Solo el reloj fue consciente del tiempo transcurrido en esa posición de rebeldía, la de dos mujeres unidas contra la obligación de regalarle a los demás.

No le habría importado pasar el resto de la noche pegada al hombro de Vera, interrogándola sobre esa infancia que aún recordaba con cariño e incluso haciéndole confesiones que no había podido verbalizar ni siquiera ante sus presuntas amistades de Washington.

—Necesito que me des el papel, por cierto —interrumpió con una sonrisa de disculpa—. Le he prometido a Black Russian que se lo iba a devolver.

La boca de Vera formó una «o» perfecta antes de mostrar los dientes con una carcajada.

—¡Pensaba que se la habías robado! —Se la tendió de buena gana. Acompañó el gesto de un vistazo elocuente—. Está claro que el tipo no se va a justificar ante ti, pero que te permita husmear entre sus pertenencias teniendo la sospecha de que podrías averiguar algo sobre él dice bastante. Quiere que le conozcas, idiota —explicó al ver que Ayane se mostraba reacia a sacar una conclusión. Le propinó un amistoso golpe en el hombro.

—Y una mierda. Me ha dejado coger el papel porque no hay nada que sacar de ahí, ¿o no lo has visto? Solo nombres y direcciones que ni siquiera son de China.

—Bueno, mejor, ¿no? Dudo que te hubieran permitido echarle a la calle a averiguar quiénes son los tipos. —Apuntó al papel con un gesto de barbilla.

—Supongo que sí. Mejor no darme esperanzas de ningún tipo —musitó Ayane para sí misma.

Pero Vera la estaba observando con esa curiosidad que nunca ofendía, porque no nacía del afán de chismorreos, sino del genuino interés. Era una chica demasiado lista para lo que le convenía, y lo demostró tirando de un hilo que ella ni siquiera había dejado suelto aposta.

—Pero te las ha dado, ¿verdad? Las suficientes para confiar en él —dedujo—. No le tienes miedo. Lo noto.

Ayane se aferró a la pose indiferente poniendo los ojos en blanco.

—Eso no significa que le adore con toda mi alma.

—En nuestra situación es mejor desear al amante que quererlo con locura. Quererlo sería el mayor de los problemas. Desearlo, en cambio, hace llevadera la relación. No está de más.

Ayane ni siquiera se planteó negarlo. No tendría ninguna credibilidad.

Una de las razones por las que no había logrado conciliar el sueño tras el episodio en el despacho era que, por más que se había esforzado por deleznar lo sucedido, no había conseguido sentir nada distinto de una adictiva comezón. No podía compararse con la pasión arrebatada que le había nublado el juicio en Tailandia, pero por primera vez en meses se había asomado a ese abismo tan misterioso y maravilloso en su imperfección que era el deseo. Tanto así que llegó a creer que había dado un paso hacia la liberación de todos los miedos traídos de Bangkok.

O quizá solo hubiese estado demasiado borracha para pensar con claridad.

O quizá el simple hecho de hallarse en China, en un nuevo escenario y rodeada de personas distintas, la hubiera empujado a creer que ya no era la Ayane de Tailandia.

Lo que no quería decir, sin embargo, que fuera la Ayane de siempre.

—Me niego a que la relación se me haga llevadera —sentenció con la mirada clavada al frente—. Prefiero sufrir como una hija de puta a sentir la más mínima emoción positiva hacia él.

—Todas tomamos esa decisión al principio. Luego no te queda otra que sacrificar tus principios. Pero no lo digo para desanimarte —aclaró con una mano alzada—. Si consigues mantenerte en tus trece, seré la primera en admirarte. Solo ten presente que carece de sentido

amargarte el corazón para defender un sentido de la moral que en este sitio no aplica. O no debe aplicar —añadió por lo bajo.

Ayane fue a defender la importancia de mantener la cabeza alta y el orgullo intacto, pero la voz de un hombre las sacó de la conversación.

Se trataba de un caballero trajeado y bien surtido de champán. Se había inclinado hacia ellas, metiendo la cabeza entre las dos desde la parte trasera del sofá, para contemplarlas alternativamente.

—Dicen que no hay dos glorias juntas, pero me van a tener que permitir dudar —dijo con un marcado acento británico. Dio un sorbo a la copa y le sonrió a Vera nada más degustarla—. ¿Sería posible que me dejara a solas con la señorita? No he podido dejar de mirarla desde que ha entrado.

La iluminación favorecía a los poco agraciados permitiéndoles refugiar sus rasgos en la cálida y sugerente luz roja, pero a los que eran atractivos les confería ese toque enigmático rayano en lo morboso al que Ayane no se habría resistido tiempo atrás.

Aunque nada más escucharlo hablar había notado el acceso de náuseas que precedía al hecho de quedarse a solas con un hombre, tuvo que reconocer que no era el tipo más desagradable con el que había tropezado.

Por desgracia, y si bien Jing y Sun Hee odiaban a los clientes que rondaban los setenta, para Ayane había algo peor que un anciano, y eso era un presunto *gentleman*.

Sobre todo si era guapo.

En su experiencia, estos despreciables sujetos se presentaban como abanderados de la cortesía victoriana, prometiendo la noche de su vida, y acababan escudándose en que no eran tan nauseabundos para pagar menos de la cuenta por la clase de servicio que las dejaba malheridas y con ganas de llorar.

Vera y ella intercambiaron una mirada cómplice.

La de la rusa hablaba por sí sola.

«¿Quieres que me vaya?», preguntaba.

Ayane respondía a su duda con una mueca resignada: «¿Acaso es una decisión posible?», pretendía transmitir. «Si no te vas tú, ya se encargarán de largarte».

Y entonces pensó en lo que Black Russian le había advertido en la habitación: podía negarse si un hombre quería pasar la noche con ella. Era, sin duda, un alivio. Pero aferrándose a su corrupto permiso para no obrar por su cuenta estaría curando la herida con más veneno.

Estaba a salvo de los puteros a costa de quedar a merced del ruso, sí, pero el ruso no era mejor que ninguno. Probablemente fuera incluso peor.

Guiada por la necesidad de demostrarse que no requería protección, la suya menos que la de ninguno, se giró hacia el inglés con una sonrisa impostada. Le tendió la mano, a sabiendas de que

le encantaría el juego de rol de dama y caballero. Este la tomó encantado y depositó un tierno beso en sus nudillos sin dejar de mirarla con intensidad.

Tenía las patillas canosas y líneas de expresión en los ojos. Habría cumplido los cuarenta y cinco, a lo mejor los cincuenta.

Siempre le habían gustado los hombres mayores que ella. También le gustaban los hombres con acento. Y los hombres con traje. Y los hombres que la mimaban los segundos previos a la clase de noche violenta y salvaje que la hacía cuestionarse si acaso era una mujer y no un animal.

Se suponía que eso había cambiado, que ya no le gustaba ningún tipo de hombre a excepción del que renunciaba a su fuerza y a su virilidad, pero Ayane rehusaba aceptarlo.

Sobre todo después de haber sentido las mariposas la tarde anterior.

No podía deberse a que se tratara de Black Russian. Si había experimentado una emoción sana y capaz de salvarla de sí misma, tenía que ser porque aún podía desear un encuentro sexual.

—Si demuestra saber cómo comportarse con una joven, le acompañaré toda la noche —se oyó decir, sumida en una especie de trance nervioso.

Aunque no era buena señal que le sudaran las manos, se dijo que sería un síntoma soportable si al final de la fiesta podía decir que había vuelto al ruedo.

El tipo cabeceó galantemente hacia ella, haciéndole en silencio la promesa que quería oír.

Ayane le guiñó un ojo a Vera, que sin embargo parecía intranquila, y rodeó el sofá sin soltar la mano del inglés para acompañarlo a donde quisiera llevarla.

A la cumbre del placer, con una chispa de suerte.

Capítulo 8

—¿Tienes algún límite? —fue lo primero que le preguntó quien se presentó como George en cuanto hubieron dado el primer paseo por el perímetro del casino.

A petición suya, se habían detenido a los pies del escenario ahora vacío.

A Ayane le habría encantado negar con la cabeza, pero sabía que no sería prudente tensar la cuerda más de la cuenta ofreciéndole un repertorio de prácticas que no se imaginaba bordando.

—Esta noche me gustaría que los dos estuviéramos de acuerdo en lo que queremos hacer —respondió con ambigüedad—. Y no me apetecería ni una humillación física o verbal, ni golpes.

—Tampoco era lo que tenía en mente. ¿Te supondría un problema que hubiera voyeristas a nuestro alrededor? —continuó planteando—. Me complacería exhibirte en el escenario.

Y a ella le habría complacido en cualquier otra circunstancia.

¿Por qué negarse? Como seguro que no disfrutaría entre sus brazos sería negándose a juegos que siempre le habían encantado.

—Y a mí me complacería que lo hicieras —respondió con un guiño cómplice.

Le gustó la sonrisa que George le dedicó. No era perturbadora, como esas que había visto pintadas en las bocas de algunos clientes demasiado ansiosos por tocarla como para disimular. Tampoco macabra, como la de los adeptos de la violencia extrema. Fue una sonrisa simple y llana que podría haberla inclinado a pensar que estaba ante un buen hombre.

«Un buen hombre que frecuenta la prostitución», le recordó la voz interior.

A veces Ayane no sabía si esta estaba de su parte o si pretendía verla caer.

—No quiero ser indiscreto ni arruinar el momento —oyó que decía George, ajeno a sus cavilaciones—, pero ¿cuál es tu precio, Hayami?

Ayane lo miró a los ojos y se reafirmó en que le gustaba lo que veía. Pero para el que era su propósito, poco habría importado si se le hubiese antojado grotesco. Esperaba demostrarse que podía disfrutar en brazos de un hombre otra vez, un hombre que no fuera el ruso, y para ello le pareció menester darle su beneplácito a todos los niveles.

—No voy a cobrarte. Espero que eso no sea un problema —apostilló a sabiendas de que a algunos hombres, los que tenían tendencias sumisas, preferían que sus amantes les sacaran los cuartos.

George resultó no ser uno de ellos. Asintió, emulando una suerte de reverencia agradecida, y acto seguido le tendió la mano para invitarla a subir las escaleras hasta el escenario.

Ayane fue terriblemente consciente del efecto que su entrada tuvo en la concentración de

gente. Las conversaciones se fueron atenuando y los rostros se alzaron en su dirección, primero con curiosidad sana, y luego con el morbo que solía acompañar a la promesa de un espectáculo. Sintió el impulso de volver a bajar las escaleras, o, como mínimo, de abrazarse los hombros que el vestido de cuero dejaba a la vista, pero lo resistió por mera terquedad.

En su lugar buscó refugio en los ojos azules de George, que inició la sesión dándole una sencilla orden.

—Quítate la ropa.

Ayane sabía que, en algunas esferas del BDSM, el simple hecho de desnudarse en público constituía una forma de dominación por parte del amo y, por tanto, un acto humillante para el sumiso.

Para ella nunca había sido así. Jamás le había temido a la revelación de su cuerpo.

Pero esta vez vaciló, y ni siquiera sintió la tentación de llevarse las manos a la cremallera.

La orden de George se extinguió en el aire, levantando la expectación entre el público. Ella lanzó una mirada desamparada a sus cabezas. No podía verles las caras por culpa de la precaria iluminación, pero pensó que lo que iba a suceder le habría resultado menos desagradable si al menos hubiese reconocido unos rasgos que le recordaran que sus voyeristas eran humanos. Mortales. Insignificantes.

O tal vez se equivocaba, y al ser cómplice de su deseo, como era cómplice del que George llevaba con elegancia, el asco la hubiera doblado por la mitad.

En ese momento no sabía si estaba subestimando su habilidad para sobreponerse a la adversidad o si, por el contrario, debía aceptar sus nuevas debilidades.

—Quítatela —repitió George, más despacio.

Ayane tragó saliva y guio las manos a la espalda, cohibida. Se dijo que ella sola se lo había buscado y que ahora debía llegar hasta el final de la sesión con todas sus consecuencias.

Era el mismo argumento que llevaba sosteniendo desde que la violaron por primera vez.

«Te dejaste atrapar para conseguir información. E incluso si no lo escogiste, no opusiste resistencia. Y aunque la hubieses opuesto, bien que te divertiste en Fuego y Sangre. Ahora disfruta de los efectos colaterales de tus decisiones».

Se desnudó con los ojos cerrados. La embargó una incomprensible sensación de vértigo. No estaba en el borde del escenario. Estaba de pie junto a la barra de *pole dance*, ahora sin prendas que ocultaran un bochorno que no habría sabido esconder de los voyeristas ni siquiera enterrándose viva. Volvía a ser una mujer con tan solo unas bragas y unas botas con tacón, la fantasía de un amante sadomasoquista.

Su más reciente y peor pesadilla.

George la rodeó por detrás para no taparle las vistas a los presentes. La cogió por las muñecas

y se las llevó a la espalda para esposarla a la barra.

Habría reconocido el tacto frío del metal en cualquier parte. Había jugado muchas veces con unas porque siempre le había divertido el rol de policía y ladrón. Sin ir muy lejos, tenía unas esposas en la mesilla de noche, escondidas bajo la lencería que utilizaba para días especiales... y para los días que solo quería sentirse sexy, que podían presentarse de pronto un lunes laboral o un domingo de tedio existencial.

Jace había sugerido sustituirlas por unas de plástico o recubiertas de un material mullido al ver en qué estado quedaban sus muñecas después de usarlas para castigarla, pero Ayane se negó alegando que eso acabaría con la magia del BDSM.

Lo importante era el dolor, y a ella en particular solía fascinarle que quedara constancia.

Presionó más los párpados, tratando de eliminar así el clic de las esposas y los murmullos de los asistentes. También para alejar el recuerdo de Jace, que se había convertido en una recurrente forma de tortura de la masoquista que vivía dentro de ella.

Sabía de sobra cuál era la respuesta, pero aun así se preguntó cómo habría reaccionado su marido al verla allí de pie, desamparada y a duras penas controlando las náuseas. ¿La habría querido igual? Seguramente no. Jace siempre había pensado en su esposa como una mujer fuerte y terca, una mujer perfecta a pesar de su vanidad y su ambición.

Para Jace, Ayane no podía cometer errores.

Quizá tampoco pudiera ser victimizada.

Quiso aferrarse a eso para tener la falsa convicción de que aún era dueña de su dignidad.

George le separó las piernas y le puso una mano entre los omoplatos para instarla a agacharse. Ella empezó a salivar de forma compulsiva, tan nerviosa que podría haber vomitado.

¿La iba a penetrar con algún objeto frío e impersonal? O peor, ¿la iba a penetrar él mismo? Una dominatriz con la imaginación que tenía Ayane debería haber propuesto un sinnúmero de alternativas, pero el horror le había dejado la mente en blanco.

Ni siquiera se dio cuenta de que un tercer involucrado subía al escenario para tenderle a George lo necesario para continuar la sesión: un antifaz que enseguida le puso para privarla de la vista y unos tapones para los oídos gracias a los que perdió un setenta por ciento de la audición.

«¿Gracias a... o por culpa de?», planteó la voz interior, demostrando que no, esa noche tampoco estaba de parte de su supervivencia.

Ayane se tensó.

Ni ojos, ni oídos, ni manos. Estaba a la merced total y absoluta de George, un hombre que no conocía y que habría pagado dinero para cerciorarse de que no se negaba a que le hiciera lo que se le antojase. ¿Cómo podría ver ahora si sucedía algo que no le gustaba? Si le habían puesto tapones, era porque no iba a recibir órdenes. Tampoco le iban a preguntar, como era menester en

el mundillo sadomasoquista, qué le parecía lo que le estaba haciendo. Se limitaría a actuar dando por sentado que ya le había otorgado su pleno consentimiento.

Entonces se le ocurrió pensar que aquello iba en contra de lo que se entendía por BDSM. Un putero y la mujer que le prestaba el servicio no podrían entablar jamás una relación de aquellas características, porque sin una entrega total y absoluta además de deseada por parte de la sumisa, era violencia simple y llana: lo que habían estado ejerciendo contra ella desde el primer día, y sin necesidad de usar a menudo látigos y fustas.

Tan pronto como sintió la caricia de George en las nalgas, la presión que había estado notando en el pecho se intensificó, suspendiéndole la respiración. Empezó a hiperventilar. Se mareó y estuvo convencida de que se desmayaría si no recuperaba el dominio de sí misma. Quiso pasarse una mano por la frente para secar el sudor que le caía sobre los ojos, pero recordó que estaba atada y el miedo de no controlar la situación estuvo cerca de asfixiarla.

Apenas entendía palabras sueltas de lo que George iba comentando.

—Mirad cómo se ha metido en el papel —le pareció que decía mientras recorría su espalda con la mano... ¿o con qué? Al notar el tacto áspero y húmedo de una lengua, Ayane estuvo a punto de doblarse de asco y gimoteó para pedir auxilio. Ni siquiera se lo propuso, pero su cuerpo entero se torció en el sentido contrario para huir de su contacto—. ¿Ya estás sufriendo, Hayami...? Aún no he empezado contigo.

Abrió la boca para detenerlo, pero enseguida se bloqueó.

«Tú lo has pedido. Tú te lo has buscado. Tú te lo mereces».

«Tengo derecho a cambiar de opinión», se replicó con los ojos llenos de lágrimas. «Y a equivocarme. Tengo derecho a soñar con que las cosas sean diferentes a partir de ahora».

«No, no tienes derecho a nada. Los has perdido todos», sentenció la voz interior.

Ayane agachó la cabeza, reprendida, y pensó que no podía ser tan difícil dejarse llevar. Ya lo había hecho otras veces. Apagarse, salirse de sí misma, pensar en un lugar al que le gustaría viajar e imaginárselo con todo género de detalles mientras los demás se aprovechaban de cuanto su cuerpo podía dar.

Solo que no se aprovechaban, porque ella lo había permitido. Le había dicho que sí a George, y le dijo que sí a todos los que hubo antes no huyendo cuando debió.

Incluso si el riesgo de esa huida hubiese sido la muerte.

¿Y no era la muerte un destino más benevolente?

Estaba preparada para abandonarse a la experiencia, escarmentada por sus estúpidos reparos, cuando oyó que la concurrencia alzaba la voz, alertada por un cambio de planes. Ayane temió levantar la barbilla por si descubría que habían invitado a segundos y terceros, pero lo que estaba sucediendo era también problemático, porque ponía en jaque su orgullo: alguien había sido

consciente de su patético afán experimental y acudía a salvarla.

Ni siquiera los tapones lograron amortiguar el rugido de Black Russian.

—¿Es que no ves que está temblando?

No esperó a que George contestara o tuviera la iniciativa de desatarla. Escuchó unos pasos que reconocería en cualquier parte, aunque amortiguados por los tapones, subir la escalinata. Segundos después, Ayane había recuperado su autonomía y sus sentidos.

Aunque le dolían las muñecas por la presión del metal, se apresuró a cubrirse el pecho. No se atrevió a dar un paso en falso por miedo a caerse del escenario. El vértigo no hizo sino acrecentarse hasta que un hombre gentil la giró en su dirección apenas rozándole el hombro y le quitó el antifaz.

Lo primero que vio nada más abrir los ojos fue la expresión feroz de Black Russian.

Le habría gustado fulminarlo con la mirada, decirle que había malinterpretado la situación y en realidad estaba temblando de pasión, pero el solo hecho de intercambiar miradas con él acabó de destruirla. No pudo seguir conteniendo el llanto y rompió a llorar.

Como si él hubiera sabido que nada la avergonzaba más que perder los papeles en público, bajó las escaleras y la ayudó a bajar ofreciéndole sus brazos para salir de allí. Ella no dudó en aceptar el refugio que representaban, conmovida incluso ante la expectativa de que un hombre que no quería acostarse con ella, que no quería usarla, lo hubiera dejado todo para consolarla. Pero Black Russian no le leyó la mente hasta ese punto, y seguramente suponiendo que no querría que la tocaran más de la cuenta, la soltó en cuanto tuvo los pies en tierra y se la llevó de la mano hacia una habitación próxima.

Ayane no escuchó al gentío, las quejas de George o la música que seguía sonando de fondo. Un incómodo pitido se había alojado en sus oídos, como si una bomba le hubiese estallado al lado. Era incapaz de formular un pensamiento coherente.

En cuanto estuvo a solas en lo que parecía una suite de lujo, equipada con una cama *California king* y una lujosa bañera al estilo victoriano, Ayane tomó conciencia de lo que acababa de ocurrir y quiso que se la tragara la tierra.

No había dejado de hiperventilar, tampoco podía detener el curso de sus lágrimas traicioneras, pero de la tristeza y la autocompasión surgió una rabia en carne viva que no dudó en vomitar contra el hombre que le quedaba más cerca.

—¡Mira a dónde me has traído! —aullaba, ahogándose con su propio llanto—. ¡Mira en lo que me has convertido, que no puedo hacer nada! ¡Nada!

Black Russian podría haber desmontado su reproche con una sencilla afirmación: él no tenía la culpa de nada. No se la había llevado a Bangkok, no la había forzado a prostituirse, no la había metido en un avión a Shanghái. Si de culpas se trataba, el ruso ni siquiera le había dado esperanzas sexuales o románticas durante Fuego y Sangre como para que ella perdiera

completamente la cabeza y olvidara el motivo del viaje, y ni mucho menos la había invitado a probar una sesión con George. Pero, de algún modo, Ayane sentía que cada paso dado en falso en aquel camino de espinas había estado motivado por la existencia de aquel hombre.

Confirmó que no se equivocaba al haberlo convertido en el eje del mal cuando Black Russian la rodeó con los brazos y se inclinó para apoyar su mejilla contra la de ella. Ayane se revolvió unos segundos más, igual que un toro embravecido, pero él insistió en sostenerla con una firmeza rayana en la violencia, en contagiarla del calor de su cuerpo manteniendo los perfiles de su cara fusionados en uno solo.

No supo cómo lo consiguió. No era una forma de consuelo a la que estuviera acostumbrada. Nadie habría pensado que surtiría efecto. No era un beso, ni una caricia, ni un abrazo, ni le estaba apretando la mano. Pero Ayane sentía la calidez de su piel contra la mejilla, oía su respiración serena. El aire que él espiraba pasaba silbando por el borde de su oreja, poniéndole el vello de punta.

Halló una sorprendente paz en la calma y la ternura implícita en esa cercanía, y, muy poco a poco, sus músculos se fueron destensando.

Ayane esperó con el aliento contenido y los sentidos agudizados a que Black Russian dijera algo. Era lo que pedía aquella postura, que arrancara a hablar con un discurso apaciguador o solo le prometiera que todo saldría bien.

Pero él se refugió en el silencio para hacerle saber que el terror había pasado.

Y era cierto. En ese silencio no había música estridente, ni gritos, ni el sonido de los látigos, ni gemidos, ni la voz ronca de un hombre ansioso por ser complacido.

Era solo silencio. Inocente silencio.

Era solo él. Inocente también, porque no le había hecho ningún daño.

Ella cerró los ojos y por fin exhaló el aire contenido en un suspiro. Como si Black Russian hubiera captado el momento exacto en el que había hecho las paces consigo misma, se separó.

No le preguntó si estaba mejor. Sus ojos ni siquiera apuntaron en su dirección. La soltó y se dirigió a la bañera de piedra maciza que presidía la estancia.

Puso el agua a correr, comprobó que estaba a la temperatura perfecta, colocó el tapón en el desagüe y se dirigió a la puerta con la intención de marcharse.

—¿Te vas? —jadeó ella en tono incrédulo—. ¿No sabes acaso que las sumisas necesitan cuidados después de una sesión salvaje?

Black Russian le sostuvo la mirada un instante antes de rehacer sus pasos con cierta vacilación.

Conforme más se acercaba, más la paralizaban los nervios. Con él nunca sabía a qué atenerse. ¿Iba a responderle alguna devastadora frase de cuatro palabras a la cara, donde ella pudiera vérsela bien?, ¿donde pudiera memorizar su imagen para reproducirla en sus sueños? ¿Trataría

de estrangularla por atreverse a implicitar órdenes? ¿La ayudaría a desvestirse?

Cuando la rodeó con los brazos otra vez, pero sin tocarla, el corazón le dio un vuelco. ¿Iba a... seguir consolándola, acaso? ¿Se sentía ella cómoda con esa alternativa? La posibilidad no debió convencerle ni a él, porque solo le pasó las manos por la espalda en una caricia insinuada.

A continuación, enarcó una ceja hacia Ayane.

No hizo falta que verbalizara la petición. Dio por hecho que pedía permiso para seguir desnudándola y solo asintió.

Black Russian no se agachó. Aguantándole la mirada para asegurarse de que no la incomodaba, introdujo los pulgares en los extremos del tanga y lo bajó lo suficiente para que la prenda siguiera rodando por su propio peso caderas abajo.

Se creía que Black Russian no hubiera mirado jamás a las bailarinas de *pole dance*, porque a ella tampoco le echó un vistazo. Y aunque eso la alivió después de haberse sentido violada por las miradas del público, también la desalentó de un modo incomprensible.

El ruso señaló la bañera con un gesto de cabeza.

En otro momento, Ayane le habría preguntado si acaso le había comido la lengua el gato. Más de lo que era habitual. Pero no se atrevía a interrumpir la calma que se había asentado entre los dos después de su dulce serenamiento.

Se metió en la bañera en completo silencio y esperó su siguiente movimiento con el corazón en un puño. Lo vio humedecerse los labios antes de apoyar las manos en el borde e inclinarse lo justo para que sus rostros quedaran a un anhelado beso de distancia. Se preguntó cómo le sentaría que él se arriesgara a salvar esa distancia y no le gustó la respuesta.

Black Russian sacó un cigarrillo del bolsillo trasero del tejanos y se lo colocó en los labios para cuando se le presentara la ocasión de prenderlo.

—No tienes que demostrarte nada —le dijo, mirándola a los ojos como si quisiera colarse en su mente y allí grabar a fuego su consuelo—. Eres lo que eres. Eso ni ha cambiado, ni puede hacerlo.

Fue a rugirle para que se dejara de estúpidos aforismos, pero sabía de sobra que nunca era su intención ser sabio o sanar las heridas de nadie. Además, entendió lo que quería decir. Se quedó muda porque hubiese captado en una sencilla frase el aliento ideal para curar el miedo que no la dejaba dormir: el de haberse perdido a sí misma.

Le costó encontrar las palabras adecuadas para retrucar:

—¿Y los demás tampoco pueden conseguirlo? ¿Cambiarne? —atinó a formular con voz temblorosa. Él negó con la cabeza muy despacio—. ¿Y dónde ha quedado eso que soy? ¿Dónde se ha metido?

—Está ahí —le aseguró con un leve asentimiento—. Da igual si se quiere esconder un tiempo. Ya saldrá cuando ella quiera.

Ayane apretó los labios para no gritarle de nuevo que era su culpa. Porque lo era. Había pensado que estaba preparada para volver a disfrutar de un encuentro carnal, para hacer las paces con el sadomasoquismo que los puteros habían corrompido con su depravación, y todo porque veinticuatro horas antes había sido capaz de sentir un deseo arrebatador hacia un hombre concreto.

Él le había transmitido la falsa certeza de que podría enfrentarse al asco que la tenía enferma de náuseas desde que se levantaba hasta que se acostaba. Y no era la primera vez. Ya fuera porque Ayane se aferraba a un clavo ardiendo o porque Black Russian era más sugerente de lo que parecía a primera vista, sentía que le había estado dando esperanzas una y otra vez.

Guiada por la rabia, la curiosidad hacia su reacción o ambas, aprovechó que estaba inclinado en una postura vulnerable para agarrarlo de las dos muñecas y tiró de él. No esperaba obrar ningún resultado, por eso le sorprendió que Black Russian perdiera el equilibrio y se precipitara hacia la bañera con los ojos como platos.

La caída fue estrepitosa. Una mole de agua la empapó entera, pero se echó a reír de pura incredulidad aun así, tan encantada con el hecho de haberlo pillado con la guardia baja que no pensó en las consecuencias.

Debió imaginar que no las habría, porque cuando se había tratado de ella, para bien o para mal, jamás había tomado represalias.

Black Russian se incorporó con el cigarrillo mojado todavía entre los labios mientras se secaba el agua de los ojos con los dedos. Se quedó donde estaba, de rodillas ante Ayane con la camisa pegada al pecho y el pelo en la cara. En cuanto le fue posible, le lanzó una mirada de absoluto tedio, como si sus travesuras se le antojaran tremendamente aburridas. Se llevó la mano al bolsillo y sacó el móvil mojado para mostrárselo en un gesto que hablaba por sí solo.

El agua había entrado en la pantalla. Se veía la esquina superior iluminada. El resto era un fundido en negro.

—Tampoco es para tanto —se defendió ella, hundiéndose hasta la barbilla para ponerse a cubierto de un arrebató rabioso—. Si he cortado tu línea de comunicación con los criminales de Europa del Este, eso que nos llevamos las víctimas. Porque no creo que tu madre te llame a menudo para preguntarte cómo estás.

Black Russian hizo su mejor esfuerzo para parecer indignado con el comentario.

—Eres muy perversa, *malyshka*. Hasta el diablo tiene madre.

Ayane se puso cómoda en la bañera colgando los brazos del borde. La estúpida trastada y la carcajada que la había acompañado la habían ayudado a descargar las tensiones.

—¿Y tú quieres a la tuya?

—Todo el mundo quiere a su madre.

—Permíteme reformular: ¿se lo demuestras?

—A lo mejor esto te sorprende —replicó con languidez. Se apartó el pitillo empapado de la boca y lo arrojó sobre la alfombra sin darle mayor importancia—, pero las mujeres no suelen tener queja de mí.

—Y tú has replicado su costumbre no quejándote jamás, por lo que veo. Acabo de romperte el móvil —señaló con lentitud, pendiente de sus microexpresiones—. ¿Es que nunca te enfadas?

—No tengo la habilidad —reconoció con llaneza.

—¿Y te ríes alguna vez? —prosiguió ella, tan entusiasmada porque le estuviera regalando respuestas que se enderezó involuntariamente.

—No tengo la habilidad —repitió, esta vez más despacio.

Arrojó el móvil a su espalda.

Al caer sobre la moqueta, apenas emitió un sonido sordo.

—¿Y tienes la habilidad de llorar, o esa tampoco?

—Las únicas personas que me han visto llorar están muertas —señaló con la misma naturalidad que si le hubiera dado la hora. Terminó de rebuscar en los bolsillos y sacó la cajetilla de Belomorkanal. Al ver que estaba empapada también, suspiró y la lanzó al otro lado de la bañera. Luego clavó en Ayane una mirada cansada—. Las maté yo mismo.

—Pues tendrás que matarme a mí, entonces.

—No recuerdo que me hayas visto emocionado.

—Pero lo haré algún día —le prometió. También se lo prometió a sí misma—. Conseguiré que llores. Si no por mí, por lo que le has hecho a todas las mujeres que hay bajo este techo.

Aunque la amenaza debería haber tensado el ambiente, Black Russian decidió tomársela como un propósito justo. Asintió con la cabeza, reconociéndole la futura hazaña, y se movió hacia el extremo contrario de la bañera para ponerse cómodo.

Permanecieron en silencio unos minutos, él perdido en sus pensamientos, como le dio la impresión al verlo recostarse hasta que el agua le cubrió el estómago y apoyar la nuca en el borde, y ella sumida en la contemplación del hombre que tenía delante.

La música de la fiesta se filtraba bajo la puerta en un murmullo sugerente.

I might be psycho but still you think

I'm worth a dare

(...)

While you're on my side watch out

Cause you might burn your hands

I might be psycho but still I think

You'll take a chance^[3]

Se fijó en el escote que la camisa empapada le había abierto, más atrevido de lo habitual, y en cómo subía y bajaba cada vez que respiraba. Si uno no prestaba atención con todos los sentidos alerta, parecía imposible discernir si aquella flamante criatura estaba viva.

Ayane se abrazó las rodillas y apoyó la mejilla sobre una de ellas. Pensó que era justo que incluso una prostituta venida de Bangkok tuviera un objetivo, una misión; algo a lo que aferrarse para no sentir que su vida había terminado a los treinta años. Pensó que no era menos descabellado que su deseo fuera acabar con Black Russian; que verlo morder el polvo sería incluso poético considerando que todos los pasos que Ayane había dado hacia el infierno los había recorrido pensando en él, deseándolo a él, desesperada por él.

Pero pensó, también, que las ganas de hacerle daño no podían compararse con las ganas de desentrañarlo. Ambas coexistían del mismo modo que las dos caras de una moneda, como si no fuera posible la existencia de la curiosidad sin una fuerte dosis de rechazo.

Acabó con el silencio inquiriendo:

—¿Siempre has sido reacio al contacto físico?

No podía desaprovechar la oportunidad de oro que se le había presentado. Solo Dios sabía cuándo volvería a mostrarse abierto a conversar, y necesitaba distracciones para olvidar lo que acababa de suceder.

Black Russian lanzó una mirada abstraída al techo y se quedó quieto, como si necesitara suspender el movimiento gravitatorio de la Tierra para echar un vistazo al pasado. Ayane se perdió en la caricia distraída de sus dedos al borde de la bañera. Se había alejado de ella lo suficiente para abrir un espacio que a ambos les permitiera estirar las piernas.

—No.

—¿Para eso te has tirado media hora pensando? —jadeó, sin saber si echarse a reír o reprochárselo—. ¿No sabes dar la respuesta larga, o no quieres?

—Esa era una pregunta de sí o no, *malyshka*.

—Vale, pues... —Alargó la pausa echándose la melena húmeda hacia atrás para que no pensara que llevaba largo tiempo sopesando la misma duda—: Cuando sí celebrabas el contacto físico..., ¿tenías un tipo?

—No. —Se miró las uñas cortas un instante antes de devolverle la mirada con una seriedad socarrona. Solo él podía ser tan contradictorio—. Rubias, morenas, menudas, gordas. Me daba igual. Es lo que tiene el hambre. Cuando te da, te comes cualquier cosa.

—¿Y sin hambre?

—Sin hambre no comes.

—Entonces, además de la lujuria, el pecado de la gula no lo cometes.

—Nunca me ha gustado el sexo. Me gustaba dominar. Quizá por eso me daba lo mismo a

quién tuviera debajo. Lo importante era que se dejara hacer todo lo que quisiera probar. —Torció el gesto en una mueca que Ayane no supo interpretar. ¿Desdén?—. Si es posible follar hasta el aburrimiento, creo que fue lo que me pasó. Un día simplemente me harté.

—¿Has sentido tentaciones después de elegir el celibato? ¿Has lamentado esa decisión?

Black Russian le hizo una caída de ojos con un rastro de picardía.

—Estoy demasiado ocupado para arrepentirme de algo.

—¿Y cuando no lo estés te arrepentirás?

—Puede.

—¿Y no has vuelto a...? ¿No...?

—Cualquiera diría que después de lo que ha pasado este sería el último tema de conversación que te interesaría desarrollar —interrumpió.

El movimiento de sus piernas bajo el agua generó una marea.

—No estamos hablando de mi relación con el sexo, sino de la tuya —se quejó a la defensiva.

—Porque quizá de ti hay poco que decir. —Ladeó la cabeza, observándola como si le pareciese una criatura de otro mundo—. Tú comías hasta empacharte. Vomitabas y luego volvías a la carga. Parecía una forma de autocastigo.

Ayane le apartó la mirada con el cuerpo en tensión.

—Siempre me ha gustado lo que el sexo me ha dado —se explicó débilmente—. Ha sido una vía de escape, una forma de obtener poder u ostentarlo, una reafirmación de mi confianza en todos los casos y una demostración de afecto en solo algunos; una actividad para ahuyentar los miedos, reforzar las relaciones, distraerme, alcanzar la felicidad plena unos instantes. El sexo lo ha sido todo, y ahora...

Tragó saliva, derrotada.

—Ahora no. Así que no deberías volver a ponerte en una situación de riesgo.

Aunque era un consejo razonable y no se pronunció en tono imperativo, Ayane se envaró como si la hubiese reprendido.

—¿Qué coño te crees? ¿Que pensaba que iba a reaccionar como una cobarde? ¿Que me gusta llorar en público y ponerte en bandeja la oportunidad de rescatarme y quedar como un maldito héroe? ¡No lo había planeado así!

—¿Y cómo lo habías planeado? —Ayane no se atrevió a contestar, lo que él interpretó a su manera—. A ver si adivino... Para variar, no planeaste nada porque ni siquiera estabas pensando, ¿verdad? *Malyshka, malyshka*... —Chasqueó la lengua—. No estás en un sitio donde puedas permitirte una temeridad.

La sangre le hirvió al escucharle hablar con tal desahogo de emociones y pensamientos que no estaban a su alcance; que en teoría solo debían pertenecer a ella. Le dolió que hubiese desenterrado el hacha de guerra en un momento tan delicado para reprenderla.

—¡Pues claro que estaba pensando! ¡Pensaba que podría acostarme con un hombre que me pareciera atractivo y disfrutarlo si yo le daba mi beneplácito antes! ¡No es ninguna locura!

—¿No se te ocurrió que ese beneplácito estaría viciado por la necesidad de demostrarte algo?

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —rugió a la desesperada—. ¿Quedarme parada y dejarme consumir hasta que no quede nada de mí? Soy muchas más cosas aparte de mi pasión por el sexo, pero siempre ha sido un ámbito muy importante en mi vida que determina mi manera de vivir el amor y de relacionarme con mi cuerpo. ¿Qué esperas? ¿Que me resigne?

—Que seas más precavida, para variar.

—¿Y a ti qué coño te importa? —le gritó, agarrada a los bordes de la bañera—. ¿Crees que ayudas con tus pseudocharlas motivacionales?, ¿que das grandes consejos? ¡No haces más que ponerme de mal humor! ¡Tú eres el que me ha metido en esto! ¡Si ayer no me hubieras hecho sentir como antes, no se me habría ocurrido pensar que estoy curada! —se le escapó. Enseguida la invadió el bochorno, pese a que Black Russian la escuchó sin pestañear y no llevó a cabo ningún movimiento que delatara su opinión—. Olvídalo. Será mejor que me vaya a mi habitación. Ya he hecho todo el ridículo que me tocaba hoy. Creo que me merezco un descanso.

Salió de la bañera en un visto y no visto y buscó con la mirada una bata, una toalla, una sábana; cualquier cosa tras la que pudiera esconder su vulnerabilidad.

Quiso la suerte que un albornoz colgara de la puerta trasera.

Se dijo que Black Russian no tendría el menor interés en contemplar su desnudez durante el camino a la salida y, aun así, suspiró aliviada una vez estuvo cubierta. Iba a abrir la puerta cuando oyó una cascada de agua, el fenómeno antinatural pero igualmente sobrecogedor que ocasionaba un cuerpo macizo al emerger de una bañera con la ropa puesta.

Ayane se giró para verlo poner los pies en la tierra chorreando de la cabeza a los zapatos. No hizo ademán de desnudarse o escurrirse, ni de mirarse a sí mismo para averiguar qué había turbado a la agente. Fue directo hacia ella a grandes zancadas, como quien no tenía un destino fijo pero sí las ansias de averiguar cuál sería, y se plantó a un palmo de su cara.

—No tienes que curarte porque no estás enferma —sentenció él.

Su templanza terminó de desesperarla.

Soltó el escote del albornoz, que había estado agarrando con el alma en vilo, y espetó:

—¡Pues claro que estoy enferma! ¿No me ves? —Extendió los brazos—. ¡Sigo rezando para quedarme a solas contigo en una puta habitación! ¡Y mira quién eres! ¡Mira *qué* eres!

Al tratar de abarcarlo con un aspaviento, olvidó la condición criminal que pretendía señalar. Y es que al fijarse en su pecho esculpido ahora que la ropa se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, tuvo que aceptar una vez más que, además de pérfido e invulnerable, era desesperantemente hermoso.

Que no la hubiese deseado en Tailandia la había intrigado y obsesionado porque no estaba

acostumbrada al rechazo y le gustaban los retos. Que no la deseara ahora la aliviaba y le otorgaba una necesaria confianza que garantizaba que floreciera el deseo.

O que rebrotara, porque siempre había estado ahí, acechándola como la Parca.

Black Russian alargó el brazo hacia su escote para acariciar el mullido borde en forma de uve. Parecía que solo se hubiera sentido atraído por la tela.

O no, porque se quedó mirando la franja de piel húmeda que exhibía.

Ayane contuvo la respiración y siguió con la mirada, completamente inmóvil, el recorrido de aquellos dedos tatuados por el extremo cerrado de la bata. Descendió hacia el vientre, y una vez ahí, tiró del precario nudo del cinturón.

La prenda no se resistió a él. Se abrió de par en par como si hubiese pronunciado el código secreto.

Sin atreverse a respirar, Ayane buscó su mirada para tratar de anticipar sus movimientos. Black Russian apartó ambos extremos de la bata para acariciar en círculos el borde de su ombligo, la poco pronunciada hendidura vertical del vientre que terminaba su camino entre los pechos.

En un drástico cambio de dirección, la mano que parecía dirigirse a los pezones erectos se lo pensó mejor y aterrizó entre las piernas de Ayane.

Intercambiaron miradas un instante. La de ella, sorprendida. La de él, determinada.

—Si yo no rezo, es porque no creo en nada —le dijo Black Russian—, no porque no me des razones para encomendarme a Dios una y otra vez.

—¿Qué se supone que... que significa eso?

Dio un respingo cuando él coló un dedo entre sus sensibles labios inferior para acariciar la entrada a su sexo, pero no se quejó. No se atrevió.

Las piernas le temblaron y se abrieron solas para facilitar su intrusión.

Black Russian se inclinó sobre ella para robarle un beso en un punto perdido del mentón. No, no fue un beso con exactitud. Fue la insinuación de un beso, una caricia tímida y casi abortada en el último momento, pero que descargó sobre la piel de Ayane toda la dulzura de un beso de verdad, tan real como la vida misma. Se quedó catatónica, flotando en una nube, y no pudo hacer nada para poner los pies en la tierra otra vez cuando repitió el movimiento posando los labios entreabiertos en la comisura de su boca.

Ayane sospechó que pretendía distraerla del objetivo de sus dedos, que seguían acariciando su hendidura a un ritmo casual pero persistente. Su iniciativa le formó un nudo en la garganta acompañado de una sensación de vértigo terrible, mas no por ello negativa. Pudo reconocerlo porque cuando alzó la barbilla en su dirección para toparse con su semblante relajado no la sobrevino una oleada de asco o pavor, sino una contracción de placer prohibido.

Black Russian la sorprendió una segunda vez arrodillándose a sus pies. La sola postura le

puso el vello de punta, porque era él quien había decidido situarse en esa posición de presunta inferioridad respecto a ella. Ayane se mordió el labio con fuerza para no emitir sonido alguno mientras el ruso abría más el albornoz, prodigando al mismo tiempo una caricia con las manos abiertas a sus formas femeninas. Presionó con la yema de los pulgares los huesos de las caderas, que desde el principio habían captado su atención. Y cuando Ayane estaba ya al borde de un ataque de nervios por no saber a qué atenerse ni tampoco querer averiguarlo, Black Russian besó su pubis para instarla a separar más las piernas.

Unos estúpidos nervios de principiante le impidieron comprender lo que estaba pasando en una primera instancia. Pero, muy pronto, las gloriosas sensaciones de unos mimos provocados por un hombre diestro tomaron el control. Black Russian había ladeado la cabeza y separado los labios para cubrir y estimular el clítoris con la lengua. Ella lo dejó hacer durante unos segundos, debatiéndose entre la rigidez de estar haciendo algo que temía o que le disgustaba, y la deliciosa relajación que le iban proporcionando los perniciosos lametones en el centro de su cuerpo.

Se le ocurrió que había decidido recompensarla por haber admitido que lo deseaba solo a él, o que se había apiadado al saber que era su cura, y por ello había decidido tocarla de un modo en el que no la había tocado prácticamente nadie desde su salida de Washington. A los puteros no les gustaba proporcionar placer, y eso fue lo único que Ayane estaba experimentando entre sus brazos. Porque sus brazos también tenían algo que hacer: le había rodeado las nalgas con las manos para dirigirla, aproximarla más a su boca o alejarla para respirar sin dejar de acariciarle el pubis con la punta de la nariz.

Ayane jadeó una vez, incrédula, al notar que había empezado a lubricar. Quiso llevarse los dedos a la entrepierna para comprobarlo. Lo había hecho durante algunas sesiones con determinados clientes, y, aunque gracias a eso no le hacían daño, había odiado aquellas reacciones involuntarias de su cuerpo con todo su ser, porque ¿en qué la convertían? En lo mismo que el hecho de estar disfrutando con la articulación de una lengua tan ardiente como la suya, que resbalaba entre sus pliegues como si no quisiera dejar un solo punto sin mimar.

Se arriesgó a agarrarlo del pelo con una mano insegura para conducir su expedición. Él solo alzó la mirada desde su postura. La visión de sus ojos la convenció de que era él quien tenía el poder absoluto. Y no le importó, porque aún no lo había ejercido para hacerle daño. Solo para provocarle pequeñas contracciones en el vientre y el sexo, preámbulo de un orgasmo deseado. El primer orgasmo sin precio y que no ponía en jaque su sentido de la ética.

Cuando las piernas le empezaron a temblar, se inclinó para apoyarse en los hombros de Black Russian. Él seguía lamiéndola de arriba abajo con los ojos cerrados, entregado con fruición a una tarea que nunca le había parecido tan erótica y que, además de excitante, era novedosa e incluso halagadora, porque ¿no había hecho voto de castidad? ¿No lo estaba vulnerando acaso para satisfacerla?

Ayane descolgó la cabeza hacia delante en cuanto el orgasmo entró por la puerta grande. Un estremecimiento de puro gusto estalló entre sus piernas y se ramificó por todo su cuerpo como un conjuro de magia negra. Presionó con los dedos los firmes hombros de Black Russian, y, aunque luchó por contener los gimoteos, acabó derrumbándose junto a él entre cortos jadeos que se asemejaban a sollozos.

Buscó la mirada del ruso y se topó con sus ojos cristalinos, ojos que un buen día acusó de inexpresivos pero que no lo eran en absoluto; simplemente era rara la ocasión en la que tenían algo bueno que contar. Y, en ese momento, todas las cosas bellas conjuraron un complot en contra del deseo de Black Russian de permanecer a salvo de los sentimentalismos, porque estalló en su mirada una oscura turbación que la habría asustado si hubiese estado en condiciones de hablar o actuar.

Pero no lo estaba.

Ayane buscó refugio de sus emociones a flor de piel, de sus contradicciones y de sus errores rodeándole la cintura con los brazos y acurrucándose contra él, presa de los espasmos residuales del orgasmo.

Incluso a pesar de estar sumida en su propia consternación, que pronto hizo correr las lágrimas por sus mejillas, se percató de que Black Russian vacilaba un segundo antes de pasarle el brazo por los hombros y estrecharla contra su pecho empapado. Le pareció que incluso agachaba la barbilla para posar los labios en la raya de su pelo.

Él pronunció unas palabras en su lengua materna que, por una vez, Ayane no se molestó en intentar averiguar. Sonaron trastocadas por la urgencia de un sentimiento agobiante.

Para su sorpresa, descubrió que bastaba con ignorar el conocimiento de su lenguaje para que Black Russian se tomara la molestia de traducirlo. Se pronunció en tono de advertencia, pero no con desprecio o rabia hacia ella, sino hacia un tercero presente que parecía estar ahogándolo con una soga:

—No me hagas preocuparme por ti, *malyshka*. No me lo puedo permitir.

Capítulo 9

Querido Jace:

Creo que saludándote de esta manera peco de un exceso de formalidad, pero sabes que nunca me he carteadado con nadie y, aunque nunca llegue a enviarte este mensaje, siempre me ha hecho ilusión escribir con todas las consecuencias, formatos anticuados incluidos.

Llevo diez días en Shanghái y todavía no he visto ni el templo del Buda de Jade, ni el de Jing'an. Tampoco he paseado por la calle Nanjinglu, ni he visitado el museo donde exponen el arte chino antiguo. Si es por no hacer turismo, ni siquiera he visto de lejos la Torre Perla Oriental. Paso las veinticuatro horas encerrada en el hotel, a veces sin salir de mi habitación por falta de energía, como en aquellas primeras vacaciones que pasamos tú y yo en La Habana. ¿Te acuerdas? Una gastroenteritis nos arruinó el viaje. Sobre todo a ti, porque sí, la que por poco se deshidrató de tanto vomitar fue una humilde servidora, pero siempre te has preocupado tanto por todo que el que no dormía por el miedo de que hubiera contraído un virus letal eras tú.

Me acuerdo todavía del espantoso estampado de las cortinas, de que nos propusimos coleccionar los vasos de agua que el servicio de habitaciones nos proporcionaba para luego improvisar un palacio de cristal y que nos vimos nada más y nada menos que cien episodios de una telenovela cubana. ¿Cómo se llamaba? ¿*Pasión y prejuicio*? Algo así. En fin. En un momento dado te dije: «Ya es mala suerte que haya enfermado de esta manera en nuestra primera escapada. ¿Y si es una señal? ¿Y si el destino nos está diciendo que no estamos hechos el uno para el otro?». Te lo solté entre risas, pero nunca llegué a confesarte que una parte de mí iba muy en serio.

Me asustó la dedicación con la que me cuidaste, que rehusaras salir del hotel aunque fuera para tomarte un cóctel con un nombre divertido en un bar de salsa. Aunque fuese para regresar a casa diciendo que al menos habías experimentado la vida habanera. Me asustó, también, lo seguro que te vi de que estabas atendiendo a la persona adecuada, a la mujer de tus sueños, y quise alejarte.

No, no te dije que iba muy en serio con mi supuesta bromita, pero creo que no hizo falta porque al volver demostré lo desagradecida, cobarde y egoísta que puedo llegar a ser negándome a responderte los mensajes durante diez días.

Los mismos que han pasado desde que aterricé en Shanghái.

Siempre has sabido cómo atraerme de nuevo hacia ti. Tienes la clase de seguridad en ti mismo que yo he acabado adquiriendo de tanto que me he esforzado en fingirla. Y una persona como la que te escribe reconoce a una persona como la que eres tú a leguas. Sois el tipo de individuo en el que los hipócritas como yo nos fijamos e inspiramos para replicar vuestras maravillas y así tratar de gustarnos un poco más.

A veces pienso que lo que te gusta de mí es lo que he copiado de ti, esos principios tradicionales a los que me adapté para pertenecerte, pero acabo disuadiéndome porque a ti te gusta todo lo que soy.

O te gustaba.

Me pregunto si te gustaría ahora.

Intento no ponerme los vestidos reveladores que hacían que tu mirada se desviara y no pudieras disimular que te ponías nervioso, no abro la boca para hacer los comentarios inteligentes o incluso malintencionados que te arrancan carcajadas culpables, y no aprovecho cualquier excusa para salir a inspeccionar el mundo y luego volver a contártelo con los aspavientos que a veces finges esquivar haciendo quiebros exagerados con la cabeza, como si

fuese a arrearte sin querer.

Ahora mismo soy esa parte de mí que nunca tuviste la mala suerte de conocer.

Pero quizá podrías disculparla.

Supongo que jamás lo sabré.

Estimado Jace (¿suena mejor?):

Día veinte en Shanghái. Aún no sé si el lago del jardín Yuyuan es tan verde como se ve en las fotografías. Recuerdo haberlo visto en fotografías, al menos, pero no puedo confirmar que no me engañe la memoria porque no tengo a mano ningún dispositivo electrónico.

Si no me bailan las fechas, estamos a principios de febrero. Eso significa que la Superbowl está cerca. Me pregunto si tus Jets habrán llegado a la final, y si irás a verla como tenías planeado antes de que la misión irrumpiera en nuestras vidas.

Ojalá te animes. No soportaría saber que has puesto tu vida en pausa al conocer mi desaparición. O que te descuidas hasta el punto de desatender la colada y la limpieza de la casa, que nos conocemos y aprovechamos cualquier excusa para no poner una lavadora.

Que sí, lo sé, son cuatro actividades en una: poner la máquina en marcha, tender, recoger y luego guardar, pero como vuelva a casa y descubra que me ha estado esperando un montón de ropa sucia, tú y yo vamos a tener una conversación.

Aunque puede que me entregue a las labores del hogar con ilusión. Aquí no debo encargarme de ninguna tarea doméstica.

A lo mejor hasta me envidias por eso.

No te lo dije en la primera carta. Bueno, en la decimotercera carta, porque improvisé unas cuantas antes de firmar la definitiva. El caso es que Singapore, el hombre que viene a confirmar que sigo viva de vez en cuando, me dio una libreta para anotar mis pensamientos si en algún momento me aburría. Se la pedí yo después de ver que Black Russian tenía un bloc, a ver si es cierto eso que dicen de que el poder de las palabras es terapéutico. Lo dudo bastante, porque me paso el día lanzando miradas recelosas al cuaderno y esquivándolo si me despierto de mal humor. A veces hasta lo arrojo al fondo de un cajón y no lo rescato hasta que me mata la culpabilidad de no demostrarte que sigo pensando en ti.

Yo no me caso con cualquiera, ¿sabes?

Quizá, si lo hubiera hecho, me estaría divirtiendo de lo lindo en este sitio.

O lo haría si alguien me despertara la menor confianza.

No te he hablado de Jing. Ni de Sun Hee. Son dos chicas que se quedan en el casino conmigo. Me las cruzo todos los días. A veces comemos juntas o echamos el rato en la misma sala de estar, pero, en el caso de que no lo hayas notado, no consigo gustarle a las mujeres. Aquí las cosas no son diferentes en ese sentido.

Por un lado me alegro, porque significa que al menos una parte de mi esencia ha permanecido intacta (qué pena que sea la parte insoportable, ¿no?), pero por otro me apena. Creo que se me haría más llevadero si tuviera a alguien con quien hablar.

Alguien que no seas tú, claro.

No sé si alguna vez te lo conté. Mi padre nunca ha sido mi tema de conversación preferido. Pero una vez volví a casa del instituto con cara larga y él estaba allí. Seguro que a mi madre le había pillado por sorpresa, pero yo nunca perdía la esperanza de que regresara, así que simplemente corrí a abrazarlo como si fuera costumbre. Le expliqué lo que me tenía tan triste: las chicas de mi clase no querían ser mis amigas. La historia de mi vida, ¿no?

Entonces no sabía que se convertiría en un problema crónico, ni que mi psicóloga me diría años después que el género femenino no simpatiza con las mujeres que se desviven por la aprobación masculina. Y es probable que, en el caso de mi padre, sí fuera yo esa clase de chica, porque habría matado por un asentimiento orgulloso de su parte.

Suerte que no tenía que esforzarme para obtenerlo.

Recuerdo que él me dijo que no importaba que no me quisieran, porque nacemos solos y morimos solos, y todo lo que sucede entremedias es un mero entretenimiento. Las amistades no van a alargarnos la vida, y ni siquiera nos las van a endulzar porque, al tener un principio y un final, nos dura más la pena de haberlas perdido que la dicha de haberlas disfrutado. Yo le dije que eso era mentira, que no estaba sola porque le tenía a él. Y él me sonrió de aquella manera tan suya y me contestó que era verdad, y que cómo diablos me las apañaba para quedarme siempre con la razón.

El «diablos» incluido, porque le encanta hablar fatal.

Vera apuntaba a ser una bonita excepción, pero desapareció en la última fiesta BDSM que se celebró en el casino. Singapore dice que Black Russian se la llevó con un cliente y que a la mañana siguiente la trasladaron a otro sitio. Espero que dicho sitio esté en su tierra natal. Aunque no puedas estar en casa, reconocer al menos las calles de tu infancia cuando te asomas por la ventana debe de conmover el corazón. Tú sabes que odio las franquicias y que preferiría no comer a ocupar una mesa del KFC, pero ahora echo tanto de menos pasear por el centro de la ciudad y ver la colección de McDonald's que dominan Washington que no te lo creerías.

Quiero que sepas que estoy bien. Singapore es el único hombre que veo con regularidad, y debo decir que cada día me cae mejor. ¿Es eso lo que hace la desesperación? ¿Que te guste el tipo que te retiene? No quiero mencionar los aspectos desagradables de mi viaje, porque odiaría entristecerte o ayudarte a imaginar situaciones incómodas, pero no se me ocurren eufemismos graciosos.

Tú sigue riéndote, aun así.

Querido Jace:

Hoy cumplo mi primer mes en Shanghái. No he probado los tentempiés locales del mercado de Yuyuan, ni he cogido el ferry para conocer Pudong. Empieza a apenarme, porque cada vez entiendo menos qué hago aquí. Me levanto, desayuno, me encierro en mi habitación, almuerzo, paso la tarde en la sala de estar entreteniéndome con Singapore o con mis propios pensamientos, me bebo una copa o diez, y luego me acuesto. A veces hay una fiesta a la que puedo asistir o cuya invitación se me permite declinar. Suelo quedarme en la suite, pero te reconozco que alguna que otra vez he bajado por si acaso Black Russian estaba allí.

También se cumple un mes desde que no lo veo. Cuando desperté a la mañana siguiente de la velada BDSM, ni su cuaderno ni la hoja que le arranqué estaban en su sitio. Al principio respiré aliviada, pero al ver que pasaban los días y no tenía noticias, abrí su armario por si acaso hubiera hecho las maletas.

Y no. Su ropa sigue ahí.

¿Por qué él no está, entonces?

Sabes que nada me turba más que las cosas que no comprendo. Ya me has visto gritarle a la televisión cuando ha salido algún senador escurriendo el bulto para no regular el mercado de armas y el número de permisos que se les concede a la gente de a pie. Incluso si yo no lo practico siempre, entiendo que hay materias que son de sentido común. Y hasta cuando no coincido con la opinión popular, encuentro algún punto en su argumentación con el que identificarme y sentirme parte del grupo.

Pero no puedo aferrarme a nada para entender a Black Russian.

No sé por qué me tiene aquí, no sé por qué se ha ido sin mí, no sé cómo interpretar su ausencia. Ni siquiera logro desentrañar lo relativo a mis sentimientos. Me alegré de que se fuera porque odié confirmar que, en mi camino hacia la reconciliación espiritual, él es una parada obligatoria. Quizá incluso el destino. Necesitaba soledad para ordenar mis pensamientos y me vino de maravilla que no me recordara ni mis pecados ni mis fantasías con su sola presencia. Pero ahora siento que estoy en peligro. Que, en cualquier momento, alguien entrará por esa puerta y me hará daño aprovechando que no está él para reivindicar su dominio sobre mí.

Me obsesioné con Black Russian en cuanto lo conocí, ¿sabes? Me diste carta blanca para hacer cualquier cosa; cualquiera menos permitir que un hombre acaparara mi mente y su simple olor me hiciera perder la cabeza. Es tan injusto que fuera precisamente eso lo que ocurrió... No dejo de preguntarme por qué. Por qué él. Por qué ninguno, en realidad. No me cabe la menor duda de que te quiero exactamente igual que la última vez que te vi. Es posible que te quiera incluso más, y que con ese amor nuevo se mezcle el agradecimiento de haberme abierto las puertas al placer con otros hombres.

Llegué a pensar durante la experiencia en Tailandia que podría volver a Washington, hablar contigo para abrir la relación y seguir siendo tú y yo, solo que en lugar de tú y yo contra el mundo, tú y yo *con* el mundo, *entre* el mundo. El mundo siendo nuestro. Pero sé que esto de Black Russian te dolería. Me duele a mí porque te mataría a ti. Y nos duele, sobre todo, porque no existe justificación.

Es atractivo; hay hombres atractivos a raudales, sin embargo. Es interesante, enigmático; también me he topado con sujetos de esa calaña. No me hace caso casi nunca, pero, cuando lo hace, se asegura de que me quede pensando en ello el resto del día. El resto de mi vida. ¿Con cuántos manipuladores no habré lidiado yo?

Jace, si lo hubiese conocido en Washington, si lo hubiese conocido teniéndote a mi lado y no a miles de kilómetros mientras me creía que volvía a tener veinte años y ninguna responsabilidad, jamás lo habría mirado dos veces. O eso es lo que creo. A lo mejor tenías razón, como siempre la tienes, y es verdad que contigo me faltaban el morbo y la cuota de peligrosidad. A lo mejor no solo estaba verde en el trabajo. A lo mejor también estoy verde en lo que quiera que sea el amor y no sé querer del modo en que quieres tú, incondicionalmente y con la inestimable capacidad de conformarte.

Te reconozco que he pasado miedo aquí. La clase de miedo que se materializa en la forma de un monstruo y se esconde bajo la cama para que no te sientas a salvo ni siquiera refugiado en tus sueños. Paso miedo desde que me despierto hasta que me entierro bajo las sábanas, y estar alerta me cansa tanto que me apago, como si eso fuera posible, y entonces no siento ni amor, ni odio, ni pasión, ni pena; no siento nada.

Pero, con diferencia, creo que lo que más me aterra de todo esto es pensar que nunca pueda llegar a quererte como necesitas.

—¿Ayane? —la llamó con suavidad una voz ya familiar.

La aludida levantó la cabeza del cuaderno hacia la puerta abierta. Como era costumbre, Singapore se había quedado de pie bajo el umbral, sin atreverse a invadir el que se había convertido en el refugio de la huésped.

—¿Ya es otro día? —preguntó en tono monótono.

—Ya es otro día —confirmó tras un asentimiento saturnino.

Ayane cerró el cuaderno y lo depositó con cuidado sobre la mesita de noche, como si en lugar de páginas contuviera láminas de cristal. Había soñado que el bloc se transformaba en un hombre con los ojos grises y los brazos más cálidos del mundo, y desde entonces lo llevaba entre

algodones.

Puso el bolígrafo encima y bajó de la cama. Obedientemente, se calzó unas zapatillas de suela blanda y acompañó a Singapore a la sala de estar, donde había decidido realizar las comidas diarias.

Las primeras veces había preferido alimentarse en la compañía de las chicas, más por crearse una sensación de normalidad pegando la oreja a sus conversaciones banales, pero empezó a violentarla el hecho de que nunca formaría parte de su grupo y se rindió.

Ahora, y por mera lealtad o quizá piedad hacia su soledad crónica, Singapore se prestaba a desayunar con ella.

—Todavía no tengo noticias de Black Russian —la informó en el camino hacia el salón.

Ayane solo asintió, distraída.

El corazón le daba un vuelco cada vez que escuchaba su nombre, pero, por orgullo, se había comprometido a no pronunciarlo jamás en presencia de otras personas, y ni mucho menos para averiguar su paradero. Era una suerte que Singapore fuera fiel al criminal y se tomara la molestia de tenerla al día aun cuando no preguntaba.

Le sorprendió llegar al salón donde veía morir los días y toparse con que un par de hombres jugaban al billar. Se quedó rígida bajo el umbral por miedo a que reparasen en ella, y lo hicieron más pronto que tarde, pero ninguno de los dos le dedicó más que una mirada distraída antes de regresar a su conversación en ruso.

Ayane pudo respirar con tranquilidad y refugiarse tras la espalda de Singapore en su camino a la mesa de bufé, de donde podía servirse lo que más le apeteciera.

Aprovechando que no había llamado la atención, se fijó en los invitados. Ambos estaban orgullosos de sus músculos voluminosos y de sus terroríficos tatuajes, porque lucían camisetas de manga corta y de tirantes respectivamente. Si Ayane se dedicó un rato extra a la contemplación de los sujetos, fue porque reparó en que algunos de los símbolos y dibujos de tinta le sonaban familiares. Se acordó del Black Russian empapado y con la camisa abierta, de ese triángulo de piel clara trastocado por los colores de la Virgen con el Niño en brazos y del diablo con la lengua fuera.

Ninguno de los dos invitados lucía un diseño tan estético o atrayente, pero habían imitado algunos de los otros tatuajes que le sonaba haber visto en el ruso cuando hizo la maleta en Koh Phangan.

—No te van a tocar un pelo —le aseguró Singapore en inglés—, pero es mejor si no los miras mucho. A otro le arrancarían la piel a tiras.

Ayane se dio la vuelta con su plato vacío en la mano y observó la parsimonia con la que el tailandés escogía un plátano maduro y un café solo. Aún no lo había visto consumir nada más, y durante el almuerzo también se decantaba por raciones escasas que de ningún modo podrían

saciar a un hombre de su tamaño. Siempre se había preguntado si le pasaba como a ella y el horror que acechaba por las esquinas le cortaba el apetito y después el estómago, impidiéndole mantener los alimentos en el estómago.

—¿Los conoces? —inquirió en voz baja.

—No hace falta que susurres. No hablan una sola palabra de inglés.

Ayane se echó en el plato un *crêpe*, cortó un pedazo de mantequilla y se dirigió a la mesa procurando no hacer ruido. Tomó asiento en la silla desde la que obtenía una visión perfecta de la partida de billar, y, por ende, de los sujetos.

—¿Quiénes son? —indagó ella.

—Matones de Cheng Tao. Le gustan los mafiosos rusos. Ya lo habrás deducido por los tatuajes.

—La verdad es que no. Sé lo que significan las lágrimas en la cara y poco más, aunque sí que he oído hablar de los tatuajes de la mafia rusa.

—Todos tienen un significado —le explicó Singapore—. Se supone que hace siglos que no se llevan. Cuando se han traído asuntos... delicados entre manos, a los mafiosos no les ha convenido que les reconocieran a simple vista. Pero ha habido un resurgir del orgullo de los *vory* —señaló a su espalda con un discreto gesto de cabeza—, y he ahí el resultado.

—¿*Vory*, has dicho? —repitió con un hilo de voz.

—*Vor v Zakone*. La traducción literal es «ladrones en ley». Son las personas que participan en el crimen organizado en los antiguos territorios de la Unión Soviética. Surgieron antes incluso de su formación, durante la revolución rusa del diecisiete. A partir de ahí, podría decirse que se... sindicalizaron, por ponerlo de alguna manera. —Curvó los labios en una sonrisa socarrona—. Fijaron sus códigos, basados en un sentido del honor que quizá tú encontrarías reprochable, se tatuaron para denotar su compromiso con el clan, además de para delimitar su rol dentro del mismo, y... Bueno, se dedicaron a cometer maldades. Tuvieron momentos de declive y momentos de resurgimiento. Ahora están volviendo con todo lo que eso conlleva.

Ayane soltó el tenedor con el que había estado jugando y miró a Singapore a los ojos.

—He oído lo de los tatuajes en los mafiosos. Pero sobre todo investigué las marcas y dibujos de los miembros de la yakuza... —Se calló antes de soltar un dato sensible, como que lo hizo por su padre—. ¿Qué significan? La Virgen, el diablo... Las estrellas, la calavera, el cuchillo rodeado de cadenas...

—Los tatuajes simbolizan crímenes que te hacen reconocible en la cárcel y que te ayudan a ahuyentar a las bandas criminales que se organizan allí dentro. Desconozco el significado de todos, porque lo estudié hace mucho tiempo por mera curiosidad, pero sé que la explicación depende bastante del sitio donde esté tatuado. Por ejemplo, me consta que las estrellas determinan el rango: en las rodillas te dicen que no es un tipo que vaya a arrodillarse ante nadie,

que es un rebelde y testarudo, y en los hombros revela que se trata de una autoridad entre criminales. La calavera, si lleva dos huesos cruzados, te dice que el fulano está cumpliendo una cadena perpetua; el cuchillo rodeado de cadenas, si se luce en el brazo derecho, cuenta que cometió una agresión violenta, pero no llegó a matar. Del diablo no sé nada. Los demonios, por otro lado, simbolizan el odio hacia la autoridad.

Se acordó de las estrellas desvaídas repartidas por los hombros de Black Russian, la calavera que le ocupaba parte de la espalda.

¿Habría ido a la cárcel? ¿Cuándo?

Con lo joven que era, no debía de haberse quedado mucho tiempo.

—¿Y la Virgen? —insistió en saber—. ¿Por qué se tatuaría un criminal a una virgen?

—La Virgen es más complicada y también el tatuaje más popular. Un *vory* me explicó que en su lenguaje significaba que le profesaba una lealtad absoluta a un clan concreto; otro, que en todos los casos indica de quien lo lleva que estuvo entre rejas desde edades tempranas. La opinión general es que se la tatúan para que les proteja del mal.

—¿Por qué la lleva Black Russian?

El gesto sereno de Singapore sufrió una variación casi imperceptible, pero Ayane lo notó porque había fijado la mirada en su expresión para no perder detalle. Confirmó lo que había sospechado nada más escucharlo: que ninguna de esas explicaciones respondía a los motivos de Black Russian.

—No lo sé —respondió, y agachó la mirada para centrarse en su desayuno.

—Y una mierda que no lo sabes.

—Incluso si lo supiera, no me correspondería a mí contar la historia de nadie. No me importa explicarte un saber popular que puedes ampliar en la página de Wikipedia; ahora bien, preferiría no meterme en problemas con los *Vor v Zakone*.

—¿Es por eso por lo que estás aquí, haciendo lo que te mandan? ¿Para no meterte en problemas? Porque no eres como los demás —le soltó con vehemencia—. No disfrutas con este trabajo.

Singapore se reclinó en el asiento ayudándose del borde de la mesa, desde la que se impulsó sutil y gradualmente.

—Te sorprendería saber la cantidad de tipos que hay en mi puesto que no se divierten con lo que ven —suspiró—. No somos una minoría. Lo que pasa es que no hacemos tanto ruido como los sádicos.

A Ayane no le cupo la menor duda de que decía la verdad.

—¿Cuál es tu historia, entonces? —tanteó, entrelazando las dos manos con los codos apoyados sobre la mesa—. ¿O ni siquiera tienes derecho a dar tu versión sobre tu propia vida?

Singapore sonrió sin energía.

—Digamos que no me queda elección, Hayami.

—¿Y desde cuándo no tienes elección?

—Te has levantado curiosa, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Aprovecho las oportunidades cuando se me presentan.

—Llevo unos cuantos años envuelto en estas... dinámicas. El suficiente tiempo para haber empezado a preguntarme por qué no me han pillado y puesto entre rejas aún.

—¿Y por qué? ¿Qué te trajo hasta aquí?

—Mayoritariamente... —desvió la mirada a los restos del plátano y se entretuvo doblando y estirando una de las partes de la cáscara— la necesidad.

Ayane descansó la barbilla en una mano y se lo quedó mirando con una extraña simpatía. No le sorprendió que les uniese la amenaza que se cernía sobre sus cabezas. De algún modo, los desgraciados se reconocían entre ellos, y la agente supo desde el primer día que aquel tipo sentía y padecía.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber.

Él sonrió, agradecido porque sintiera curiosidad por la persona que fue una vez.

—No tengo nombre, ya lo sabes. Solo apodo.

—De acuerdo —cabeceó ella, consciente de lo que le estaba pidiendo—, pero si pudieras elegir cómo llamarte, ¿qué nombre escogerías?

—Niran. Niran Suriya —respondió sin pensarlo—. ¿Qué hay de ti? Parece que Hayami no se ajuste del todo a tu carácter.

Ella fingió meditarlo.

—Me gusta Ayane, ¿sabes? —Le lanzó una mirada divertida—. Si buscas su significado en páginas de internet, descubres que ninguna se pone de acuerdo. Para unos es la traducción de «mariposa», y hace referencia a la transmutación de la vida natural; para otros, significa «flor silvestre». Creo que llegué a leer que era una forma de decir «tener un gran espíritu».

—Todos esos simbolismos encajan contigo —sonrió Singapore.

—Me gusta pensarlo, sí. Pero ya sabes que me llamo Hayami —apostilló con cansancio. Había empezado a apreciar a Singapore, y, aun así, estar con él era un recordatorio de la miseria en la que vivía.

—Y yo me llamo Singapore.

La entrada de un intruso interrumpió la conversación. Ayane creyó que se trataría de Jing o Sun Hee, o alguna de las otras chicas que dormían en plantas inferiores, pero fue un hombre asiático el que se abrió paso en la estancia buscando algo... o a alguien.

No lo reconoció enseguida. Solo había visto a Cheng Tao una vez, y fue a través de la rendija del escritorio de Black Russian. Trataba de compensar su modesta estatura con prendas de

calidad, como el perfecto traje de sastre que vestía esa mañana. Peinaba su cabello hacia atrás, igual que un galán de telenovela.

Ayane tuvo la prudencia de sellar los labios para que no la cazara pronunciando una palabra en inglés. Pero por poco se le escapó una maldición cuando la mirada de Tao cayó sobre ella y su rostro se iluminó.

Había dado con lo que estaba buscando.

Le hizo un gesto con el dedo para que se acercara, la clase de lenguaje no verbal que se entendía a lo largo y ancho del mundo.

Sin otro remedio, pero con obvios recelos, Ayane se levantó con lentitud. Intercambió una mirada rápida e insegura con Singapore, que demostró no tener ni idea de a qué se debía el interés del chino, y rodeó la mesa para acercarse a él con la mayor dignidad posible.

—Acompáñame —le pidió en tono afable, pasándole un brazo por la espalda.

Ayane resistió el impulso de volver a girarse hacia el tailandés y siguió a Tao, vigilando que esta vez no iba escoltado por guardias de seguridad, como había visto que era habitual.

Y con razón. Si era cierto que tenía las manos manchadas de sangre, y de la sangre de su padre para más señas, todas las precauciones tomadas serían pocas.

Le sorprendió que no la condujera hasta el ascensor, sino a la suite de la que había salido momentos atrás. Estaba resguardada por la imponente figura de un gorila de dos metros de estatura. No osó mover una pestaña hasta que Tao aspaventó con impaciencia hacia él para que se retirara. Abrió la puerta y, como un gentil caballero, la invitó a pasar.

Ayane se lo pensó dos veces, pero había pocas alternativas. O pasaba aunque le diera mala espina, o pasaba aunque le diera mala espina. Echar a correr por el pasillo para abrazarse desesperadamente a Singapore no era una opción.

Tao cerró la puerta tras él sin ninguna prisa. Ayane había tomado la precaución de abrir una separación de dos metros y medio, y el chino no dio a entender que pretendiera reducirla.

Nada más girarse hacia ella, entrelazó las manos sobre el regazo y la miró con una sonrisa serena.

—Creo que no nos han presentado oficialmente, Hayami. Apenas nos vimos de refilón hace alrededor de un mes, el mismo día que tomé posesión del cargo de propietario del casino. Soy Cheng Tao. El tercero, siendo más concretos. Mi padre y mi abuelo se llamaron así antes de mí.

Ayane probó a sonreír con vulnerabilidad para darle a entender que no entendía lo que le estaba diciendo. Pero Tao había realizado la genuflexión típica de los agradecimientos y presentaciones en Oriente, y como mujer japonesa le correspondía devolverla: lo hizo de manera atropellada con las manos sobre los muslos.

Habían empezado a sudarle las palmas.

El dueño se dio por satisfecho con un asentimiento. Barrió la estancia con una mirada

apreciativa que solo pretendía postergar el momento de la verdad.

—Hace ya un tiempo desde que el ruso se fue. —Arrancó a andar al mismo tiempo que comenzó su perorata, enunciada en el tono solemne de los discursos. Aún tenía los dedos entrelazados en el regazo—. No me dijo que pretendiera largarse para siempre, pero considerando su... expediente, por decirlo de algún modo —cabeceó, sonriendo por culpa de un chiste interno, y se detuvo junto a la cómoda para recorrer la superficie con el dedo. Se acercó la yema a los ojos para comprobar que no se había manchado de polvo—, no me extrañaría que no volviéramos a verle el pelo. Eso te pone en una situación muy delicada, Hayami —concluyó, mirándola de soslayo todavía con el índice en alto—. Porque, según me han contado, eras su puta preferida y todo el mundo tenía órdenes de no tocarte si él no les daba permiso. Comprenderás que nada intensifica el hambre de un hombre como que le prohíban uno de los manjares de la mesa. Toda una serie de accionistas te han echado el ojo y están ansiosos por hincarte el diente. Tendrás que dejarte tarde o temprano —apostilló con brío. Juntó las manos dando una palmada—, porque no me gusta tener parásitos en plantilla.

—Lo siento, señor Cheng —respondió Ayane en japonés. Acompañó el tono de disculpa de una lograda mueca de consternación—. No hablo inglés y no tengo ni idea de qué me está diciendo. Si pudiera traer a un traductor, o... o quizá explicarme en francés, podría...

—Aunque hay una alternativa al trabajo sexual —prosiguió Tao en voz alta, sin prestarle atención. Retomó el paseo por la habitación hasta plantarse a una distancia razonable de ella—. Personalmente, es la que prefiero. Eres una criatura preciosa, Hayami. —Acompañó el halago de una tierna caricia a su barbilla. Ayane llegó a sobresaltarse con el roce, que la distrajo durante el segundo que Tao tardó en llevarse la otra mano al interior de la chaqueta y sacar una pistola para apuntarla a la cara—. Pero uno nunca sabe por dónde le puede salir una puta. Si resulta que eres tan habladora en persona como has demostrado serlo en tu cuadernito de cartas, me podrías meter en un serio problema de cara a mi imperio. Y si he llegado hasta aquí pisando el cadáver de mi padre, como tú muy bien sabes, te podrás imaginar que me importará una mierda pisar el tuyo.

Tao accionó el martillo del revólver y presionó el cañón contra la frente de Ayane. Cuando quiso dar un paso atrás, asustada, chocó con la puerta del baño. La inminencia de la amenaza fue tal que ni siquiera se le ocurrió maldecirse por estúpida.

—No me atrevería a decir nada —se apresuró a aclarar con las manos en alto.

Tao soltó una carcajada.

—Cojones, si hasta tienes acento americano... ¿De dónde eres? No es neoyorquino, no es de los grandes lagos, no es sureño... Es el perfecto acento americano de las películas de Hollywood. El estándar. —Meneó la cabeza con desaprobación—. Ese hijo de puta de Black Russian me las va a pagar por haberse reído de mí. Y tú has debido de creerte tan especial e intocable como él, o

no habrías cometido un error de principiante. ¿Qué te piensas? —Presionó el arma contra su cabeza—. ¿Que no registraría la habitación de un matón de mierda que ha desaparecido sin dejar rastro?

Ayane abrió la boca para disculparse, justificarse. Ni ella misma lo sabía muy bien. Tao abortó cualquiera de sus defensas golpeándole la cabeza con la culata del revólver. La agresión la mareó, aunque no tanto como para perder el equilibrio u olvidar lo que había aprendido en el centro de entrenamiento. Aprovechó que el chino aún sujetaba el arma contra ella y utilizó el antebrazo para golpearle el codo por dentro. Se sirvió de la mano contraria para quitarle el revólver, abofetearle violentamente con el cañón y arrojarlo al suelo de un rodillazo en el vientre.

Para asegurarse de que no sollozaba o gritaba para alertar al gorila de la puerta, Ayane se sentó a horcajadas sobre él y le metió el extremo del arma en la boca.

—¿Y tú qué coño te piensas? —le replicó con frialdad—. ¿Que el matón de mierda no me habría enseñado algún que otro truco para defenderme?

No podía matarlo. Sería la forma más estúpida de perder la vida ella misma a manos de sus captores.

Estaba en un callejón sin salida. Hiciera lo que hiciese, no saldría viva de la habitación.

Tao se benefició de su desorientación. Recogió los dedos en un puño y le propinó un golpe severo en el centro de la garganta. Ayane soltó el revólver para llevarse las manos al cuello y controlar un violento acceso de tos que la dejó fuera de juego durante cinco segundos; los cinco segundos que Tao tardó en sacársela de encima de un empujón que la arrojó de espaldas contra la alfombra.

El chino demostró tener orgullo, porque no cogió la pistola para volarle la cabeza. Quiso hacerle pagar por su insurrección forcejeando con ella con manos y piernas.

—Sois todas unas... putas... traicioneras... —gruñó entre jadeos.

Ayane le escupió en la cara para despistarlo y trató de alargar la mano hacia el arma, esta vez decidida a matarlo. Al menos se llevaría por delante a un miserable en su camino al infierno. Pero Tao comprendió sus intenciones y fue más rápido agarrando el mango del revólver y volviendo a apuntarla, esta vez al pecho.

Le dirigió una sonrisa macabra.

—Se acabaron tus días en Shanghái. Espero que disfrutaras de la estancia...

Ayane apretó los dientes y, en un movimiento guiado por la adrenalina, se llevó la mano al pelo. Extrajo la gruesa aguja que le había estado recogiendo la melena en un moño, la empuñó como si se tratara de un cuchillo y se lo clavó en el hombro. Para evitar que el guardia escuchara su aullido de dolor, le cubrió la boca con la otra mano.

Esperó a que el mareo de la herida lo derrumbara sobre el costado para desarmarlo de una patada en la muñeca. El revólver no voló demasiado lejos por culpa de la alfombra, que frenaba

el deslizamiento, pero, gracias al cielo, acabó a los suficientes metros de distancia para que dejara de ser una amenaza.

Tao se miró la mano manchada de sangre de la herida y palideció por la impresión.

Ayane soltó una carcajada.

—Mírate... No tienes escrúpulo con el asesinato, pero te retuerces como un gusano si te haces un pequeño rasguño. Supongo que lo entiendo. A lo mejor a mí también me daría miedo mi sangre si hubiera derramado la de mi padre por algo tan sucio como la avaricia.

Sabía que debería haber aprovechado para huir, pero, al verle asustado, tratando de levantarse en vano para llamar a su guardaespaldas, una de las partes muertas de Ayane volvió a la vida.

El espectáculo era tan grotesco que no pudo resistirse a quedarse mirando. Le ardía la cabeza, ahí donde Tao la había golpeado, pero también empezaron a dolerle las zonas del cuerpo donde la habían mordido, azotado o incluso besado; las zonas del cuerpo que habían mancillado sin su permiso gracias al patrocinio de cerdos como aquel.

El deseo de venganza fue tal que se le enturbió la vista, y, antes de pensárselo dos veces, aferró con más ganas la aguja de metal y se abalanzó sobre él para hundírsela en el pecho, luego en el cuello, después otra vez en el cuello, y de nuevo en el cuello, cuello, cuello, dispuesta a destrozarle la vena que le mantenía con vida.

Levantó la mano para asestar la puñalada definitiva, sonriendo con una mezcla de incredulidad y placer perverso al atestiguar su expresión de horror, aquella con la que lo mandarían al crematorio.

Pero alguien la agarró firmemente por la muñeca y evitó que lo matara.

Ayane se revolvió contra la mano de Dios, la mano que la separaba de convertirse en una asesina, y se preparó para empuñarla contra quien pretendía arrebatarse su única satisfacción. Giró en redondo, hiperventilando con una sed de sangre que le había nublado la razón, y todo su cuerpo se puso de acuerdo para que le fallaran las fuerzas al toparse con unos intensos ojos azules.

Sin atreverse a pestañear, Ayane soltó la aguja, que cayó sobre la alfombra en un silencio cómplice de su crimen. Black Russian comprendió con eso que había renunciado a sus instintos homicidas y rompió el contacto físico, pero no sin antes tirar de ella en la dirección que la alejaría del cuerpo desmadejado de Tao.

El chino se retorció en el suelo, agarrándose la garganta.

Pensó que Black Russian se lo echaría al hombro y lo sacaría de allí para garantizarles a ambos una posibilidad de supervivencia. Si a ella la matarían por haber tratado de acabar con el dueño del casino, él sería el siguiente por haberla metido allí, por haberle dado privilegios y, en teoría, por haberle enseñado a defenderse.

Pero solo se acuclilló junto a Tao y descansó los antebrazos sobre los muslos.

—¿Qué le has hecho, eh? —inquirió en tono paternalista—. Nunca ha sido suavita como la seda, pero suele ser más complaciente que esto.

—Ha intentado matarme porque ha descubierto que hablo inglés —respondió Ayane atropelladamente. Se abrazó los hombros—. Ha... encontrado una libreta que he estado utilizando como diario.

Aunque Black Russian estaba de espaldas a ella, vio que movía la cabeza en sentido afirmativo. Pero fue un asentimiento vago, como si sopesara las alternativas.

Después de unos segundos de deliberación que se le hicieron eternos, se incorporó. Estuvo segura de que se iría por donde había venido, dejándola a ella a cargo de la situación, pero se limitó a estirar una pierna y a abrirse hueco entre los dedos manchados de sangre de Tao, quien se aferraba la garganta con desesperación, para pisársela con sus relucientes zapatos de noche. Empezó presionando levemente, y para cuando el chino había puesto los ojos como platos, consciente de que eran sus últimos minutos en la Tierra, Black Russian ejerció la presión justa de un movimiento letal, echando todo su peso, y le rompió el cuello.

Ayane agradeció que le regalara unos segundos para asimilar lo sucedido antes de apartar el pie y girarse hacia ella con el gesto sombrío.

—¿Tan estúpida eres? —le preguntó con voz queda.

En el silencio, el reproche sonó como un latigazo.

—¿Cómo? —balbuceó, todavía sobrecogida por el ataque y su aparición estelar.

—¿Un diario escrito en inglés? ¿De verdad? Ya que te ponías, podrías haberle cantado el himno nacional estadounidense.

Ayane sabía que tenía toda la razón del mundo para estar furioso. Ella misma se habría abofeteado por imbécil si le hubiera sobrado el tiempo. Pero justo en ese momento estalló dentro de ella la bola de indignación que había tratado de acallar para no admitir en voz alta que había notado su ausencia.

—¡Y yo qué cojones sabía que iban a registrar la suite! ¡Lo han hecho buscando pruebas de tu paradero, ¿sabes?! ¡Si no hubieras desaparecido de repente, Tao no habría entrado ni para leer mi diario, ni con la intención de volarme la cabeza!

Él le sostuvo la mirada con aburrimiento.

—Tienes un talento innato para culpar a los demás de las majaderías que se te ocurren.

—¡Vete a la mierda! —le rugió, y al ver que él no solo no reaccionaba, sino que se daba la vuelta con toda la intención de cumplir su pedido, Ayane se arrojó sobre su espalda para agarrarle del cuello de la camisa—. ¡No te gires cuando te estoy hablando! ¿Se puede saber dónde demonios has estado?

Black Russian la miró por encima del hombro como si fuera un vil gusano.

—Lejos de ti —atajó con desdén—. Y, visto lo visto, había sido una buena decisión.

Ayane lo soltó como si la prenda le hubiera lanzado una descarga, aún demasiado aturdida por lo acontecido como para ofenderse.

—¿Una buena decisión? ¿Para quién? ¿Para el tío que por alguna extraña razón pensó que era prioritario evitar que me hicieran daño? ¿O para la mujer que se ha quedado aquí echándole la llave a la habitación, convencida de que aprovecharían tu viaje para entrar a violarla? No he estado tan equivocada, porque mira lo que ha pasado. ¡No sé por qué coño te tomaste la molestia de venderle a nadie la historia de que soy tu chica si luego te da igual que me ataquen!

Black Russian giró en redondo para fulminarla con una mirada que lanzaba chispas. La intensidad de su reacción física la intimidó casi tanto como la sorprendió, y para cuando quiso darse cuenta, lo tenía prácticamente encima agarrándola del cuello de la camiseta.

—Me estoy cansando de tus espectáculos. Tengo mejores asuntos de los que ocuparme que de ti, así que más te vale dejar de comportarte como si fueras el centro de mi mundo. No eres nada —deletreó con frialdad—. Nada.

Ayane alzó la barbilla para encararlo con la misma actitud beligerante.

—Quizá no sea lo más importante, pero algo significaré para ti si acabas de cargarte a tu empleador solo porque me ha amenazado con una pistola.

—*Miy lyubyy...*^[4] —pronunció con una implacable dulzura que la desestabilizó— Descenderé a los infiernos para devolverlo a la vida y darle las gracias personalmente por haber intentado salvarme del castigo divino en el que te has convertido.

Ayane jadeó, anonadada.

—¡Llevas un mes entero sin aparecer por aquí! ¿Se puede saber por qué demonios entras hablando como si te tuviese hartos?

Black Russian se retiró dando un paso atrás con una expresión rayana en la irritación.

—No voy a permitir que me sigas distraendo —sentenció con la barbilla alta—. Por tu culpa perdí un contacto de importancia vital aquella noche temática.

—¿Por mi culpa? —repitió, anonadada—. ¡Yo no fui a buscarte! ¡No te arranqué de la conversación que hubieras estado teniendo con tu contacto!

—Tal vez contemplar tu afán autodestructivo se me antoje terriblemente adictivo —ironizó con los párpados entrecerrados.

—Casi tanto como intervenir en el último minuto, ¿no? —replicó, envalentonada. Sentía la sangre ardiendo en las venas, viva como nunca, y la sensación fue tan placentera que se negó a soltarla cortando la discusión—. No es mi problema que tu trabajo te haya llevado a idealizar el rol de salvador y tiendas a representarlo en cada oportunidad que se te presenta.

—Pero sí es tu problema que quieras follarme cada vez que se me ocurre intervenir en tus episodios masoquistas.

—Dos no follan si uno no quiere, ruso de mierda.

La comisura de los labios de él amenazó con curvarse hacia arriba, pero no permitió que una sonrisa traicionera le concediera la victoria de la pelea a Ayane. Odió que domesticara aquel impulso natural, el primero que veía surgir desde que lo conocía, y odió que no siguiera la conversación donde ella la había dejado.

—Créeme, *malyshka*. Si para evitarte tengo que mudarme a Siberia, ya sabrías a dónde enviar tus cartas. En inglés —repitió, como si aún no se lo creyera, y añadió entre dientes—: Manda cojones.

Ante la confusa mirada de Ayane, que no lo había visto jamás tan fuera de sí, Black Russian se agachó para recoger la aguja del suelo. Le echó un vistazo desinteresado con la boca torcida en una mueca y limpió la sangre de Tao restregándosela dos veces en la camisa negra que llevaba.

Aunque Ayane acababa de descubrir lo útil que podía ser cuando se empuñaba con un arma, el corazón se le encogió porque supo que, al aproximarse en su dirección, no fue con la intención de utilizarla para hacerle daño. Black Russian le recogió el pelo en un moño peinándole los vellos más rebeldes de la nuca con los dedos, giró la melena en un rodete perfecto y lo atravesó con la aguja. Apenas tres, cuatro movimientos certeros que la dejaron patidifusa y con la boca seca por lo cerca que había estado de ella.

—Intenta no manchar nada la próxima vez —le sugirió en un tono más civilizado, mirándola a los ojos—. No quiero tener que pisar regueros de sangre para llegar a ti.

—¿Qué significa eso? —se apresuró a preguntarle antes de que pusiera pies en polvorosa, impaciente por llegar a ese destino del que se suponía que ella le había estado distrayendo—. ¿Te vas a quedar?

Él prolongó el silencio con el único objetivo de ponerla nerviosa.

—Igor —llamó en voz alta, sin apartar la vista de Ayane—, haz el favor de entrar y ayudarme con este estropicio. Me temo que la dama tiene unas obligaciones epistolares que atender.

—¡Oh, por Dios! —aulló ella, desesperada. Se llevó las manos a la cabeza, y esa fue la posición en la que la encontró el gorila de la puerta al pasar, advertir el cadáver de Cheng Tao y pasar a la acción sin hacer una sola pregunta—. ¿Qué te importa a ti que escriba cartas, joder?

Ya situado a los pies del muerto para cargarlo con facilidad entre dos, Black Russian le hizo una enigmática caída de ojos.

—A mí me importa todo.

Capítulo 10

Ayane dio la vuelta en la cama, todavía en el séptimo sueño, y alargó un brazo hacia el lado vacío de la cama doble para agarrar la almohada. Le pareció que estaba más dura de lo habitual, pero no le disgustó la sensación. La abrazó y se acurrucó contra ella con una sonrisa satisfecha.

Sonrisa satisfecha que se inclinó hacia la extrañeza cuando, aun dormida, se percató de que irradiaba calor humano.

Sin demasiado interés por averiguar qué estaba pasando, abrió los ojos apenas una rendija y luego los volvió a cerrar.

No transcurrió ni un segundo hasta que cayó en la cuenta de lo que estaba pasando y se apresuró a incorporarse con el pulso acelerado. Ya sentada, despeinada y soñolienta, observó el cuerpo masculino tendido de espaldas a ella con una mano debajo del cojín de satén. Se asomó hacia delante con cuidado de que los muelles de la cama no delataran su curiosidad y confirmó que Black Russian estaba dormido.

Y también semidesnudo.

Ayane se frotó los ojos con un suspiro cansado en la punta de la lengua. Se convenció de que estaba soñando, pero el invitado no se había desvanecido para cuando terminó de masajear las sienes y los párpados. Se planteó ponerse prendas menos reveladoras antes de ocultarse bajo las mantas y aprovechar que el sueño había vuelto a ella para seguir recuperando energía, pero su aparición le había chocado tanto que ya ni siquiera tenía ganas de descansar. Y menos aún a su lado.

Se quedó contemplando la desesperante discreción con la que Black Russian respiraba, como si, en lugar de dormido, estuviese muerto. Solo si se detenía a observarlo con particular fijación se percataba de que su hombro subía y bajaba acompasadamente.

Lo que más llamó su atención, sin embargo, no fue la paz con la que dormía pese a haber matado a un hombre la noche anterior. Fue un tatuaje que no recordaba haberle visto y del que Singapore tampoco le había hablado. Era, con diferencia, el grabado más antiguo de todos, porque el color estaba más desvaído y se notaba que no se lo había curado bien. Ocupaba todo su omóplato derecho y se extendía espalda abajo sin llegar a ocuparla entera.

Una sirena con el rostro contraído en una mueca de pavor alzaba las manos para tratar de huir de la red de araña en la que la habían atrapado. Al igual que el resto de las piezas de su colección, el tatuaje generaba una sensación de profundo desconcierto e inquietud en quien lo miraba.

—No me digas que eres de las que despachan a sus citas después de una noche de pasión —la voz manó de las profundidades de su pecho, ronca y sugerente. Ayane respingó, no tan sorprendida porque se hubiera estado haciendo el dormido como porque nunca lo había oído hablar nada más despertarse—. Este comportamiento de virgen aprensiva por tener que compartir una cama no te pega nada.

—¡Pues claro que me sorprende! —se quejó con las mejillas ardiendo—. ¡No recuerdo que te acostaras conmigo anoche!

—Soy demasiado educado como para despertar a la gente cuando llego de madrugada.

—Pero no tanto como para plantearte dormir en otro lado, ¿no?

Black Russian se giró hacia ella. Se quedó tendido sobre el costado contrario. Ahuecó el cojín bajo el que había doblado el codo derecho y la miró con los párpados entrecerrados. Los dibujos del almohadón le habían dejado marcas temporales en la mejilla, y el sueño había estampado un sello brillante en el azul de sus ojos.

—¿Dónde quieres que duerma? Esta también es mi habitación.

—¡No has dormido aquí ni una noche! —insistió. En el fondo, no sabía muy bien qué reprocharle; solo que debía presentar pelea. Pero estaba todavía demasiado aletargada y también sorprendida por no haber tenido ni una sola pesadilla.

—Para todo hay una primera vez.

Ayane apretó los labios. Como no se le ocurrió una réplica a la altura de su sinvergonzonería, desvió la mirada hacia el lado contrario. Se frotó un hombro para consolar a su piel de gallina.

Por supuesto que el comportamiento de virgen aprensiva iba con ella. Era la primera vez en más de cinco años que despertaba junto a un hombre que no fuera Jace. La sensación era tan novedosa, además de turbadora, que se le escapaba el mejor modo de actuar. Solo sabía que aquel era uno de los límites que nunca había pretendido cruzar con nadie que no fuese su marido, como tantos otros que pudieran indicar o fomentar una mínima intimidad emocional.

Entonces reparó con espanto en que, al sacar el brazo de debajo del cojín, Black Russian revelaba haber dormido con una dudosa compañía: el dedo índice de su mano terminaba en el gatillo de una pistola.

—¿Qué coño haces con eso?!

—¿Es necesario que me grites antes de las ocho de la mañana? —suspiró, cansado, y se fue incorporando—. Ayer me cargué a Cheng —resolvió con sencillez. Dejó el arma sobre la mesita de noche y se crujió el cuello antes de levantarse—. No me iba a arriesgar a que me encontrasen desarmado cuando entraran a vengarlo.

Ayane se quedó muda.

¿Sería posible que Black Russian hubiese dormido con ella esa noche en concreto para protegerla de las más que probables represalias? No era ningún secreto que el nuevo propietario

del casino había muerto en la suite 818. Si tenía un club de fanáticos, no habrían tardado en organizarse para escenificar una cruenta vendetta.

Sacudió la cabeza, reacia a aceptar aquella teoría como cierta.

Siguió con la mirada el recorrido de Black Russian por toda la habitación. Le vio movilizar los hombros con oscilaciones circulares y despertarlos sujetándose el brazo con la mano contraria presionada a la altura del codo. Hizo otro par de estiramientos hipnóticos delante del armario abierto, del que solo colgaban prendas oscuras. Cuando juntó las manos a la espalda para cruzarse la columna, los músculos de los omoplatos se tensaron formando una mariposa de piel y tinta desvaída, abriendo a la vez una cavidad entre las escápulas que sintió la tentación de acercarse a besar.

«¡Estás loca!», se gritó para sus adentros.

«¿Lo estás?», contraatacó la voz interior. «El tipo te hizo un cunnilingus de película porno antes de marcharse, y probablemente lo que te acaba de decir era una especie de coqueteo en su limitado idioma de violencia y brutalidad».

Ayane se aferró a la hipótesis de que Black Russian se preocupaba por ella para romper el silencio con un tono de voz conciliador.

—¿Puedo hacer algo por ti? —Esperó a que él arqueara la ceja de la sorna en su dirección para especificar—: Está claro que no trabajo como prostituta, tampoco limpio los baños, no soy bailarina de *pole dance*, no vendo cigarrillos en el casino... Pero eso no significa que esté aquí para nada, ¿no? Debe de haber alguna razón por la que has decidido conservarme en lugar de matarme, prostituirme o, Dios no lo quiera —se le acabó escapando una nota de sarcasmo—, enviarme de vuelta a casa.

Black Russian se vistió con un sencillo jersey de cuello vuelto introduciendo primero las manos por las mangas. Inconscientemente, Ayane pensó que Jace se ponía la ropa por la cabeza y luego ya sacaba los brazos.

Él le lanzó una mirada de soslayo tan significativa que por un momento creyó que había interceptado sus pensamientos.

—Todavía me lo estoy pensando.

Dicho aquello, se dirigió al baño. Ella seguía sintiéndose tan fuera de lugar que no se atrevió a bajar de la cama. Se quedó sentada en posición de loto sobre las sábanas revueltas.

—¿Y qué posibilidades andas barajando? —preguntó en voz alta—. Porque digo yo que algo se te habrá ocurrido. Llevo aquí alrededor de un mes y medio. —Al verlo aparecer bajo el umbral dándole un generoso sorbo al colutorio, añadió con más seguridad—: Lo pregunto para saber a qué atenerme. Si te soy sincera, me sentiría mejor si desempeñara un papel en toda esta historia. Si tuviera... algo que hacer.

Black Russian escupió el enjuague bucal en el lavabo, visible desde la posición de Ayane. Desde allí, enarcó la otra ceja: la de la sorna más intensa.

—Pensaba que ya estabas entregada a la virtuosa tarea de completar un *bullet journal*.

—Por Dios. —Puso los ojos en blanco—. ¿No piensas dejarlo correr nunca?

Ya se sentía avergonzada por haber cometido tamaño error. ¿Qué más quería de ella? ¿Por qué se lo había tomado como algo personal?

Se le ocurrió que Black Russian podría haber leído el contenido de su diario, de sus cartas, y haberse puesto celoso del hombre al que le escribía.

No, no era posible. De todos los defectos que había contemplado en el tipo y de los muchos más que le había atribuido por gusto o por supervivencia, el de envidioso ni se le había pasado por la cabeza.

—Solo digo que hasta preferiría que mi objetivo real fuera calentarte la cama y no ver morir los días y las noches esperando a que se te crucen los cables y me metas una bala en la cabeza — se explicó con una docilidad impostada.

—No me gustaría que fueras la primera mujer a la que me cargo.

El corazón le dio un vuelco.

«No ha matado mujeres», señaló la voz interior, entusiasmada.

«Solo ha dicho que no ha matado mujeres. Puede ser mentira. Seguro que es mentira», se insistió ella misma, tratando de aportar un ápice de sentido común a aquella mañana tan desconcertante. Pero ese lado rebelde de su psiquis, invariablemente afectado por la irracionalidad y el deseo de saberse a salvo, ya había decidido creerle a ciegas.

—Qué cosas tan bonitas me dices, ruso.

—Tú tampoco te quedas atrás con eso de ofrecerte a calentarme la cama.

—Yo no me he ofrecido a...

—Se tendrá en cuenta tu propuesta. Sabrás de mi decisión en cuanto haya concluido el proceso de deliberación —enumeró en tono informativo, como un agente administrativo.

—¡No he hecho ninguna propuesta! ¡Simplemente he dicho que...!

Se calló al ver que se acercaba al borde de la cama y aprovechaba que ella tenía las manos en alto, haciendo aspavientos, para entrelazar los dedos con los suyos. Ayane se quedó con la boca entreabierta, suspendida la respiración, detalles de los que él pareció percatarse posando la vista un instante en sus labios; ese instante que tardó en apoyar las manos unidas sobre el colchón, a cada lado de su cuerpo.

Se inclinó hacia ella para rozar la nariz con la suya.

—Simplemente has dicho que soy atractivo, interesante, enigmático... y algo manipulador, pero no sonó como si te pareciera un defecto. —Ladeó la cabeza para valorarla como si se le antojara una visión conmovedora—. Teniendo eso en cuenta, no me extraña gustarte lo suficiente

para ofrecerte voluntaria.

La cara empezó a arderle.

—¿Has leído mi diario!

Black Russian se apartó lo justo para sonreírle burlón.

—Hombre, no me iba yo a perder una obra cumbre de la literatura.

Lo único que Ayane tuvo a mano para arrojarle fue su propia pistola. La agarró de cualquier manera, como si no supiera cómo se usaba, y se la lanzó.

Él la esquivó sin dificultad con una expresión ufana en el rostro.

—¿Eres odioso!

—¿Odioso? No sé yo. Y tampoco soy el tipo más escrupuloso, pero tengo la absurda costumbre de asegurarme de que, si he matado a alguien, es por una buena razón. —Chasqueó la lengua, decepcionado—. Todavía estoy decidiendo si Cheng Tao merecía morir en el nombre de tu arte, *malyshka*. No lo creo. El estilo narrativo que he podido observar no es particularmente brillante, y, en lo personal, no me gustan las cursilerías.

Ayane no encontró la voz para seguir discutiendo. De cara al contenido de la libreta, había sido tan parca en palabras en lo relativo a su trabajo que dudaba que hubiese deducido que era agente federal. Pero había mencionado a una pareja, cuando Black Russian tenía entendido que su compañero y amante era Kingfisher, y también había hablado de Washington.

Los papeles de Hayami Moore, papeles a los que habría tenido acceso como organizador de Fuego y Sangre, la situaban en otra ciudad del estado de California.

Tragó saliva, asustada, y se preguntó si aquella simpática puesta en escena era una trampa para que bajara la guardia y acto seguido castigarla por sus mentiras.

No se lo pareció. Se había propuesto provocarla con una actitud juguetona sumamente desconcertante viniendo de él. Le vino a la cabeza su despedida en Koh Phangan, cuando la tomó entre sus brazos para bailar una canción de Elvis Presley, y estuvo a punto de preguntarle si sufría trastorno bipolar. No debía de ser normal que el ánimo de un hombre oscilara entre dos extremos tan radicales: la frialdad más espeluznante y la travesura adolescente.

Olvidó sus especulaciones y reparos en cuanto Black Russian volvió sobre sus pasos. Apoyó los nudillos sobre la cama, a cada lado de Ayane, y se acercó hasta consumir del todo su espacio y su de por sí alterado sentido común.

—¿No me vas a echar la bronca? —inquirió en voz baja.

¿Estaba flirteando con ella?

—Al final va a resultar que es verdad que te importa todo. Te importa incluso lo que no es de tu incumbencia —rezongó con un hilo de voz.

Estaba tan concentrada en medir la distancia que la separaba de sus labios que su cabeza rehusaba funcionar para otros propósitos.

—Considerando que lo leyó Cheng y que es muy probable que se lo contara a sus compañeros más cercanos, necesitaba saber qué clase de datos sensibles habías proporcionado.

—¿Y has visto algo que te convenciera de que me busqué que intentara matarme?

Él se acercó en un movimiento lo bastante lento para darle la oportunidad de apartarse. Pero no lo hizo, y Black Russian la besó en el punto que unía el mentón con el lóbulo de la oreja.

Ella se estremeció con los ojos cerrados.

—He visto que eres una sentimental, *malyshka*. Y también un poco mentirosa —apostilló en tono desenfadado.

Ayane se habría tensado de arriba abajo si él no le hubiera estado acariciando el cuello con la punta de la nariz.

—Me alegro de que te hayas molestado en conocerme. Nunca está de más atribuirle sentimientos y personalidad a una víctima para que hacerle daño se te haga más cuesta arriba.

Black Russian soltó el aire en una exhalación que pretendía simular una risa sarcástica. La nube de su aliento chocó con la garganta de Ayane, a la que se le puso todo el vello de punta. Su cuerpo reaccionó de forma imprevista endureciéndole los pezones, derritiendo ese nudo en el estómago que la tenía ojo avizor desde que se despertaba hasta que se acostaba.

—Eres de lo que no hay —susurró él.

Ninguna conversación con Black Russian estaba exenta de segundos sentidos y amenazas, pero le costó pensar con claridad cuando su mente cayó en el mismo bucle que en Tailandia.

«Por favor, bésame, bésame, *bésame*. Sé que en tu deseo puedo confiar, porque no está corrompido por el vicio lujurioso con el que los demás han tratado de destruirme. Sé que en tus labios estoy a salvo, porque guardan tantos secretos que por eso nunca puedes hablar. Guardarán también los míos. Lo sé».

Ayane le cubrió las mejillas para acercarlo a ella. Se dijo que lo hizo para distraerlo de las contradicciones entre su diario y su identidad inventada, pero ya estaba ardiendo de anticipación por lo que pudiera suceder. Que él se dejara hacer le produjo una ilusión indescriptible, de la que estallaba en las entrañas y enviaba una oleada de calor abrasador hasta los dedos de los pies. Estaba segura de que la recubría un manto de energía eléctrica y de que le daría la corriente si lo besaba. Y, aun así, rozó sus labios con los de él.

Black Russian dijo algo en su lengua materna que sonó incomprensiblemente tierno.

—El desayuno no nos va a esperar para siempre —añadió en inglés con ningún otro fin que acabar con la magia del momento.

«¿Qué magia?», se quiso gritar para volver en sí misma.

Pero no gritó lo bastante alto.

—Nunca te he visto comer —balbuceó por decir algo. Seguía tan pegada a su boca que, incluso si hubiera abierto los ojos, no habría podido contemplar su expresión por entero.

—¿Qué quieres que coma? —inquirió en el mismo tono secreto.

—No sé... Es solo que parece que... —Deslizó las manos por su mandíbula, por su cuello, por su pecho... El hambre de obtener mucho más estuvo a punto de convencerla de sacarle el jersey por la cabeza—. A veces parece que no eres humano.

—¿Solo porque no me alimento? Es porque tengo un agujero en el estómago.

«Yo también», fue a confesar con un suspiro anhelante.

—¿Es una metáfora o algo así? —inquirió, confusa.

—Supongo —cabeceó con aire pensativo—, pero no como mucho y ya está.

—Pues no es bueno que te alteres los ritmos circadianos. Eso resulta en... mal humor, o en... una depresión, y... y, claro, no me extraña que todo esto conduzca a la vida criminal.

Las comisuras de los labios le temblaron, a duras penas reprimiendo una sonrisa.

—Seguro que elegí este trabajo porque me cuesta conciliar el sueño y llevar una dieta equilibrada —se mofó, aunque en tono amistoso.

—¡Son factores que no ayudan! —se empecinó, abochornada.

—Claro, doctora.

Se separó de ella y, aunque no le guiñó un ojo, Ayane discernió un brillo lo bastante travieso en sus pupilas como para interpretarlo como un flirteo.

Black Russian se dirigió a la puerta y se la abrió para que pasara primero. Ayane no siempre se vestía para desayunar, más que nada porque no solía contar con invitados en el salón además de Singapore. No le importó cruzar el umbral con tan solo un camisón de tirantes de satén negro y los pies descalzos. El ejército de la limpieza trabajaba duro día y noche para que las moquetas estuviesen impecables.

Cayó en una especie de sueño febril al caminar casi hombro con hombro con Black Russian hasta la sala de estar. Podría haber dado un saltito infantil de tanto que se había ilusionado con la actitud que el ruso mostraba hacia ella. ¿Y por qué? La tarde anterior había prestado su colaboración definitiva para asesinar a un hombre, y no a cualquier hombre; al propietario del casino. Había leído un diario en el que contaba intimidades, algunas de ellas delatorias de su verdadera identidad. No tenía nada que celebrar y sí muchísimo que temer. Pero su mente, ya acostumbrada a aferrarse a un clavo ardiendo para no sucumbir a la desesperación, había decidido abrazar el optimismo y pensar que todo iría sobre ruedas por el simple hecho de que él volvía a estar de buen humor. De ese buen humor sospechoso que se asemejaba a un exceso de adrenalina, a un chute de alguna droga de diseño, pero buen humor, en definitiva.

Cuando llegó al salón, descubrió que Singapore y los rusos del día anterior ya se habían servido la comida del bufé. Estaban recostados contra la pared más cercana al minibar, cada uno armado con su plato. Atendían a las imágenes de la pantalla de la única televisión, que casi siempre permanecía apagada y que esa mañana, para variar con respecto de la norma general,

reproducía el canal de noticias.

Nada más entrar, Black Russian rescató un paquete de tabaco de la mesa del comedor y se colocó un pitillo entre los labios. Saludó a sus compañeros en ruso y, aunque se unió a ellos, no perdió la oportunidad de lanzarle una mirada cómplice a Ayane.

Ella sacudió la cabeza, acusándose de estúpida por estar disfrutando del coqueteo. Se sirvió su desayuno habitual, mosqueada con el temblor de colegiala que había debilitado sus muñecas, y tomó asiento en una de las sillas orientadas hacia la televisión.

Aunque el noticiario estuviera en chino y no pusieran subtítulos en inglés para evitar precisamente que las chicas se enteraran de lo que decían, las imágenes eran muy intuitivas. Se esforzó por seguir el curso de las novedades con la barbilla apoyada en la mano, sintiendo en todo momento la mirada fija de Black Russian sobre ella.

Estaba a punto de girarse para comprobar que la obsesión no le estaba jugando otra mala pasada cuando un rostro familiar apareció en la pantalla.

Al principio, Ayane solo sintió una ilusión pueril, como siempre que uno se topaba con alguien que conocía de la vida cotidiana en un medio de comunicación. Se trataba de Vera. Habían rescatado una imagen de cuando aún no había experimentado en la peluquería, con toda seguridad previa a su secuestro: aparecía con un grupo de amigas a las que les habían pixelado el rostro para que toda la atención cayera sobre la dulce sonrisa de la joven.

Ayane se puso de pie de forma involuntaria con el corazón latiéndole a toda pastilla.

¿Sería posible que la hubieran rescatado?, ¿que estuviera allí porque la policía nacional o los servicios de inteligencia hubiesen destapado una ínfima parte de la red de trata? Puso los cinco sentidos en discernir lo que el presentador estaba contando con el semblante inexpresivo que parecía accesorio reglamentario en todo reportero.

Quizá estuviese más serio de la cuenta.

¿Y si su familia se había limitado a pagar para que apareciese en los medios y así fuera más fácil localizarla...?

El principio de sonrisa que había estado tonteando con sus labios desapareció de un plumazo. El marco del periodista se hizo a un lado para mostrar nuevas imágenes en el cuadro derecho: en un lugar de la costa china, un grupo de profesionales vestidos con chalecos reflectantes se habían arremolinado para, con fuerza y empeño, sacar de las profundidades del mar una bolsa de basura del tamaño de un cuerpo humano.

Ayane dejó de respirar cuando el corresponsal se giró hacia una persona que había permanecido oculta hasta el momento. Una mujer de cuarenta y cinco, cincuenta años se deshacía en lágrimas con las manos unidas en un rezo. En su lengua materna, el ruso, apelaba a los espectadores entre llorosos balbuceos, no sabía si pidiendo respeto, venganza o un ápice de compasión.

Desesperada por confirmar que estaba malinterpretando el asesinato de Vera, buscó a Black Russian con la mirada. Él no había movido una pestaña. Permanecía recostado contra la columna, rodeado de los que ahora eran sus esbirros, fumando con la tranquilidad de quien había abordado una misión con éxito rotundo.

Como si hubiera sentido el peso de su dolor, su miedo o su indignación, Black Russian le devolvió la mirada. No había rastro ya de su simpatía, sino una indolencia imperdonable. Ella ya había empezado a tomar conciencia de lo sucedido. Nada que no hubiese presenciado el mismo día que llegó a Shanghái, o que los dos miembros de la familia Cheng no se hubiesen molestado en recordarle por las malas: que allí primaba la ley del más fuerte y las mujeres estaban a merced de sus dueños.

Pero ver aquel cuerpo siendo rescatado del océano, un cuerpo que la había abrazado para apaciguarla, y comprobar que la habían arrojado al olvido sin cabeza, sin la cara a la que Ayane se había aferrado para seguir creyendo en la bondad humana, pudo con su autocontrol.

Podría haber exigido explicaciones, haberse arrojado contra Black Russian para estrangularlo en el noble nombre de la venganza. Pero recordó las indicaciones que Singapore le dio en su día, que Vera había sido vista por última vez saliendo del casino de la mano del ruso, y un acceso de bilis estuvo a punto de doblarla por la mitad.

Solo se le ocurrió huir. Incluso si era una medida estúpida y no llegaría a cruzar la calle, sintió que corría más peligro que nunca y que bien merecía la pena tratar de ponerse a salvo. Salió del salón a toda prisa, como si hubiese olvidado la sartén en el fuego encendido.

«A mí me importa todo», le había dicho él.

«¡Y una mierda!», quiso rugir en respuesta.

En su precipitada carrera por el pasillo, comprobó con un rápido vistazo por encima del hombro que nadie había salido en su captura. Ni siquiera Singapore, tal vez porque se había quedado igual de horrorizado. Pero Ayane no podía permitir que el miedo la paralizara. Si habían matado a Vera de un modo tan cruel y habían intentado borrarla de la faz de la Tierra como si nunca hubiera valido nada, Vera, que era obediente, amable y enriquecía a los peces gordos del casino, ¿qué no harían con ella?

¿Ella, que era inútil, rebelde y, ahora, también una asesina?

Había sido una estúpida por pensar que con Black Russian estaba a salvo.

Tomó el camino de la escalera de incendios, segura de que si hubiese bajado en el ascensor, dos gorilas la habrían recibido en la planta baja con las pistolas esperándola escondidas bajo la americana.

No estaba segura de adónde conducían. No estaba segura de nada. Su mente era un hervidero de preguntas sin respuesta, todas ellas censuradas para subrayar por encima una palabra que brillaba más que un neón.

«PELIGRO».

Estuvo a punto de tropezarse con sus propios pies en el rellano del segundo piso. Se aferró a la baranda con las palmas sudorosas y siguió bajando como alma que llevaba el diablo, alternando jadeos entrecortados con sollozos.

Empujó la puerta de emergencias que la recibió al final del recorrido. Una oleada de aire frío la abofeteó nada más poner un pie en el asfalto.

Había llegado a una de las salidas traseras.

El callejón olía a aceite quemado. Una nube de vapor caliente se concentraba a unos pasos de distancia, ahí donde se hallaban las cocinas. Recordó el lugar del día de su llegada, a los dos pinches fumando en la entrada, fingiendo que no sabían quién era ella o qué hacía allí.

Ignoró que estaba descalza y que se arrojaría al frío de principios de marzo con tan solo un camisón de tirantes negro.

Ya no le importaba lo que pudiera pasar. Se lanzaría sobre la carretera, pararía un taxi hablando en todos los idiomas que conocía en el caso de que llegaran a salirle las palabras y pediría que la llevaran al aeropuerto o a la embajada estadounidense.

Pero nada más dobló la esquina del callejón para incorporarse a la avenida principal, dio de bruces con el pecho de acero de un hombre bien vestido.

Le acompañaba otro tipo de dimensiones similares.

Asustada, Ayane alzó la mirada en su dirección. Quiso que un rayo la partiera al reconocer los rostros impertérritos de dos de los gorilas del casino, uno chino y otro eslavo. Estos intercambiaron una mirada significativa al reconocerla también, y aunque ella intentó volver a agachar la barbilla y pasar por su lado como si nunca se hubieran tratado en persona, el asiático la agarró por el brazo.

—¿A dónde crees que vas? —inquirió con falsa amabilidad—. En esa dirección no hay nada para ti, preciosa.

—¿Sabe Black Russian que andas por ahí ligera de ropa? Porque, si yo fuera él, no me haría ninguna gracia —comentó el eslavo.

—Y menos gracia me haría enterarme de que pretendías irte por ahí sin permiso —apostilló el primero. Enseguida bufó, irritado—. ¿Qué les pasa a estas putas? Las eligen para el honor de calentarle la cama a un solo tipo, y de pronto se creen tan especiales como para tomarse estas libertades.

—Yo creo que no le han explicado bien lo que pasa cuando intentan escaparse.

Ayane recordó la advertencia que Singapore le hizo durante las primeras veinticuatro horas: «Hay seguridad en cada rincón del casino, en los alrededores de esta zona de Shanghai, e incluso si llegaras a cruzar el río o tomaras el transporte público, la policía local está comprada.

Mekhong les mandaría emitir una orden de búsqueda y te encontrarían en un abrir y cerrar de ojos, y una vez regresaras aquí, las consecuencias serían inimaginables».

«Las consecuencias serían inimaginables», repitió un eco siniestro.

El chino le lanzó una mirada vacilante a su compañero.

—¿Con esta también aplica la norma general? No sé yo si Black Russian la castigaría así. ¿No ves que la lleva entre algodones?

—No sé tú, Jian, pero yo estoy hasta los cojones de que esta puta se pasee por la casa como si hubiera venido de vacaciones. Y estoy más hasta los cojones todavía del puto ruso. Se ha cargado a los dos Cheng y aquí parece que no pasa nada, y a mí Cheng no me disgustaba. Me pagaba bastante bien con los extras de... Ya sabes. A lo mejor habría que darle un escarmiento al tipo, ¿no?

El chino puso voz a las dudas de una Ayane paralizada por el miedo.

—¿En qué estás pensando?

—Vamos dentro, anda —con un cabeceo informal, los invitó a rehacer sus pasos—, que se me están congelando los huevos.

El eslavo aferró el otro brazo de Ayane para arrastrarla hábilmente al final del callejón, hacia una tercera puerta que el chino tuvo que abrir echando mano del manojito de llaves que colgaba de una de las trabillas del vaquero.

De solo pensar en regresar a su cárcel, se la llevaron los demonios. Culebreó como si no tuviera huesos y echó mano de todos los trucos que conocía para desasirse del enemigo, pero solo consiguió enfurecer al eslavo al soltarle sin querer un codazo en la mandíbula. Este no vaciló en devolverle el golpe propinándole un puñetazo en la cara que la habría arrojado al suelo si el chino no la hubiese sujetado.

—Zorra de mierda... —masculló el tipo. Lejos de darse por satisfecho, le asestó una violenta patada en la espalda, como si quisiera partirla por la mitad.

Ayane soltó todo el aire en un jadeo ahogado y trató de llevarse la mano a la zona afectada, pero el chino la agarró por las muñecas y se las sujetó a la altura del coxis para que el ruso pudiera volver a golpearla. Para tal propósito, se remangó el jersey azul y se crujió el cuello movilizándolo a un lado y al otro.

Entonces Ayane supo que había provocado a la bestia, y que Singapore no había exagerado al advertirla de no huir.

Estaba tan mareada por los dos primeros ataques que a duras penas sintió la bofetada de revés que le rompió el labio.

Sí notó el ardor en la zona, la espesura y calidez de la sangre brotando de la herida abierta.

El eslavo la tomó de la barbilla para que lo mirara. Ella lo intentó para hacerle saber que no le tenía miedo, incluso si había empezado a temblar violentamente, pero no logró enfocar la vista

en la sonrisa burlona del tipo. Solo gimoteó, dolorida, cuando este presionó el punto del labio que le estaba palpitando.

—Te voy a dejar tan guapa que, la próxima vez que te vea, Black Russian no te va a reconocer —le prometió en un tono colmado de dulzura.

La agarró del pelo para tirarle de la cabeza hacia atrás.

Ayane emitió un débil gorjeo. Con el movimiento, le había tirado de la herida de la cabeza del día anterior, recuerdo de su breve contacto con Cheng Tao.

Esto le hizo preguntarse con un oscuro sentido del humor cuántas veces le habrían pegado en el transcurso de los últimos meses, y si cabía la más remota posibilidad de volver a disfrutar algún día de un azote. Fue un pensamiento frívolo y verdaderamente descontextualizado, pero sabía por curiosidades que su padre le había contado que tanto la mente de las víctimas como la de los agresores solía sobrevolar materias absurdas en momentos de máxima tensión. Era catártico para aislarse de la crueldad ajena.

El eslavo le propinó un puñetazo que podría haberle roto la mandíbula. El chino, dando por hecho que Ayane ya no podría tenerse en pie siquiera, le soltó los codos. Se derrumbó como un castillo de naipes en el suelo, con la mala suerte de que cayó de costado y se hirió la costilla que había estado doliéndole del forcejeo con Tao.

Estaba convencida de que podría haberse defendido si se lo hubiera propuesto, si hubiese permitido que la adrenalina tomara el control de su cuerpo. Pero Ayane había decidido no luchar más. Y esta decisión había sido resultado de un debate racional, la respuesta a una sencilla pregunta: ¿para qué?

Su cuerpo carecía de valor. Lo habían tomado prestado a la fuerza tantas veces que no lo sentía suyo. Había asumido que jamás volvería a sentirse en potestad de entregarlo con plena libertad. Había tenido que retraerse de su propia mente para no volverse loca en el eterno debate moral que no dejaba de perseguirla, y tampoco se identificaba ya con sus sentimientos, lo único que la había humanizado en los últimos tiempos.

Jace, pensar en Jace, escribirle a Jace; eso había sido lo único que la había mantenido conectada a la Ayane que podía respetar, lo que la había convencido de seguir adelante, si no con la esperanza de volver a verlo, por lo menos de no decepcionarle permitiendo que hallaran su cadáver sin signos de haberse resistido.

Pero ahora pensaba demasiado en Black Russian, y un corazón que se estremecía por un hombre como ese era un corazón que estaría mejor muerto.

Cuando Ayane ya había perdido la cuenta de las patadas y los golpes que habían arrojado contra ella, cuando había dejado de sentirse la cara o los miembros, cuando le costaba respirar por culpa de la sangre que le taponaba la nariz, alguno de los dos la recogió del suelo tirándole de un brazo que sintió descosido. El chino la agarró del otro y juntos arrastraron sus rodillas

desnudas por el asfalto para conducirla al otro lado de la puerta de acero.

Apenas discernió un fondo negro. Empezó a temblar cuando los dos gorilas avanzaron por un pasillo sin visibilidad, cada vez más sobrecogida. Pensó que llegaría una altura en la que las sombras la habrían devorado por completo, y, entonces, ¿qué quedaría de ella?

Oyó el chirrido de unas bisagras y la pesadez de otra puerta más sólida cediendo al empuje de la mano de alguien. Ayane abrió la boca para preguntar qué estaba pasando. Le respondieron con el sencillo gesto de empujarla brutalmente hacia el interior de lo que solo podía ser la habitación de un sótano. La reconoció por la temperatura gélida del suelo, que primero notó en los pies y luego en los antebrazos sobre los que aterrizó.

Ayane trató de incorporarse deprisa, pero estaba tan aturdida que, incluso pudiendo guiarse por las voces socarronas de los guardias, no habría sabido dónde estaba y por dónde podía escapar. Para cuando se hubo orientado en espacio, gracias a la adrenalina y no a la habilidad, se escuchó el portazo del metal y el tintineo del manojito de llaves girando sobre la cerradura.

—Black Russian preguntará por ella —oyó que decía el chino conforme se alejaban pasillo arriba.

—Ni de coña —se rio el eslavo—. Y si lo hiciera, le diremos que se nos ha escapado. Que yo sepa, no tiene ni puta idea de que hay un sótano en el edificio. ¿Has visto que, como veteranos, todavía contamos con ventajas de las que no disfruta ni él?

—No sé qué decirte, Alek. Teníamos órdenes explícitas de no hacerle daño.

—Pues yo sí sé qué decirte a ti: que no pienso tratar a una puta como una princesa, así sea la puta de Dios. Si tanto la quisiera, le habría puesto un anillo en el dedo.

—Solo digo que más nos vale esperar a que se le borren los moratones antes de permitir que la vea...

—No le pegaré más, hombre. —La voz se iba perdiendo—. Me interesa más averiguar por qué el tipo se la estaba follando.

Ayane se abalanzó sobre la pared donde creía que estaba la puerta y golpeó débilmente con los puños cerrados. Fue en vano. El sótano se sumió en la clase de silencio abisal que resultaba aterrador. Solo había oído un silencio semejante en la cima de la montaña tras una extenuante escalada veraniega: allí no había ni árboles, ni soplaban el viento, ni tampoco la acompañó nadie para amenizar la experiencia con una conversación. Pero entonces pudo abrazarse las rodillas y contemplar el maravilloso paisaje, sumida en unos pensamientos que en aquella época parecían augurar el fin del mundo y que, sin embargo, ahora no le parecían más que un acertijo para niños.

Sospechando que agotaría sus energías para nada y no le convenía, pues desconocía si se molestarían en alimentarla siquiera, Ayane palpó las paredes en busca de las esquinas de la habitación y se sentó en una de ellas para valorar sus heridas. Desistió cuando el simple hecho de

rozarse el labio partido descargó un torrente de dolor agudo en todo su cuerpo. Aunque el latido del corazón se le había concentrado en los oídos y le pesaba tanto la vida que no podía ni moverse, cerró los ojos con un alivio inmenso.

En el silencio no existían los gritos, ni las amenazas, y aunque la espada de Damocles seguía pendiendo sobre su cabeza, recordándole que podría morir en cualquier momento, se le ocurrió que sola en un cuarto oscuro no existían los riesgos que le habían estado produciendo pesadillas. Quizá sí el de que entrara una horda de traficantes resentidos y la violaran, quizá sí el de que le volaran la cabeza, pero no el de desarrollar sentimientos por su captor, que había resultado ser un asesino de mujeres inocentes. Y, aunque no fuera a servirle para preservar su dignidad intacta, Ayane seguía valorando lo que quedaba de su integridad personal por encima de todas las cosas.

Ya no le importaba si tocaban su cuerpo o le arrebataban la vida. No era nada que no hubiese sucedido con anterioridad. El odio hacia los villanos, ser capaz de reconocer quiénes eran y por qué merecían ser despreciados, era lo único que le quedaba, y pretendía protegerlo a toda costa.

[La historia sigue en...](#)

LA CAÍDA

Clandestino 4

ELEANOR RIGBY

ENCUÉNTRAME EN
INSTAGRAM

@TONTOSINOLEES



Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

^[1] «ублюдки» en la grafía ucraniana: «Hijos de puta», «bastardos» o «cabrones».

^[2] Este no es un buen momento para que te enamores de mí. Bueno, cariño, solo estoy siendo sincero, y sé que mis mentiras no podrían hacerte creer; estamos corriendo en círculos, ese es el porqué.

^[3] Puede que sea un psicópata, pero aun así piensas que merezco el reto. Mientras estés a mi lado, ten cuidado, porque puede que te quemes las manos. Puede que sea un psicópata, pero sigo pensando que vas a aprovechar la oportunidad.

^[4] «Querida mía» en su idioma materno.